

REPÚBLICA DE COLOMBIA  
Departamento de Antioquia  
BIBLIOTECA DE ZEA  
BIBLIOTECA Y MUSEO DE ZEA  
MEDELLIN

FLORENCIO CONDE.



Al Sr  
Juan de Dios Restrepo  
su cordial amigo,

José M. Samper

Bogotá  
Enero 15/876

# FLORENCIO CONDE.

---

ESCENAS DE LA VIDA COLOMBIANA.

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ M. SAMPER.

*De Manuel A. Salinde*

REPUBLICA DE COLOMBIA  
Departamento de Antioquia  
BIBLIOTECA DE ZEA  
MEDELLIN

BOGOTA:

IMPRESA DE ECHEVERRIA HERMANOS.

1875.

2863

5192 f

Ej. 1

AL DOCTOR

RAFAEL NÚÑEZ.

Bogotá, enero 16 de 1875.

Á usted, mi estimado amigo, mi antiguo compañero de periodismo, hombre de corazon y de fuertes convicciones, dedico esta obra literaria; su idea dominante es el principio que nos ha guiado á usted y á mí en todo tiempo: la JUSTICIA, cuya fórmula ha encontrado el espíritu moderno en la LIBERTAD DEMOCRÁTICA.

De usted siempre buen amigo,

JOSÉ M. SAMPER.



002688

# FLORENCIO CONDE.

---

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### LA HACIENDA DE DON CLEMENTE.

El apellido *Conde* se ha propagado algo en Colombia, y de su propagacion ha resultado que en esta tierra, irrevocablemente republicana, así como hay muchos *Duques* sin ducados, *Márquez* (corrupcion de *Marqués*) sin marquesados, y *Varones* (corrupcion de *Baron*) sin baronías, hay numerosos *Condes* sin condados ni cosa que se lo parezca. De este linaje eran los Condes de la villa de \*\* en la antigua provincia de Antioquia, elevada en 1856 á la categoría de Estado federal.

Como es universalmente sabido, Antioquia es una comarca muy montañosa y aurífera por excelencia, y el gobierno colonial, que fincaba en el oro y la plata toda la riqueza, se complacia particularmente en fomentar el laboreo de las minas en las ásperas montañas antioqueñas y sus estrechos y profundos valles. De allí el esmero con que se habia procurado favorecer la



propagacion de la esclavitud en Antioquia, toda vez que el trabajo de los esclavos era el más barato, y que solamente los negros de origen africano, mantenidos en rigurosa servidumbre, tenían la fuerza de constitucion y resistencia de temperamento necesarias para soportar los rudos trabajos de las minas.

Una mina de “oro corrido” ó aluvion era cosa muy apreciada, por las esperanzas de enriquecimiento fácil que hacia concebir; pero una mina sin algunos esclavos para beneficiarla, era como un molino sin agua ú otra fuerza motriz, que de poco podia servir. El negro esclavo era el instrumento, la máquina y la fuerza motriz que hacia dar productos á una mina: era como el apéndice del mineral. De esta suerte la carne *humana*, pero *negra*, amalgamada con el metal amarillo, procuraba opulencia á los señores de la tierra.

Pero el negro esclavo no era solamente un apéndice de la mina, como instrumento pasivo de trabajo, sino tambien un criadero de fuerza para el criadero de oro, y una especie de prolongacion viviente de la casa del amo. No teniendo vida propia, no siendo una persona sino una *cosa*, mal podia tener nombre, puesto que éste es el primer distintivo del *hombre*. El negrillo Pedro, nacido en casa de un señor *Blanco*, debia llamarse *Pedro Blanco*; mas si vendido luego á don José *Prieto*

tenia un hijo de alguna esclava de éste, tal hijo, bautizado Antonio, verbi gracia, seria denominado *Antonio Prieto*, con la posibilidad de que el nieto fuera llamado *Andres Rubio* ó algo por el estilo.

El negrito Segundo, nacido y criado en la hacienda del *amo don Clemente Conde*, ubicada entre dos montañas cerca de la villa de \*\*, habia venido del seno de Dios al mundo de la esclavitud por los años de 1797 á 98; era hijo de una esclava, y por lo mismo esclavo de nacimiento, y llevaba el irrisorio nombre de *Segundo Conde*; curioso agrupamiento de un nombre numeral y un apellido que parecian representar la genealogía de una familia aristocrática. Don Clemente (y *don* habia de ser en aquel tiempo, si tenia esclavos y hacienda) no merecia mucho que digamos su nombre bautismal, pues no sobresalia por la clemencia: era un propietario como cualquier otro, hombre de bien, segun las ideas de su generacion, habituado á vivir á expensas de la *carne negra* que habia comprado ó que le iba *naciendo* en su casa ó en su fundo, en virtud del “santo derecho de propiedad;” pues si la ley declaraba que una parte de la especie humana era *cosa*, ó que la especie negra no era *humana*, justo era tambien que la reproduccion de esta *especie especial* de séres, así como la de un yegüerizo ó un rebaño, acrecentase el sagrado haber del propietario.

Don Clemente no era ni mejor ni peor que el comun de los demas amos, y acaso los españoles se mostraron los ménos crueles de los traficantes en carne humana, que fueron tan numerosos, de todas las razas, en todas las comarcas ó colonias del Nuevo Mundo. Don Clemente Conde, ni oprimia á sus esclavos más de lo permitido por la ley, ni les otorgaba más de lo que estaba obligado á otorgarles: su apellido, una camisa y unos calzones de coleta bruta, dos platos de *masamorra* con *panela* y *arepas* de racion diaria, i cada semana un dia libre para trabajar ellos por su cuenta i otro de descanso. Él disfrutaba de sus *cosas* animadas y las reivindicaba en uso de su derecho, con la misma tranquilidad de conciencia y el mismo candor de propietario con que procedian los demas amos respecto de sus negros, y dejaba andar el mundo tal como venia rodando, sin cuidarse de componer lo que otros habian hecho y tenido por bueno. Pero sí sabia apreciar en todo su valor el mérito de un esclavo, del propio modo que un chalan experto sabe apreciar un caballo. Su idea primordial era ésta: “un esclavo es más *apreciable* mientras más *puro* sea... porque siendo *fino*, de raza pura, es más fiel, humilde y obediente, resiste mejor el trabajo, es más fecundo para la cria ó produccion de otros esclavos, y vive y sirve por mayor tiempo.” Filosofía sencilla era ésta, que

en gérmen contenía los más obvios principios de una economía social rigurosamente egoísta.

Consecuente con su gran máxima económica, tenía don Clemente particular predilección por el negrito Segundo, el más *fino* o de más pura raza de todos sus esclavos. Apénas si rayaba en los dieziseis años, y ya su amo le *estimaba* tanto... que le estimaba en trescientos “patacones,” suma considerable á principios del presente siglo y más aun en el “Nuevo Reino de Granada, rebautizado en 1863, por la gracia de la república democrática y federativa, con el glorioso nombre de “Estados Unidos de Colombia.” Segundo era un hermoso negrito, bien tallado, robusto, vigoroso, de muy buena índole, fuerte ya para el trabajo, inteligente y muy industrioso, y mostraba en todas las facciones de su lustroso rostro de ébano animado, así como en las protuberancias de su bien conformada cabeza, cubierta de lanudas motas, los signos claramente indicativos de una voluntad firme y enérgica, unida á un sentimiento de profunda benevolencia.

La familia de Segundo—si *familia* podía llamarse el conjunto de *cosas animadas* que de cerca le tocaban, y que la voluntad de don Clemente podía vender y dispersar entre varios amos de apartados domicilios—se componía de tres indivi-

duos : su madre, negra casi bozal nacida en Antioquia de una hermosa conga, y dos hermanas, Chepa (ó Josefa) y Pastora, nacidas así como Segundo en la hacienda de don Clemente. Antonia, la madre de esta *cria* de esclavos era, pues, una negra benemérita, puesto que el capital existente en ella se habia reproducido en tres nuevos capitales; á más de esto ejercia las importantes funciones de cocinera del *trapiche*.

Amen de una extension considerable de tierras, unas de labradío y otras cubiertas de bosques vírgenes, la hacienda de don Clemente se componia de un pequeñísimo ható de ganado vacuno, un *trapiche* con varias enramadas, en torno de las cuales se extendian algunos tablones de cañas para producir melaza y panelas, dos ó tres dehesas de pastos naturales para la cria de muletos y el mantenimiento de las bestias que servian en el trapiche, y algunos montes de donde sólo se extraian maderas para las cercas y enramadas y para leña. Por el fondo de una angosta cañada, no léjos de las enramadas, corria una quebrada profunda, de lecho cascajoso y aguas frescas y cristalinas, tributaria del Porce, el más aurífero de los rios del centro de Antioquia, y allí, en una encrucijada montuosa, tenia don Clemente lo más valioso de su hacienda: una abundante mina de oro de aluvion, á cuyo laboreo tenia apli-

cados siete ú ocho esclavos de los más robustos y mejor probados, dirigidos en sus trabajos por un capataz blanco asalariado.

Chepa y Pastora trabajaban de ordinario en el trapiche, moliendo caña durante todo el dia y á las veces de noche, y cuando no era tiempo de *molienda*, por no estar las cañas en sazón, se ocupaban en la desyerba de estas mismas ó en el cultivo de alguna otra sementera, como la siembra y cosecha de maíz y frijoles (judías). En cuanto á Segundo, durante su niñez y primera adolescencia habia sido empleado en trabajos propios de su edad, ora mondando mazorcas y frijoles en la cocina y desgranando maíz al lado de su madre, ó arriando las mulas en el trapiche, junto a sus hermanas, ora en las dehesas, en el rodeo de los ganados y las bestias, ó algo semejante. Mas cuando tuvo diez y seis años era un muchacho tan vigoroso, y de génio tan pacífico y formal, que don Clemente le estimó útil para sacar mui buen partido de sus aptitudes; por lo que un dia le hizo llamar á la sala de su casa campestre y le dijo:

—Segundo, tú eres ya *un hombre* y puedes trabajar en la mina.

—Así será, si á mi amo le parece bien, respondió el muchacho.

—Pues desde el próximo lunes irás, con Ciprian Gómez, el capataz, á ocuparte en el laboreo.

—Está bien, mi amo.

—¿Sabes cuáles serán tus obligaciones?

—No, mi amo.

—Si llegares á ocultar siquiera sea un grano de oro, te haré dar veinticinco azotes.

—Sí, mi amo.

—Y si lo hicieres por segunda vez, te haré dar los cincuenta.

—Sí, mi amo.

—Hay que tomar el desayuno en el trapiche, el almuerzo en la mina, y regresar á comer en el trapiche mismo, al anochecer.

—Está bien, mi amo.

—¿Sabes cómo y para quién has de trabajar?

—No lo sé bien, mi amo.

—Pues escucha, repuso don Clemente: segun la regla establecida, tendrás mejor racion de masamorra y frijoles, tu vestido de siempre, y racion entera de arepas y panela; y los sábados serás libre para trabajar por tu cuenta aún en la mina misma.

—Está bien, mi amo.

—¿Y si ganares con el trabajo de los sábados, añadió don Clemente, la suma necesaria para pagar lo que valgas, podrás rescatarte, segun es tu derecho: lo entiendes?

—Bueno, mi amo.

—Pues vete con Dios, y desde el lunes á la mina.

II.

SEGUNDO Y LA MINA.

Segundo comenzó sus trabajos de minero, y todos los días, metido hasta las rodillas entre el agua de la quebrada, medio desnudo, lavando arenas auríferas bajo la incesante vigilancia de Ciprian Gómez, iba entregando á éste el oro en polvo que laboriosamente recogía en su batea. Durante las primeras semanas de aquella dura labor, el activo negrito no sabía cómo descubrir los mejores depósitos de oro, y aún dejaba escapar de su batea, por inexperiencia, no pocos granos ó pepitas del precioso metal; pero en breve fué aprendiendo á recoger las arenas y batirlas con habilidad dentro y fuera del agua, y sobre todo, se desarrolló en él un instinto de observación tan perspicaz, que ninguno de sus compañeros le aventajó en maña para buscar en los derrumbes y sinuosidades del barranco y en las capas de cascajo y arena de la quebrada, los más ricos aluviones de pepitas auríferas.

El primer sábado en que Segundo se halló en el fondo de la mina, junto con sus compañeros de esclavitud y de trabajo, se sintió presa de una emoción extraña, indefinible: por primera vez se per-

tenecia á sí mismo, puesto que *su* trabajo era *suyo* durante algunas horas, bien que para ello no le daban herramientas ni útiles algunos, como acostumbraban rehusarlos, con su natural egoísmo, los dueños de minas y de esclavos. En el espíritu del adolescente negrito no habia penetrado claramente esta idea que es el fundamento de todo derecho, de toda propiedad y de todo órden social: “Yo tengo fuerzas ó facultades físicas y morales; la posesion de estas fuerzas es lo que constituye *la persona*; su aplicacion á producir los medios de adquirir bienestar es *el trabajo*, y esta adquisicion, bajo cualquiera forma que sea, es la *propiedad*. Personalidad, actividad y propiedad, hé ahí las tres expresiones del *hombre completo*, del hombre que se posee, se gobierna y funciona como un miembro útil de la familia social.” Estas verdades elementales en que se funda toda la teoría de la ciencia social, no podian ser entrevistas ni áun vagamente ideadas por Segundo, negro inteligente, pero absolutamente ignorante, como todo esclavo, sin horizonte intelectual ni estímulo alguno para pensar. Pero instintivamente, dominado por una impresion nueva y profunda, al pisar las ardientes arenas de la mina, se hizo esta reflexion:

“Hoy, por ser dia sábado, mi trabajo es *mio*, y el fruto de mi trabajo *me per-*

*tenecerá.* ¿ Es decir que *hoy* soy un *hombre*, no una *cosa*; soy un *ente libre*, no una *bestia* como en los demás días de la semana? Sin duda ha de ser así, puesto que si el amo es una gran persona, un hombre rico, es por ser *dueño* de su hacienda, de su mina y sus esclavos. Yo soy negro, negro como el carbon, y mi amo es blanco; pero tenemos mucha semejanza, á pesar de la diferencia de color y posición, puesto que él, que es mi amo, habla, come, siente, piensa y vive poco más ó ménos lo mismo que yo que soy su esclavo. ¿ En qué consiste pues la mayor diferencia? En que él es un *hombre*, porque es *libre y posée*, y yo una *cosa*, una especie de bruto, porque *soy poseído*... ¿ Pero no podré convertirme de cosa en hombre, á fuerza de trabajar todos los sábados y guardar lo que gane con este trabajo? ¿ No lograré rescatarme con el oro de esta misma mina?.... Sin duda: así me lo ha dicho mi amo. Es preciso, pues, que yo *tenga* tanto como lo que pueda *valer*, para ser.... sí, para *ser algo*.”

De este modo la idea sencilla de la propiedad, como fruto del trabajo, conducia el espíritu de Segundo — espíritu de negro esclavo y todo, como era, pero *humano*, y por lo mismo *creador*, — á la fecunda noción de la personalidad propia, de la dignificación obtenida por me-

dio del esfuerzo y de la libertad individual. Esta nocion le surgia en la mente vaga y confusa, como un punto algo luminoso pero lejano y rodeado de tinieblas; cual una cumbre de montaña que asoma despejada y aislada enmedio de las espesas nieblas que cubren las serranías, ántes de que el sol disipe todas las sombras de una mañana triste; pero tambien se le fijaba en el cerebro con la seduccion de lo desconocido y la persistencia de lo que contiene una esperanza.

Mas no era tan fácil para un esclavo el procurarse oro en una mina con la misma sencillez con que lo obtenia para su amo: los amos dejaban á sus esclavos los dias sábados libres, pero no les procuraban para este trabajo propio ninguna herramienta con qué excavar y remover las arenas, ni aún la batea para lavarlas; por lo que los esclavos, privados de buenos medios, sólo podian obtener, con mucho trabajo, muy miserables cantidades de oro. Se servian de estacas de palo para remover las tierras auríferas, y de unas grandes *coyabras* ó calabazos abiertos para lavarlas. Segundo, al hallarse en la mina, se quitó la camisa y los pantalones, se puso su *guayuco* de coleta bruta, echó mano á la coyabra que se habia procurado, y hundiendo los piés en el arenal húmedo, se puso á trabajar durante seis ó siete horas seguidas.

En aquel primer día de trabajo propio, el adolescente negrito no fué afortunado: el de los cinco días anteriores había dejado en las orillas de la quebrada muchos montones de arenas lavadas, de suerte que el oro no aparecía sino en granitos insignificantes; á que se agregaba la suma dificultad que había para trabajar con provecho sin buenos utensilios de ninguna clase. Así fué que Segundo no pudo ni remover ningun banco rico del conglomerado ó del aluvion aurífero, ni lavar las arenas de un modo conveniente; y á duras penas, al fin de la jornada, tan solo había reunido, bañado en sudor y jadeante de cansancio, una pequeñísima cantidad de oro que podía pesar cosa de dos *tomines*, ó sea el valor, en aquel tiempo, de unas dos pesetas españolas.

Eran ya cosa de las cinco de la tarde cuando Segundo, sentado sobre el pico de una peña á la sombra de uno de los grandes árboles que cubrían casi por completo las márgenes de la sinuosa y bulliciosa quebrada, descansaba de su fuerte labor, y, restaurándose con un pedazo de arepa y otro de panela que mascaba con avidez y placer, pero sin pensar en que tenía hambre, contemplaba con melancólica resignacion un peñasco de la orilla opuesta, que asomaba por entre los árboles y arbustos, compuesto de capas esfoliadas, inclinadas, paralelas y abundantísimas, en

cuya desigual superficie sobresalian algunas puntas de sílex muy blancas, que brillaban como lanzas ó cuchillos metálicos á la luz amarilla del sol poniente.

Todo el pensamiento de Segundo en aquellos momentos estaba concentrado en esta idea: “Todos estos barrancos, todos estos peñascos, todo lo que forma estas ramblas está lleno de oro; pero ¿por qué he podido lavar tan poco oro para mí, si en los demas dias de la semana he lavado bastante para mi amo? ¿Qué me falta para lograr lo mismo todos los sábados?” Un rayo de luz le iluminó súbitamente, y se dijo: “Ah! lo que me falta es una barra para remover las tierras nuevas, una garlancha para trasportarlas á la orilla del agua y una batea bien hecha para lavarlas con tino.... ¿Pero cómo conseguiré todo esto? La garlancha puedo formarla con mi coyabra, poniéndole un mango; compraré una batea con el primer oro que recoja y trabajaré mejor; pero la barra? Esta herramienta es grande y debe de costar mui caro: en muchas semanas no conseguiria yo el oro necesario para comprarla.”

Acabando de hacer estas reflexiones, Segundo tuvo una inspiracion salvadora: al estar con la vista fija en el peñasco del frente, le habia llamado la atencion un objeto más sobresaliente y luminoso que los demas de la esfoliacion pedregosa:

descendió prontamente al fondo de la quebrada, pasó al otro lado dando tres ó cuatro saltos, trepó hasta el pié del peñasco, y viendo el objeto que brillaba lo arrancó y se puso á examinarlo. Era un pedazo de piedra de sílex, naturalmente cortante, como de dos pulgadas de espesor y un pié de largo, tosco pero fácilmente utilizable. “Ah! pensó el negrito, ya tengo con qué hacerme una barra para trabajar!” Y al punto escondió su piedra en el hueco de una peña, y se puso en camino para la casa de la hacienda, contento y dichoso como si tuviera ya un tesoro.

Al dia siguiente un esclavo se lamentaba de habersele quebrado los mangos de dos azadones, y estar en riesgo de que le castigarán. Segundo le dijo:

—Hagamos un trato, Tiburcio.

—Cuál?

—Yo tengo vistas en el monte unas varas muy buenas para hacer mangos de herramientas: consígueme un cuchillo de cortar caña y yo te traigo los mangos hoy mismo.

—Pues al momento lo consigo con el mayordomo del trapiche.

Segundo, provisto del cuchillo, pidió licencia para ir á la quebrada á bañarse, y al punto subió hácia el monte que se hallaba en las cercanías de la mina. Cortó los palos que necesitaba Tiburcio, y otros para su propio uso, uno de ellos para

acomodarlo á su piedra de sílex, otro para mango de la coyabra, y otros para repuesto; y en seguida se puso á afilar su piedra contra otras de la quebrada hasta sacarle bastante filo y darle la forma regular de una hoyadera ó barreton. Em- patóla en el mango, hendiendo una estre- midad de éste, y luego lo aseguró y re- machó atándolo con algunas madejas de *figue* que á prevencion llevaba en el seno de la camisa. Con esto, Segundo habia fabricado una hoyadera ó especie de barra muy cortante que le servia para sus exca- vaciones, así como la garlancha cóncava hecha con su coyabra iba á servirle para el acarreo de las tierras auríferas. Ocultó bien sus tesoros en el bosque, muy cerca de la mina, no sin haberlos puesto á bue- na prueba, y tornó á las enramadas del trapiche, sin que se tuviera ni la mínima sospecha de lo que él acababa de hacer. Cuando llegaba á las enramadas iba di- ciéndose con satisfaccion:

“Hoy no he lavado ni me era permitido lavar un solo grano de oro; pero he ga- nado mucho más que todos mis compa- ñeros, porque he fabricado dos de los ins- trumentos con que luego me procuraré cuanto necesite.”

Con el oro que trabajosamente pudo recoger en los tres primeros sábados, logró Segundo comprar clandestinamente una buena batea propia para el laboreo, la que

ocultó en el bosque con sus demas utensilios; prometiéndose que desde el cuarto sábado le iría muy bien.

Despues de otros cinco dias de trabajo tan asiduo como fiel, empleados junto con los demas esclavos en beneficio de su amo, llegó para Segundo el anhelado dia de prueba, en el que le dejaremos ingeniándose por recoger todo el oro posible, y tornaremos la atencion hácia los acontecimientos políticos que entretanto ocurrían en Antioquia.

Por todas partes rugia la tempestad revolucionaria, desencadenada por los grandes patricios de Nueva Granada, tan poco metódicos é inexperimentados como heroicos y abnegados, que habian iniciado en 1810 la obra inmensa de la emancipacion de los pueblos y de la creacion de una verdadera *patria* neo-granadina. Secuestrados como se hallaban los esclavos de todo movimiento social, no llegaba hasta ellos el rumor de la lucha empeñada entre patriotas y españoles, y allá en el fondo de las minas que beneficiaban para sus amos, ignoraban que un puñado de sostenedores de la independencia hacían figurar en el decálogo de su revolucion la idea tan justa como necesaria de la abolicion de la esclavitud.

En la misma provincia de Antioquia, independizada de 1810 a 1815 de la dominacion española y constituida en sobera-

na, como una de las “Provincias Unidas de la Nueva Granada,” dos hombres ilustres, Corral y Félix Restrepo, el primero como jefe del gobierno y el segundo como legislador, habian decretado y proclamado la libertad de los esclavos, si no por completo, á lo ménos en principio y como una reforma comenzada que debia tener su desarrollo necesario. Otras de nuestras legislaturas revolucionarias habian apellidado la misma causa, y Bolívar, el genio militar de la revolucion, sostenia en mucha parte sus campañas llamando á los esclavos bajo la bandera tricolor y diciéndoles: “Venid á ganar y merecer la libertad, combatiendo por la de la patria; os emancipo en nombre de los pueblos, pero sed los soldados de la emancipacion comun.”

Mas los esclavos, en su mayor número, ignoraban totalmente los actos de las legislaturas, no habian oido nombrar siquiera á Bolívar, y no tenian la menor idea de la revolucion que forcejaba por emanciparlos: guardados como estaban con rigor y celo en la oscuridad de las haciendas y las solitarias profundidades de las minas, sólo sabian que tenian un amo á quien pertenecian en cuerpo y alma, para quien debian trabajar y bajo cuyo látigo habian siempre de temblar. Careciendo como carecian hasta de la nocion de la justicia divina, puesto que les inculcaban

la idea de ser esclavos por la voluntad de Dios, mal podían tener idea de aquella grande y ejemplar justicia de los pueblos que se administra por medio de las revoluciones.....

Segundo participaba enteramente de aquella ignorancia, y don Clemente, á fuer de buen realista y celoso de su propiedad, bien que era pacífico y muy prudente en su realismo de español, cuidaba mucho de mantener á sus esclavos reclusos en la hacienda, á fin de que no tuviesen noticia en la vecina villa de \* \*, de la revolucion que agitaba á los pueblos y podia inquietar á los negros y mulatos sujetos á dura servidumbre. No sabiendo, pues, nada de lo que pasaba fuera de la hacienda, ni teniendo, por tanto, motivo alguno para esperar que la libertad le viniera de otra parte, Segundo sólo/dada el pensamiento á una idea fija: reunir lo necesario, con el oro que recogiese en los dias que le pertenecian, para obtener su rescate.....

.....

### III.

#### LA MADRE ÁNTES QUE TODO.

Habian trascurrido dos largos años desde que Segundo era minero, cuando en la mañana de un domingo pidió licencia para

entrar en el cuarto de su amo, ocupado en aquel momento en arreglar sus libros de cuentas.

—¿Qué quieres, Segundo? preguntó don Clemente, alzando á medias la cabeza y sin retirar la pluma del cuaderno de cuentas.

—Mi amo, vengo á pedir á *su mercé* un favor.

—Cuál es?

—Que *su mercé* me diga, si lo tiene á bien, cuánto vale mi madre.

—Tu madre?

—Sí, mi amo.

—¿Y por qué lo quieres saber?

—Porque hay quien la quiere comprar.

—Es verdad: un amigo mio me ha ofrecido por ella doscientos patacones, pero le he pedido doscientos cincuenta, y no rebajo.

—¿Y *su mercé* piensa venderla?

—Segun el precio. Tu madre tiene cosa de cuarenta años, pero es robusta, fuerte para el trabajo, madrugadora y hacendosa, y sabe moler bien el maiz, hacer sabrosas arepas y manejar con maña a todos mis esclavos y los peones de la hacienda. Antonia vale bien los doscientos cincuenta pesos.

—¿De modo, repuso el negrito, con acento patentemente conmovido, que si hay quien dé los doscientos cincuenta patacones mi madre será vendida á otro amo?

—Así puede suceder, contestó con frialdad don Clemente.

Una lágrima de intensísimo dolor asomó en los ojos de Segundo, á quien el sentimiento filial hacia comprender la crueldad del amo, crueldad inconsciente es verdad, pues éste sólo se preocupaba de la cuestion del precio de Antonia, sin tener en cuenta lo inicuo que seria el separarla de sus hijos al venderla á un extraño. Pero esta reflexion fué tan rápida que don Clemente no tuvo tiempo para ver la expresion que se pintaba en el rostro de su jóven esclavo. Segundo volvió á un lado la cabeza, se enjugó sus furtivas lágrimas con la manga de la camisa y dijo con serenidad:

—¿Quiere *su mercé* vender á mi madre por los doscientos cincuenta patacones?

—Pues cómo no!

—Yo la compro.

—Tú! estás loco?

—Yo, mi amo!

—Pero si un hijo no puede comprar ni poseer á su madre....

—Poseerla, ya creo que no; pero comprarla.... por qué no, mi amo?

—Tú eres esclavo, y un esclavo no puede comprar ni adquirir nada.

—¿Pero no puede comprarse á sí mismo? observó Segundo; ¿no puede rescatarse, segun *su mercé* me lo ha dicho?

—Sin duda. Y qué?

—Pues, mi amo, yo compro á mi madre

para ella; la rescato, si *su mercé* me lo permite.

Por primera vez, al oír á Segundo, don Clemente sintió delante de un esclavo cierta impresion vaga parecida á lo que todos llamamos respeto por un sér humano: miró á su negro con sorpresa, y luego con una mezcla de atencion é involuntaria simpatía, y le dijo:

—Hola! con que estás rico?

—No tanto, mi amo, respondió Segundo; pero sí me alcanza lo que tengo ahorrado para pagar á *su mercé* el rescate de mi madre.

—¿Es decir que mi mina es tan rica que con el oro de tus dias libres has podido reunir doscientos cincuenta pesos en poco más de dos años?

—Mi amo, la mina es rica; pero lo principal es saberla trabajar.

—Es verdad; y segun me ha informado Ciprian tú eres de todos mis esclavos el mejor minero; el que lava y entrega mayores cantidades de oro.

—Así es, mi amo.

—¿Y no me has robado nada?

—Mi amo, no sé robar, ni robaré nunca! repuso el negro con una expresion digna al par que respetuosa.

—¿No has ocultado parte alguna del oro lavado en los dias que me pertenecen?

—Jamás, mi amo!

—Te lo creo, repuso don Clemente: leo

en tus ojos la expresion de la sinceridad.  
¿Y cómo has hecho para encontrar mucho oro?

—Mi amo, á fuerza de maña y paciencia.....

—¿Y dónde está tu tesoro?

—Aquí está, mi amo.

Y al decir esto mostró Segundo una cosa como una mozorca de maiz seco con su envoltura natural.

—Eso es maiz, dijo don Clemente.

—Perdone *su mercé*; es oro en polvo.

Abrió entónces la cubierta de la mozorca, que tenia liada con fique, y mostró un paquetico envuelto en papeles y trapos viejos: una vejiga de cerdo, sucia, arrugada y de color amarillento, contenia el oro.

—¿Cuánto tienes ahí?

—No lo sé, mi amo; *su mercé* pesará y dirá lo que sea.

—Tu oro está muy limpio, dijo don Clemente observando atentamente el polvo de granos y pepitas, y es de muy buen color.

—Así es, mi amo.

—Pues veamos lo que pesa.

Y diciendo esto vació el polvo de oro en un platillo limpio de la balanza de cobre que tenia sobre la mesa que le servia de escritorio, y pesó concienzudamente el contenido, en tanto que el esclavo fijaba la vista con ansiedad en los dos

platillos que se balanceaban. Don Clemente le sacó de la ansiedad diciendo:

—Hay ciento setenta y dos y medio castellanos.

—¿Y cuánto alcanzan á valer, mi amo?

—Á dos pesos el castellano valen.... trescientos cincuenta y cinco pesos.

Segundo respiró con amplitud y fuerza, y el rostro se le iluminó con un rayo de alegría que pareció emanarle del fondo del alma.

—Entonces.... mi amo ¿sí hay con qué rescatar á mi madre?

—Sin duda; y áun te sobran ciento cinco pesos.

—Pues, mi amo, guarde su mercé lo que *ha pesado* mi madre, y.... si fuere el gusto de mi amo...yo guardaré lo demas.

—¿Y no es mejor que dejes el sobrante en mi poder?

—No sé si mi amo puede ser deudor para con su esclavo....observó Segundo, con una lójica irrefutable.

—Tienes razon, repuso don Clemente: guárdate el dinero que te sobra; voy á dártelo, y en seguida escribiré la carta de libertad de tu madre. Aguarda afuera.

Salió Segundo del cuarto de su amo, y éste se puso á reflexionar á solas diciéndose:

“Seria mucha lástima que este muchacho hubiera empezado por rescatarse á sí mismo; me haria mucha falta, porque,

áun siendo tan jóven, es el mejor de mis mineros. Ninguno lava tanto oro ni tan limpio como Segundo.... Me conviene halagarle para que no piense en su propio rescate; y al cabo, si algun dia pensare en ello, le pediré caro su precio y.... vamos! este negrito puede valer en breve cuatrocientos pesos, sobre todo si nos libramos de los insurgentes, y no será fácil que él ahorre tal suma ántes de dos años. Por otra parte, es muy posible que le roben su tesoro, no teniendo donde guardarlo con seguridad.”

Algunos momentos despues don Clemente hizo llamar á Segundo, le entregó el dinero que le pertenecia, y le dijo :

—Estoy satisfecho de tu comportamiento, y espero que así como eres un buen hijo serás un buen hermano. Ahí tienes la carta de libertad de tu madre, y ese vestido nuevo que te regalo.

—Que Dios se lo pague á *su mercé*, contestó el negrito, poniéndose de hinojos para recibir el papel y las prendas de vestido. Y al incorporarse besó con regocijo la carta que contenia el título de libertad de su madre, puso debajo del brazo izquierdo la camisa y los pantalones que habia recibido, junto con un sombrero nuevo de ramo de palma, y fuése corriendo en direccion á las enramadas del trapiche. Entróse de rondon en la cocina y arrojándose á los brazos de Antonia exclamó :

—Madre Antonia no es ya esclava!

—Hijo, estás loco? dijo la negra.

—No estoy loco, sino muy contento.

—¿Pues qué te ha sucedido?

—Aquí está *la carta!*

—Qué carta?

—La del *rescate!*

—De quién?

—De *su mercé*, madre mia.

—¿Y quién me ha rescatado?

—Quién habia de ser, sino yo!

—Hijo de mi alma!

En aquel instante, miéntras que la madre y el hijo se enlazaban con un estrecho abrazo, llegaba á la puerta de la cocina el capataz Ciprian Gómez, personaje muy importante en la hacienda y que se mostraba de ordinario muy amable con las hermanas de Segundo. Este le dijo, al verle llegar:

—Mi madre no quiere casi creer lo que digo; el patron don Ciprian sabe leer en papeles i.....

—¿I qué quieres que yo lea? preguntó el capataz.

—Este papel.

Gómez lo desplegó: tenia el sello del año económico de 1815 á 1816; él leyó el título de libertad de la negra “llamada Antonia, nacida y criada en la hacienda del Carrizal, propiedad de don Clemente Conde, abajo firmado, la que habia sido su esclava hasta aquel dia, por derecho

de nacimiento y herencia, y en lo sucesivo quedaba emancipada, con todos los derechos otorgados por las leyes á una mujer mayor de edad y libre.”

—Conque es verdad? dijo la pobre negra, llorando de gratitud y con enternecimiento.

—Yo se lo decia á *su mercé*, respondió Segundo.

—Ah, mi hijo! yo sospechaba que tenias ya con qué libertarte. ¿Porqué has preferido comenzar por mí?

—Por ser mi madre *su mercé*.

—Pero yo de nada te serviré con mi libertad, mientras que tú podrias....

—Madre, así está bien y Dios me lo aprobará: lo que está hecho, está hecho, y luego pensaremos en lo demas.

Antonia fué festejada aquella noche con un famoso fandango de los esclavos y peones de la hacienda, y como era muy difícil reemplazarla con una cocinera de iguales condiciones, continuó sirviendo en calidad de concertada, ganando el muy módico salario que en aquel tiempo se pagaba á una pobre cocinera de esclavos y peones de trapiche.

Al dia siguiente de este importante cambio de posicion, Segundo llamó á solas á Antonia y la dijo:

—Madre, yo he querido no solamente ver á *su mercé* libre y contenta, sino tambien libertar despues á mis hermanas.

—Y tú, hijo mio?....

—Eso será á su tiempo, si Dios quiere. Si yo me rescatarea primero, no podria tal vez trabajar en la mina, ó no ganaria en ella sino un pobre salario; negro como soy, no hallaria en otra parte, y separado de *su mercé* y mis hermanas, medios de ganar alguna fortuna, y ellas moririan esclavas.

—Hijo ¿quién te ha enseñado á pensar con tanta generosidad y tanto juicio?

—Será Dios, madre. Á fuerza de trabajar á solas en la mina he ido cavilando....y de una en otra cavilacion he llegado á formarme mis ideas y mi plan.

—Dios te bendiga en todo, hijo mio!

—Pues, madre, es preciso que guardemos bien nuestros tesoros: *su mercé* puede perder su carta de libertad y yo la plata que me ha sobrado y el oro que vaya ahorrando.

—Es verdad, dijo Antonia algo alarmada.

—No se asuste *su mercé*, y vamos á esconder una y otra cosa, de modo que solamente *su mercé* y yo sepamos donde están.

—¿Y en dónde podrá ser?

—En la quebrada. Tengo un escondite preparado, tan seguro....que ni los pericos lo podrán descubrir: venga *su mercé* conmigo.

Hijo y madre se encaminaron en se-

guida hácia el bosque de la quebrada, y al hallarse dentro de éste cerca de la orilla del agua, cuyas breves y cristalinas ondas cantaban mil armonías suaves y deliciosas, saltando por entre mil pedricos, Segundo se acercó á un gran peñasco que dominaba la hondura á cosa de cien varas de la mina, y mostrando con el dedo índice la faz tajada y limpia de la roca, dijo:

—Allí es.

Subióse hasta una altura como de diez á doce piés, trepando por algunas hendiduras ó sinuosidades naturales, sin duda labradas por las lluvias, y alargando la mano zafó un tapon de piedra muy bien disimulado que cerraba la boca de un agujero practicado en la peña.

—Este agujero, dijo, es una cueva que ha servido de nido á las *catarnicas*: aquí no entra ni aire ni agua, y la roca es seca y dura; al poner este tapon que he labrado, nadie puede saber que dentro hay un tesoro.

—En verdad que eres muy *habilidoso*, hijo mio, observó Antonia.

—Pues aquí guardaremos la carta de *su mercé* y el oro que yo vaya recogiendo en la mina, así como el dinero que me den cuando lo cambie, y el que el amo me ha devuelto. Cuando tengamos lo suficiente para pagar el precio de hermana Chepa y hermana Pastora, quedarán libres.

—Y tú?

—Despues. Hay que juntar bastante para poder ganar luego la vida.

Antonia abrazó tierna y silenciosamente á su hijo, al descender éste de la roca, donde dejó ocultos “sus tesoros,” y juntos tornaron hácia las enramadas del trapiche, llenos de santa esperanza y de consoladoras ilusiones....

#### IV.

##### EL FUGITIVO.

Segundo continuó su laboriosa existencia sin alteracion: humilde y fiel para con su amo, tierno para con su madre, á quien amaba con mayor respeto desde que era libre, y siempre cariñoso para con sus hermanas. Evitaba todo fandango y toda francachela, no gastaba una peseta ni un grano de oro en cosa alguna superflua, se conducia con suma reserva, trabajaba sin descanso, segun sus obligaciones, y sin quejarse, entregando al capataz Gómez con absoluta honradez todo el oro lavado que debia pertenecer á don Clemente, y los sábados sacaba del escondite habitual sus utensilios de minero y se ponía á buscar los mejores depósitos auríferos y á lavar sus arenas.

En dos cosas patentizaba particularmente su inteligencia y perspicacia: por

una parte, nunca trabajaba en la mina comun, sino más arriba ó más abajo, ya por evitar la competencia y en ocasiones pérdidas de tiempo que podian originarse del laboreo en comun con los demas esclavos; ya porque trabajando aparte, no sólo podia hacer mui fructuosos cateos y recoger abundante oro en las tierras vírgenes de la quebrada, sino tambien porque así podia operar con sus utensilios ocultos que tanto le servian, y seguir guardando en su cueva de *catarnicas* las sumas que iba atesorando. Por otra parte, habia averiguado con maña cuál era el precio corriente del oro en polvo entre los mineros libres, y sabiendo que éstos lo cambiaban al precio de nueve, nueve y média y áun diez pesetas (que el vulgo llamaba *tomines*) en lugar de las ocho que abonaba don Clemente por cada *castellano*, comprendió que le iria mucho mejor reservando su oro para venderlo en la villa de \*\*, en los tres grandes dias del año (juéves Santo, Córpus y pascua de Navidad) en que le permitian ir á oír misa en aquel lugar.

Pero Segundo, que rayaba en los diez y nueve años y era un mozo alto, robusto y bien parecido, mayormente siendo su color de un negro de ébano magnífico, se hallaba en la edad en que las pasiones comienzan á despertarse y á aguijonear el alma, y en que el jóven inocente, he-

cho hombre, necesita, por muy humilde que sea su condicion y limitada su esfera social, espaciar de algun modo el sentimiento, comunicarlo á otros séres y recibir impresiones causadas por éstos. ¿Podia Segundo sentir el aguijon del amor? sin duda que sí. Pero de quién? En la hacienda del Carrizal no habia otras mujeres jóvenes, sino las hermanas del mismo Segundo; y por lo mismo nadie podia tentarle ni hacerle concebir ilusiones. Su alma, ménos esclava que su cuerpo, vivia en la soledad, y todas las voces interiores que en ella se producian sólo le hablaban de una cosa: la *emancipacion*. Esta sola palabra resumia todos los amores y todas las ideas de Segundo: sus amores, reducidos á su madre y sus hermanas; sus ideas, condensadas en la aspiracion á la libertad para ganar por medio de ésta la dignidad y el bienestar.

Así el único entretenimiento con que se solazaba era la música: habia aprendido desde muy muchacho á tocar tiple y bandola, y con sus miserables ahorros de los primeros años de adolescencia se habia procurado un modesto tiple, que sabia puntear y rasgar con bastante gracia y expresion. En las noches de *molienda* en el trapiche, sentábase fuera de la enramada, contemplando las llamas de la hornilla en que se cocia el *caldo* de las cañas, y se estaba tocando con silencioso

recogimiento; y en las noches de luna, sentado á la sombra de un naranjo, á la orilla de la falda que de cerca del trapiche descendia hácia la quebrada—falda cubierta en parte de plantaciones de cañas—pasaba dos ó tres horas tocando melancólicos bambucos y otras sonatas populares, y soñando.... Con qué soñaba? Sin duda entreveía con la imaginación los vagos y lejanos horizontes de los futuros años en que esperaba ser libre con su madre y sus hermanas; y acaso ideaba mil felicidades desconocidas, que se le aparecían en lontananza como los albores de un crepúsculo que embellece las cumbres vaporosas de una lejana cordillera....

Entretanto, finalizaba el año de 1816, y el sanguinario *pacificador* Warleta, digno émulo de Morillo y demas tigres galonados que el absolutismo español había enviado para reprimir la revolución republicana en Venezuela y Nueva Granada, asolaba la provincia de Antioquia, en nombre de “su majestad don Fernando VII, rey de las Españas y de las Indias,” recuperadas por el despotismo. La prision, el destierro, la confiscación de bienes, el patíbulo y todo linaje de violencias y atrocidades, castigaban el patriotismo de los “insurgentes” y áun de los simplemente sindicados de haber simpatizado con la revolución: la esclavitud,

poco ántes amenazada de extincion, por los tribunos, gobernantes y jefes patriotas, recuperaba todo el apoyo de las leyes y de los mandarines “por la gracia del rey,” en términos de agravarse notablemente la condicion de los esclavos: el terror *blanco* reinaba en todas partes, como una amenaza general, y la placa de plomo del viejo régimen colonial volvía á pesar sobre los pueblos y á reducirles á la inmovilidad, el silencio y las tinieblas de la obediencia pasiva y la ignorancia.... Dondequiera habia persecuciones, visitas domiciliarias y secuestros, procesos y venganzas, y por lo mismo hombres fugitivos, patriotas ocultos en los bosques, ó presos en las cárceles, ó víctimas de ejecuciones sumarias. De una vasta escuela práctica de instituciones libres y republicanas, que habia sido la Nueva Granada durante poco más de cinco años, tornaba á ser, no ya solamente una colonia oprimida, sino un inmenso presidio sembrado de patíbulos. La hora del martirio habia llegado para los libertadores: hora sublime y sin igual, que debia ser precursora de la gloria y perpetua redencion de los pueblos....

En un sábado del mes de enero de 1817, Segundo, siempre apartado de sus compañeros de esclavitud cuando trabajaba en la mina por su cuenta, bregaba con teson por derrumbar un pedazo de

peñasco de conglomerado aurífero, oculto bajo el bosque de la quebrada, cuando súbitamente se le presentó un hombre desconocido que salía del fondo de la espesa arboleda. Uno y otro se mostraron sorprendidos: el recién venido con la sorpresa de quien huye y teme ser descubierto; Segundo, con la de quien se halla trabajando sólo, dominado por una idea fija, y repentinamente ve delante una persona que le es enteramente desconocida.

—¿No son estas tierras de la hacienda del Carrizal? preguntó el desconocido.

—Sí, mi amo.

—¿Quién eres?

—Soy esclavo del amo don Clemente Conde.

—¿Qué haces ahí?

—Trabajo para aprovechar mi día.

—¿No has llegado nunca á estar libre?

—Nunca.

—¿Luego te ocultaron que la ley te emancipaba?

—No lo he sabido.

—Infeliz! pues ya todo está perdido...

Segundo guardó silencio, sin comprender lo que su interlocutor le decía.

—¿Sospechas quién soy? añadió éste.

—No, mi amo.

—¿Serías capaz de denunciarme?

—Y porqué?

—Porque me persiguen.

—Mi amo, yo nunca denuncio á nadie, y ménos lo haria contra un perseguido...

—Te creo ; tienes cara de ser honrado. Pero dime : ¿ hay más gente por aquí ?

—Á unas diez docenas de pasos, allí arriba, están trabajando otros esclavos de la hacienda.

El fugitivo reflexionó un momento, fijó una mirada escrutadora en el negro, tornó la vista en derredor por medio del bosque, y despues de algunos instantes de observacion se dijo con el pensamiento : “ Este negro es de raza pura, jóven y sencillo ; debe de ser bueno, leal y honrado, y tengo que confiarle mi suerte.” Y reanudando el diálogo añadió :

—¿ Sabes qué cosa son los patriotas ?

—Mi madre me ha dicho que esos son los *buenos*, segun supo en la villa.

—¿ Entónces les tienes simpatía ?

—Sí, mi amo.

—¿ Sabes que los *chapetones* han vuelto al pais con tropas ?

—No lo sabia.

—¿ Y distingues los unos de los otros ?

—No entiendo bien lo que son, mi amo.

—Los chapetones, los *godos*, son los que han oprimido esta tierra y traído esclavos para hacerles trabajar como bestias, darles azotes y venderles y comprarles como animales, sin misericordia : los *patriotas* son los que han querido hacer libres á todos los esclavos é impedir que los hijos sean separados de sus padres.

—Bueno! y *su mercé*.... de cuáles es?

—Soy patriota y capitán.

Segundo, á su vez, miró con suma atención al desconocido, en cuyo semblante varonil y enérgico se leían la resolución y la sinceridad, y tomándole una mano se la besó con cariño y le dijo:

—Mi amo, me gustan los patriotas.

—Quieres servirme? preguntó el capitán?

—En cuanto yo pueda, sin salir de la hacienda, pues si saliera me perseguirían como prófugo y me darían cincuenta azotes.

—Puedes servirme mucho, sin alejarte ni faltar en nada. Me persiguen de muerte los godos y no tengo donde ocultarme; sólo he logrado poner en salvo á mi mujer y mi hija, que deben ir á aguardarme, por el Cauca, en la embocadura del río Nechí; necesito encaminarme hácia ese río, bajando por las orillas del Porce, y al buscar el camino me he extraviado por aquí. ¿Puedes guiarme para salir de estas montañas hácia el Porce?

—Es muy fácil, mi amo capitán, respondió el negro.

—Pues andémonos aprisa.

—¿Pero *su mercé* podrá escaparse por esas veredas tan enmarañadas y esos riesgos?

—Sí. Nada llevo que comer ni tengo arma ninguna con qué defenderme; pero

conozco el Porce y el Nechí, tengo amigos y Dios me salvará.

—Entonces....

—Dame algo que comer, si puedes, porque me muero de hambre, y luego, échate adelante a señalarme el camino.

—El sol está todavía alto, y aunque la hacienda es grande, no tardaré mucho en mostrar á *su mercé* la mejor vereda.

—Pues ándate ligero.

—Aguarde *su mercé* un tantico, mientras escondo mis trastos de laboreo y veo dónde están mis compañeros: entre tanto, cómase *su mercé*, si no le desagrada, mi racion de arepas y panela.

Y diciendo esto, Segundo entregó su escaso fiambre al capitán, que retiró del hueco de un árbol, se echó al hombro sus utensilios y se alejó, perdiéndose de vista en la espesura del bosque.

Como un cuarto de hora despues regresó el negro cautelosamente al sitio donde se habia quedado el capitán y le dijo:

—¿Comió algo *su mercé*?

—Sí, mi buen amigo: tu panela y tus arepas estaban exquisitas.

—Pues que le aprovechen á *su mercé*. Aquí le traigo esta caña dulce: le servirá primero de baston para el camino, y cuando tenga sed se la aplacará.

—Gracias! cuán bueno eres....

—¿Está *su mercé* listo para echar á andar?

—Cuando quieras.

—Pues caminemos.

Al punto comenzó Segundo á caminar por entre el bosque, seguido del capitán, y bajando por todo el curso de la quebrada durante algunos minutos. Luego se detuvo, al saltar por encima de un vallado de piedra y dijo:

—Esta quebrada desagua en el Porce, pero da muchas vueltas por enmedio de estas lomas; es mejor trepar por todo el pié de esta cerca, sin riesgo de ser vistos, hasta la cumbre de la colina que tenemos á la derecha, pues al otro lado hay una quebrada con veredas que van derecho al Porce, y así se abrevia más de tres horas el camino.

—Sigamos, pues, el vallado, repuso el capitán.

Y continuaron la marcha, torciendo directamente hácia el norte, y subiendo por una falda pedregosa, cubierta de pajonales y grama natural y salpicada de chaparros y otros arbustos de áspero y triste follaje. Al coronar la cumbre, Segundo se detuvo y dijo:

—De aquí no puedo pasar.

—Porqué? preguntó el capitán.

—Porque el filo de esta cuchilla es el lindero de la hacienda por este lado.

—Tienes razón; pero qué haré?

—*Su mercé* está aquí en seguridad, porque las tierras que siguen para el

frente están desiertas hasta el río. Atraviese *su mercé* aquel montecito de *tachuelos* y *arrayanes*, y al encontrar una quebrada, siga andando por ella abajo, que hay vereda, y saldrá derecho al Porce.

—Entónces estoy en buen camino, dijo el capitán.

—Pues cójalo *su mercé* aprisa.

—Oh, mi buen amigo! exclamó el fugitivo; te debo la vida: dame un abrazo y recibe toda mi gratitud!.....

—Mi amo, dicen que un negro no puede abrazar á un blanco.....

—Pues te han dicho una bestialidad. ¿No somos, pues, hermanos tú y yo?

—Hermanos?

—Sí; en Dios, en la patria y en el sufrimiento.

Segundo abrió los brazos llorando de gozo, y el capitán le estrechó en los suyos con profunda sensación.

—Cómo te llamas? añadió.

—Segundo.

—Nunca olvidaré tu nombre! adios!

—Pero ántes de irse *su mercé*, yo quisiera.....

—Qué cosa?

—Que *su mercé* me recibiera esto.

—¿Qué tienes envuelto en esas hojas?

—Una cosa que es mia y puede servir de algo á *su mercé*.

El negro desató un envoltorito que te-

nia en la mano y mostró al capitan un puñado de veinte patacones con la efigie de Carlos III.

—Dinero! exclamó el capitan. Oh! no, no! ¿Cómo habria yo de recibirte ese dinero que es el fruto de tu duro trabajo y ha de ser sin duda una parte del precio de tu rescate?

—No importa, mi amo capitan. ¿No ha peleado y está perseguido *su mercé* por rescatar á todos los esclavos? Reciba, pues, mis patacones, que le servirán para el viaje.

El capitan vaciló un momento entre la necesidad y el deber, y estuvo tentado á recibir el dinero por gratitud y respeto á la sublime generosidad del esclavo; pero luego dijo con resolucion inquebrantable:

—No, mi buen Segundo; yo no me perdonaria despues el egoismo culpable con que obrara al recibirte ese dinero. La patria sucumbe, y no sé si los pobres esclavos podrán ser rescatados por ella... Ese dinero que me ofreces es algo de tu rescate, de tu libertad, de tu sangre, de tu vida misma.... y es imposible que yo acepte tamaño sacrificio. Harto has hecho por mí: adios!

—Mi amo capitan, llévase *su mercé* si quiera diez patacones....

—No! gracias, mi buen Segundo.

—Pues si quiera cinco....

—No!

—Aunque sea uno solo....

—Está bien: dame un peso, y ojalá no tenga yo que gastármelo para poderlo guardar como una reliquia sagrada.

El capitán recibió la moneda de plata, abrazó una vez más á Segundo, partió y en breve se perdió de vista en el bosque; en tanto que el generoso negro, al regresar hácia las casas de la hacienda, iba diciéndose profundamente impresionado:

“Ah! conque hay una patria comun y los negros somos hermanos de los blancos; hermanos en Dios, en la patria y en el sufrimiento!”....

## V.

### EL RESCATE DEL CUERPO.

Un año habia trascurrido despues del episodio que tan inesperadamente hiciera nacer en el alma de Segundo el sentimiento del amor patrio y de la solidaridad entre los amigos de una causa comun, y su existencia material no habia sufrido alteracion alguna. Pero en compensacion la inteligencia del buen negro se habia aguzado mui notablemente: pensaba con clara prevision, concentraba todos sus pensamientos en la idea de la emancipacion, y aumentaba su perspicacia para descubrir los más ricos depósitos de oro; obteniendo en premio de su trabajo constante los mejores resultados posibles.

En la noche de un sábado, mientras que los esclavos mineros descansaban del trabajo, Segundo entró bajo la enramada del trapiche y se acercó á su hermana Pastora, hermosa negra de talle esbelto, blanquísimos dientes y grandes y expresivos ojos, que tenia como veintiuno á veintidos años. En aquel momento estaba metiendo caña al trapiche para acabar la tarea del dia, y cantaba, como acostumbra los negros cuando trabajan, al compas monótono y desapasible de los chirridos del *mayal* y de las dentelladas masas del molino. Segundo se acercó á Pastora, agachándose por debajo del *mayal*, y la dijo al oido:

—Hermana, ya es tiempo.

—De qué? preguntó la negra, sin dejar de meter caña al trapiche.

—De darte lo que te tengo prometido.

—Cierto que mañana es mi cumpleaños. ¿Y con qué me vas á *colgar*?

—Con tu rescate y el de hermana Chepa.

—Nuestro rescate! Ah! el de Chepa es posible; pero el mio.... quién sabe!

—Porqué no?

—¿No has advertido que el patron Ciprian me persigue?.....

—Eso hay?

—Sí; y él se opondrá á mi rescate.

—Y porqué, hermana?

—Porque no querrá que yo me vaya de la hacienda.

—Y el amo, pues?

—El amo..... hará lo que quiera el patron Ciprian; éste lo cree así.

—Eso lo veremos!

Segundo, al pronunciar estas últimas palabras, hizo un gesto de resolucion que parecia contener un desafío; y al punto se dirigió hácia la habitacion de don Clemente, situada á la extremidad de una arboleda, como á unos doscientos pasos de las enramadas del trapiche. Don Clemente estaba tendido en su hamaca del Corozal y fumaba tranquilamente un sabroso habano. Cuando Segundo entró en la sala, dijo con tono seguro:

—Mi amo, vengo á pedir á *su mercé* otro favor.

—Qué quieres? Ah! apuesto á que ya estás rico otra vez: comprendo á lo que vienes.

—Sí, mi amo: tengo con qué rescatar á mis hermanas.

—Hum! murmuró don Clemente.

—¿Quiere *su mercé* decirme cuánto valen ellas?

—La Chepa, que tiene veinticinco años..... doscientos cincuenta pesos por lo ménos; la otra..... diantre! la Pastora vale mucho más.

—Pero es más muchacha y debiera valer ménos, se atrevió á observar Segundo; mayormente cuando le faltan dos dedos de una mano, que le comió el trapiche há más de dos años.

—No importa: la Pastora vale muy bien trescientos cincuenta patacones; es hermosota y puede dar buena cria...

—Pues pagaré los seiscientos por las dos.

—Hola! tan rico así estás?

—No faltará modo, con los ahorros que hemos hecho.....

—Pues ya puedes irme dando los doscientos cincuenta pesos por la Chepa; pero lo que es la Pastora..... no la dejo rescatar ni por los trescientos cincuenta pesos.

—Bien decia Pastora, mi amo.....

—Qué?

—Que *su mercé* le daría gusto al patron Ciprian en lo que quisiera.....

—¿Y qué tiene que ver Ciprian en el asunto?

—Pues... ..

—Habla! dijo don Clemente con tono imperioso y de disgusto.

—El patron Ciprian, repuso Segundo sin turbarse, ha dado en perseguir á hermana Pastora, y dice que no la dejará vender ni rescatar, pues la quiere para él.

—Cómo es eso?

—Como lo oye *su mercé*: Pastora me lo ha dicho.

—Pues no faltaba más sino.....

Don Clemente se interrumpió para reflexionar. Ciprian Gómez le hacia mucha falta, por ser un buen capataz de esclavos.

vos, y convenia tenerle contento ; pero tambien Segundo era el mejor minero é importaba mantenerle en la hacienda. Ademas don Clemente, bien que imbuido en las preocupaciones propias de su raza y de su posicion social, respecto de los esclavos, era hombre de conciencia y que respetaba la ley y los usos establecidos ; por lo que no podia denegarse á recibir, áun por avalúo judicial en caso necesario, el precio de rescate de las hermanas de Segundo.

Miéntras que el viejo peninsular se hacia estas reflexiones, su jóven esclavo revolvia otras en la cabeza, y así se atrevió á interrumpir las cavilaciones de su amo diciéndole :

—Y, con licencia de mi amo, ¿ cuánto pediria *su mercé* por mi rescate ?

—Cómo ! tú tambien ? . . . .

—Pues yo quisiera decir . . . .

—Vamos ! habla.

—Si *su mercé* me da libre primero, pediré á la autoridad el rescate de mis hermanas, y depositaré lo que valgan.

—¿ Y quién te ha dicho que podias hacer tal cosa ?

—No ha faltado quien me lo aconseje ; pero yo quisiera proponer otra cosa á mi amo.

—Explicate.

—Mi amo, está visto que los demas esclavos no entienden nada del laboreo de

la mina : la mitad del oro que *su mercé* recibe es lavado por mis manos solamente.

—Es verdad ; así me lo ha dicho Ciprian. ¿ Y eso en qué consiste ?

—Pues ! yo trabajo mucho mejor y con conciencia ; sé descubrir los buenos *ojos de oro* y entrego todo lo que recojo en los dias que son de *su mercé*.

—Bueno ¿ y qué quieres proponerme ? dílo.

—Si *su mercé* consiente en mi rescate, que le pagaré mañana, me obligo á trabajar en la mina como libre, con buenas herramientas de mi amo ; y ofrezco á *su mercé* que si me da la mitad del oro que yo lave, la otra mitad valdrá muchísimo más que todo el que ahora recogen los otros esclavos juntos.

—¿ Entónces . . . . la mina es riquísima ?

—Sí, mi amo ; pero no la saben trabajar : y como los mineros somos esclavos . . .

—Comprendo lo que quieres decir. ¿ Podrias asegurarme que obtendria los buenos resultados que me prometes ?

—Sí, mi amo.

—¿ Y tú conoces el secreto de la riqueza de la mina ?

—Sí, mi amo.

—Está bien. ¿ Dices que quieres ser libre desde ahora ?

—Sí, mi amo ; pero yo solo no, sino con mis hermanas.

—Lo serás desde mañana.

—¿Cuánto debo dar á *su mercé* por los tres rescates?

—Mil pesos.

—Mi amo.... no sé lo que son mil pesos.

—Tú vales cuatrocientos.

—Eso es muy caro, mi amo.

—¿Cuánto darías con gusto?

—Los trescientos por cada uno de los tres.

—Consiento en ello.

—Pues mañana recibirá *su mercé* todo el precio de nuestro rescate.

—Está bien. Y luego?....

—Palabra por palabra, mi amo: desde el lunes, ya liberto, me pondré á trabajar en la mina. *Su mercé* dirá quién me ha de vigilar.

—Nadie: tengo entera confianza en tu honradez.

—*Su mercé* verá que la merezco.

—Pues estamos convenidos, y vete con Dios.

• Dos años permaneció Segundo trabajando en la mina con la ayuda de su madre y sus hermanas, en compañía con su antiguo amo: éste ponía su mina y sus herramientas y utensilios y daba habitación franca en las enramadas del trapiche á la familia de libertos; y éstos se mantenían y vestían á sus expensas, ponían su trabajo en la asociación, y entregaban todos los días, á las seis de la tarde, el oro

recogido. Don Clemente les devolvía la mitad de lo que resultaba, y veía con asombro que su mitad propia valía el décuplo de lo que obtenía con el trabajo de sus siete esclavos.

Desde los primeros días Segundo, con el auxilio de sus hermanas, había construido á toda prisa un rancho á la orilla del bosque, cerca de la mina. Allí guardaban todos los utensilios y tomaban los alimentos para no tener que perder tiempo en idas y venidas. Antonia recogía la leña necesaria, hacía el almuerzo y la comida, componía y lavaba la ropa de sus hijos, y cuando la sobraba tiempo les ayudaba en sus trabajos de laboreo. Segundo hacía los cateos, con suma perspicacia de minero, y ejecutaba los trabajos de excavación; Chepa y Pastora acarreaban las tierras auríferas hasta las orillas de la quebrada, y luego, cuando el depósito era considerable, entre los tres juntos lavaban las arenas. El jóven liberto tenía instalados los trabajos en lugar muy distinto de aquel en que don Clemente los había mantenido bajo la rutinaria dirección de Ciprian Gómez, hombre que entendía más de apurar á los esclavos para trabajar, que de cateos y buen movimiento de las tierras auríferas; y la inteligencia y el instinto minero de Segundo suplían con creces a la escasez de brazos.

Ello fué que al cabo del primer año, el

trabajo de los seis ó siete negros esclavos que seguían beneficiando la mina por cuenta y costo de don Clemente, no alcanzó á producirle arriba de siete mil pesos, sin que ninguno de aquellos infelices lograra ahorrar lo suficiente para rescatarse; en tanto que Segundo y su familia, costeadando enteramente su mantenimiento, entregaron á su antiguo amo cerca de quince mil pesos en oro muy limpio y de muy buena ley, de los cuales les correspondía la mitad. El segundo año no fué ménos fructuoso, de suerte que al finalizarlo la laboriosa y honrada familia de libertos se halló dueña de un capital en onzas, oro en polvo y algunas monedas de plata, no menor de diez y seis mil pesos.

Quiso la desgracia, ó acaso más bien la fortuna de Segundo y su familia, que don Clemente enfermase de gravedad súbitamente, y muriese en breves días, sin tener tiempo de hacer testamento; por lo que en seguida entraron la viuda y dos hermanos de aquel en un intrincado pleito de sucesion que dió al traste con la hacienda del Carrizal, mal administrada por unos depositarios sin suficiente inteligencia para el caso. Negáronse éstos á continuar el contrato que tenía hecho don Clemente con Segundo, y éste se retiró de la mina, yéndose a un lugar cercano de Medellín, con su familia. Allí comparó con sus hermanas el haber que tenía, diciéndolas:

“Mi mayor deseo, hermanas, es que os caseis honradamente y seais mujeres de provecho y felices. A cada una entrego para su dote la cuarta parte de lo que hemos ganado: las otras dos partes son para nuestra madre y para mí. Ella se irá conmigo, porque jamas habré de separarme de su lado.

—¿Luego nos quieres dejar hermanito? dijo Chepa.

—Sí, hermana; es preciso.

—¿Y por qué no hemos de vivir juntos los cuatro? añadió Pastora.

—Comprendo que no podré vivir con dignidad, como un hombre, siquiera tenga algun dinero, en la tierra donde nací esclavo y me han conocido como tal. Y yo quiero ser *algo*.... quiero ser útil á *mi patria*, la de nuestros libertadores, la del *capitan fugitivo*, y necesito ir á establecerme en otra parte.

—Pero hermanito, observó Chepa, ¿á dónde irás que no seas siempre negro?

—A cualquiera parte; á donde me conozcan *libre*, aunque negro; á donde halle cristianos que no desprecien á los negros tanto como aquí.

—No te falta razon, hermanito, dijo Pastora: hágase lo que Dios quiera, y cumple tus propósitos como mejor te parezca. Te lo debemos todo: la libertad, la vida y la riqueza que nos dejas tan generosamente; Dios te lo pague y te lleve con bien....

VI.

EL RESCATE DEL ALMA.

Meses despues Segundo Conde (ya usaba su apellido y así le llamaban todos) se hallaba en el valle del Cauca, domiciliado cerca de Cartago, donde habia establecido sus negocios y tenia por toda compañía la de su madre. Tomó en arrendamiento un campo muy adecuado para la ceba de cerdos en gran número, así como para poder adehesar potros y muleros, y traficaba con estos animales, vendiendo los primeros ya gordos para *la Provincia*, como llamaban la de Antioquia por antonomasia, y los demas para la de Mariquita; amen de los negocios que hacia comprando a bajo precio las cosechas de cacao de algunas labranzas para revender luego el artículo en zurrones, con destino al consumo de los antioqueños.

Comenzaba el año de 1820, cuando Segundo Conde tenia ya organizados sus negocios en el distrito de Cartago, y la gloriosa victoria de Boyacá, seguida en breve de otras obtenidas por los patriotas en el norte y el sur del pais, habia asegurado la independendencia de la Nueva Granada, despues de cuatro años de desolacion producida por el terror monárquico inaugurado por los Morillo y Enrile, los

Warleta y Sámano y demas seides sanguinarios del nunca bien maldecido Fernando VII. La república se reconstituía, bien que trabajosamente; los más terribles españoles habían emigrado del país; no quedaba ni un cuerpo de tropas enemigas en el territorio neo-granadino, y dondequiera se hablaba de libertad y próxima constitucion de la gran Colombia, de reformas progresistas y de nuevos triunfos que iban preparando la independencia de todos los pueblos hispano-americanos.

Sinembargo, dos cosas parecían á Segundo Conde muy disonantes en el concierto general de vítores á la libertad, de aplausos al Libertador Bolívar y sus compañeros de armas, y de patrióticas esperanzas en un porvenir brillante para el país; y aquellas dos disonancias mortificaban sobre manera á nuestro laborioso liberto. Por una parte, comprendía que casi toda la porcion blanca ó de raza española de la sociedad le despreciaba ó miraba con desden, sólo por su antigua condicion de esclavo y por ser negro, no obstante su notoria honradez, su carácter apacible y servicial y la posicion independiente que tenia; y advertía que todos los negros, excepto los que arrastraban sable y tenían título de “libertadores,” eran mirados como gente muy inferior que no podia alternar con la llamada “decente.” Por otra, observaba con gran

dolor que muchos propietarios de esclavos, mantenidos al arrimo de la reciente lucha y aún de la causa triunfante, una vez afianzada la *independencia* — que les habia parecido ser cosa muy buena — hacian la oreja sorda, por mucho que se llamaran “patriotas,” cuando se les hablabá de la *libertad para todos*, y por lo mismo de la inmediata abolicion de la esclavitud. Segundo empezaba á comprender que la patria libre tambien podia ser inhumana, y que muchos hombres hallaban en su interes, yá que no en su conciencia, medio de conciliar su personal egoismo y sus preocupaciones de casta con la grandeza de una revolucion que debia ser tan generosa como justiciera . . . .

Otra cosa humillaba y afligia profundamente á Segundo, y era su ignorancia. Comprendia que la fortuna misma nada vale, si no hay una inteligencia que la aplique y dirija con acierto; que el derecho del hombre es impotente para hacerse reconocer y respetar, si no lo acompaña una luz irresistible que lo ponga de manifiesto á los ojos de todos; y se le venia el llanto á los propios cada vez que, con motivo de sus negocios, le era preciso hacerse leer alguna carta ó hacer firmar á ruego, por no saber leer ni escribir, ó hacer cuentas con montoncitos de granos de maíz, por ignorar totalmente los rudimentos de la aritmética.

Cavilaba Segundo constantemente acerca de estas cosas, cuando su madre cayó enferma de reumatismo y hubo de guardar cama. No habia por aquellos contornos médico alguno, y el Hipócrates de Cartago no quiso ir á recetar á Antonia, sin duda por ser negra, por lo que Segundo hubo de apelar á un curandero foráneo y ambulante que le vino á las manos, para que asistiera á la pobre enferma, en tanto que él mismo la dedicaba los mayores y más asiduos cuidados. Pero, como de ordinario acontece, Raimundo Espitia, el consabido curandero, no entendia cosa mayor de medicina — ciencia y arte que estaban casi por nacer en Nueva Granada, — bien que era hombre entendido en otras cosas, de agradable conversacion, algo instruido en ciertas generalidades, y tan benévolo como servicial. Se habia instalado en la campestre casa de Segundo, y pasaba los dias buscando yerbas, preparando menjurges y aplicándoselos á Antonia con la mejor buena fe ; pero no hacian efecto alguno, y la enferma iba a peor cada semana y cada dia.

Mas ya que con la medicina yerbatera nada lograba el buen Espitia, guiábale su buen corazon y deseaba servir á Segundo en algo de provecho ; por lo que una noche, miéntras que la enferma dormia, descansando así de sus dolores reumáticos, y Segundo estaba en vela acompañán-

dola, Espitia dijo á su amigo en voz baja:

—Amigo Conde, mis remedios no hacen efecto, y ya me avergüenzo de vivir en esta casa sin servir de nada: ¿quiere usted aprovecharse de mi buena voluntad en alguna otra cosa?

—En qué? preguntó Segundo.

—He sido maestro de escuela en Rolandillo y otro pueblo, en tiempo de la “patria boba,” y creo que no lo hacia muy mal. ¿Quiere usted que yo le enseñe á leer, escribir y contar, durante las horas que usted pasa acompañando á la enferma?

—Pues no he de querer! me mortifica mucho el ser un ignorante.

¿—Entónces.....aprenderá usted?.....

—Con la mejor voluntad.

—Pues mañana mismo buscaré unas tablas de lectura y arreglaré un cajon largo con arena para que usted trace palotes.

—Hágalo usted, señor Espitia, que se lo agradeceré con toda el alma.

Durante mas de un año Segundo repartió su tiempo y atencion entre su madre, que iba empeorando hasta vegetar tullida en la cama, sus negocios, que eran algo considerables pero no complicados, y el simultáneo aprendizaje de la escritura, la lectura y los rudimentos de la aritmética; y sus progresos en el camino de la luz fueron tan rápidos, como los que

hacia Antonia en el triste sufrir que la llevaba hácia la muerte.....

Una tarde, miéntras que Segundo recibia sus lecciones y hacia varios ejercicios de caligrafía en el patio de su casa, á la sombra de un oloroso guanábano que lo hermoseaba — patentizando un adelantamiento nada comun y una clara inteligencia de la lógica del lenguaje y de los números, — se oyó un profundo gemido que se escapaba del cuarto de Antonia. Espitia y Segundo corrieron, entraron en el cuarto de la enferma y la hallaron agonizante.

—Hijo mio !.....dijo ella con voz desfalleciente.

—Madre ¿ qué siente *su mercé* ?

—Que Dios me llama y me muero.....

—Dios mio ! Dios mio ! por qué me la quitais ?.....

—Vamos, amigo ; conformidad... dijo Espitia tomando el pulso á la moribunda.

—¿ Hay alguna esperanza ? preguntó en voz baja Segundo lleno de ansiedad.

—Ninguna.

—Cómo ! conque la perderé ?.....

—Está muerta !

—Muerta ! Dios mio ! Misericordia !

—Sí, repuso Espitia. Dos almas se han encontrado en un mismo camino : la una se va para tornar á Dios, de quien todos venimos y á quien todos pertenecemos ; la otra nace á la luz de la instruccion.....

Dios sea bendito en su misericordia como en su justicia! Ya que no me concedió ciencia para curar la enfermedad de la madre, me ha dado arte para iluminar la inteligencia del hijo....

## VII.

### LA FIESTA DEL CÓRPUS.

Poco mas de un mes hacia que Segundo Conde, lleno de dolor filial pero con viril entereza, habia clavado una cruz sobre la sepultura que guardaba los restos de su madre, y emprendido en seguida una nueva peregrinacion, no sin despedirse tiernamente de Espitia y recompen-sarle con largueza. Comprendiendo que en ninguna parte estaban tan hondamente arraigadas como en el valle del Cauca las preocupaciones aristocráticas, funestas sobre todo para los "hombres de color," \* resolvió tramontar la cordillera central de los Andes é irse á buscar fortuna considerable y tranquilo bienestar en la provincia de Mariquita, comarca de suelo rico, hermoso y pintoresco que hoy es parte integrante del bello Estado del Tolima. Realizó, pues, prontamente cuanto tenia en el distrito de Cartago, á orillas del risueño rio de la Vieja, y reduciendo su

\* Esta situacion social, por fortuna, ha cambiado muchísimo.

pequeño capital (cosa de catorce o quince mil pesos) á onzas de oro y buenos caballos de silla de las mejores crias caucanas, se encaminó hácia Ibagué por la áspera montaña de Quindío.

Ibagué le pareció lo que realmente era: un paraíso muerto; una ciudad apacible, propia para vivir muelle y tranquilamente, habitada por gentes singularmente amables, hospitalarias y benévolas, patriotas con entusiasmo y siempre de buen humor; ciudad rodeada de campiñas primorosas, pero sin verdadera fertilidad, de paisajes bellísimos y de abundantes y cristalinas fuentes, pero sin vida industrial ni movimiento activo. La vida se deslizaba allí sin sacudimientos ni tristeza, risueña y suave como tantos arroyos que salen de las montañas á la llanura coronados de flores y de helechos, preñados de luz y de poéticos rumores para regar unas praderas casi solitarias, en cuya vasta estension apénas sí se oía de trecho en trecho, á la sombra de un matorral de guaduas ó un grupo de sáuces, al pié de una desnuda cerca de piedras mohosas, el mugido de alguna vaca diminuta pa- ciendo sobre alfombras de gramales poco sustanciosos, que medran sobre capas de arena y aluviones volcánicos de gruesos guijarros y cascajo.

En breve advirtió Segundo que, si bien las gentes de Ibagué le trataban con be-



nevolencia y sin el menor asomo de desden, esto era debido á la particular dulzura del carácter ibaguereño, y no á una disposicion *social* ó de raza, favorable á los negros. Sabia que todos le nombraban, cuando no estaba presente, “el negro Conde,” y que en toda la ciudad y sus términos él era el único hombre de su raza. “Estoy aquí, pensaba, *como mosca en leche*,” cada vez que en algun dia de concurrencia numerosa, como en los mercados de los domingos, discurría por medio de la gente en calidad de tratante de caballos; y el contraste era notable, porque aquella gente era absolutamente blanca y en lo general de formas graciosas, bellas facciones, lozana carnadura, cútis fresca y rosada, hermoso pelo lacio y abundante, garboso andar y maneras francas y afables.

Otra reflexion se hacia Segundo que determinó sus resoluciones: comprendia que, durante mucho tiempo, seria muy difícil que un negro liberto, á ménos que fuese hombre de sable, se abriese amplio camino en la sociedad neo-granadina, por muy honrado y estimable que fuera, y por mucho que las instituciones republicanas, fundadas en el principio de la igualdad, fueran haciéndola calar en el espíritu social y en las costumbres. Pero la sociedad neo-granadina, tal como el régimen colonial y la asoladora guerra de la inde-

pendencia acababan de dejarla en pié, pero enferma, era pobre, pobrísima, y además un compuesto de tres razas muy diferentes y algunas variedades de mestizos; y si á los ojos de un filósofo previsor la práctica del gobierno republicano podía traer consigo una vasta fusión de sangre y de ideas que diese por resultado la dignificación de los humildes, Segundo, sin educación y con una instrucción apenas rudimentaria, sólo podía formarse esta idea clara: que la riqueza podía allanar, si no todas las desigualdades de raza y nacimiento, por lo ménos las más embarazosas y humillantes.

“ Si llego á ser bien rico, pensaba, seré *considerado*, podré formar una familia honrada y respetada, y me será dable hacer todo el bien posible, particularmente á los pobres hermanos que continúan siendo esclavos. Pero en Ibagué todo se mueve lentamente y las buenas gentes son aficionadas al placer: aquí es difícil hacer una gran fortuna, porque no hay actividad industrial; necesito ir á crearla donde haya muchos *hombres de color*, como dicen, negocios activos y necesidad de luchar con las dificultades de la vida.”

Dominado por esta idea clara y fecunda, por su sencillez misma, Segundo habia estado tomando informes acerca de los lugares de mayor industria y comercio que habia en la provincia, y como unos

le indicaban que lo mejor era Honda y otros Ambalema, se hallaba perplejo. Un día tuvo noticia de que por los lados de Mariquita y Santa Ana había muy ricas minas de oro, y esto le hizo decidirse por Honda, ciudad que en aquel tiempo (1822) era la capital de la antigua tierra de los *Marquetones* ó provincia de Mariquita. Al punto lió Segundo sus maletas, teniendo ya vendidos casi todos sus caballos, y por la vía más corta—la de *Peladeros* (hoy Lérida) y Guayabal, se puso en camino hácia el lugar escogido; no sin el propósito, que cumplió, de detenerse por dos ó tres días en la derruida y venerable ciudad de Mariquita, á fin de tomar lenguas respecto de las minas de oro que por allí abundaban.

Acertó Segundo á llegar a Honda, por la estensa y pintoresca llanura de Mariquita, en la tarde de un día víspera de Córpus, y al desmontarse á la puerta de una casita de paja, en el extremo occidental de la calle *Vieja* (que es una de las cinco principales del barrio alto llamado del *Rosario*) en una humilde panadería donde le dieron posada, notó que toda la gente del lugar estaba en gran movimiento. Honda había sido hasta el terremoto de 1805 un centro mercantil de mucha importancia, y era en 1822 una ciudad interesante y curiosa en todos sentidos, de antiguas tradiciones y llena de

admirables contrastes. En ninguna otra localidad neo-granadina habian arraigado tanto como en Honda las tradiciones y costumbres españolas, mas no como quiera, sino muy amalgamadas, merced al influjo del clima y de un comercio activo, con las indígenas ó *marquetanas* y las africanas,—éstas, en la parte en que la importacion de esclavos de Africa las habia trasplantado á nuestro suelo. En ninguna parte se cogia tan á pechos como en Honda toda diversion tradicional, con ocasion de ciertas fiestas eminentemente populares: los *Reyes*, las *Carnestolendas*, la *Semana santa* y su *Pascua*, la *Cruz de mayo*, el *Córpus* y su *Octavario*, *San Juan* y *San Pedro*, los *Aguinaldos* y *Noche-buena*, y la *Pascua de Navidad* y los *Inocentes*.

Por otra parte, Honda habia sido siempre una ciudad mercantil y de tránsito obligado, y nada hay que predisponga tanto una sociedad á las costumbres democráticas como el comercio,—profesion muy activa que iguala mucho á los hombres, porque pone en frecuente y libre contacto á todas las clases sociales,—y el tránsito de muchos forasteros, porque renueva las poblaciones y crea una relacion incesante con gentes desconocidas y de toda condicion. Así en Honda la sociedad era muy mezclada, las gentes se trataban sin hacer casi distinciones de color, y cuando habia ocasion de una gran fiesta

popular todos se divertían por igual, reinando con el placer un espíritu notablemente democrático.

Cuando Segundo se apeaba de su mula caucana para hospedarse en Honda, todos los vecinos andaban afanosos y en gran trasiego, unos trabajando y otros de curiosos ó *mirones*. Todo el círculo de la plaza principal,—que por cierto es pequeña y carece de toda gracia y elegancia, salvo la magnífica ceiba que ahora la hermosea y da sombra,—dominada por la blanca, sencilla y modestísima iglesia parroquial, estaba cubierto ya con una enramada compuesta de altas estacas con un techo horizontal de hojas enteras de palmas *reales*; construcción que tenía cosa de quince piés de anchura y que, prolongándose por toda la calle *Vieja* y dando la vuelta por un callejón transversal, distante unas trescientas varas de la plaza, iba á enlazarse por la calle *Nueva*, llegando al átrio de la iglesia, con el comienzo mismo de la enramada. Los numerosísimos patrones ó “alféreces” de la fiesta se afanaban por cubrir con ramas de arrayán todas las estacas que sostenían aquel inmenso toldo de verdura, de más de ochocientas varas de extensión, y por levantar y vestir con todo linaje de ramas, flores, cortinajes, cuadros de pintura ó gravado, candelabros, vasos de loza ó de cristal, espejos de todos los tamaños posibles,

imágenes bíblicas ó de santos y otros adornos, los altares donde, de trecho en trecho, debia detenerse la procesion con el Santísimo. Otros se apuraban por clavar sobre los umbrales de las puertas y ventanas sendas alcayatas de palo ó medias naranjas provistas de cabos de velas, ó candiles de barro con manteca y mecha de trapo frito, para la pública iluminacion de aquella noche; á reserva de cubrir al dia siguiente muy temprano las mismas puertas y ventanas con vistosas guirnaldas de flores y cortinas de linon ó muselina, *filipichin* rojo, llamado tambien *pola*, ó percal lustroso de diversos colores.

Pero lo que más llamaba la atención de los curiosos era la construccion de algunos *bosques*, nombre que se daba, como es bien sabido, á una especie de tablado, cerrado por cima y por detras, que contenia una imitacion libre del Paraiso terrenal, con todas las reminiscencias bíblicas del caso; construccion propia para poner de manifiesto, á más de una gran parte de la fauna y la flora de cada parroquia, los aventajados conocimientos de los alféreces de la fiesta, en lo tocante á historia natural é historia sagrada. Desde luego, todo el tablado de cada bosque, así como sus columnas, fondo y techo, estaba literalmente cubierto de ramas de arrayan, y en cada esquina se ostentaba un pequeño árbol frutal (naranja, anon,

guayabo, ciruelo indígena &c.), de cuyas ramas pendian innumerables frutas de la más variada naturaleza, ya en forma de sartales, ya de zarcillos ó engarzadas con espinas y púas; y á más de una gran profusion de aromáticos y provocativos plátanos, piñas, limas, mangos, hicacos, nísperos, caimitos, aguacates, mameyes, &c, todos arreglados de modo que parecian ser productos de tres ó cuatro arbolillos solamente, veíase en muy prominente lugar una higuera—elemento necesario para el sencillo vestido de Adan y Eva; miéntras que en todo el centro se alzaba un hicaco provisto de manzanas bogotanas, á guisa de árbol del bien y del mal, en cuyo tronco y ramas principales estaba enroscado en larga espiral, con la cabeza agachada con cierto airecillo seductor é hipócrita, un culebron de la especie *talla équis*, obra admirable de carton y paja, en cuya fabricacion habia echado el resto de su original inventiva y su talento de colorista el tuerto Sebastian Burgueño, pintor titulado, benemérito y sin rival de la vieja ciudad de San Bartolomé-de-Honda.

Casi por demas está decir que al pié del consabido árbol bíblico se acariciaban tiernamente, vestidos segun la moda del Paraiso, dos inocentes niños que representaban á los progenitores de la flaca humanidad, quienes, sentados sobre pieles de

jaguares, pumas y otros animales feroces, tenían en torno una numerosa corte de pavas, *paujies*, torcaces, loros y *guacharacas*, conejos, armadillos, micos y otros animales de monte, tan asustados de hallarse á presencia de tanta gente desconocida en el Eden, como anhelosos de comerse las frutas que á todos provocaban.

Si los trabajos preparatorios, la iluminación, la música, los cohetes y la numerosísima concurrencia de gente, ofrecieron en la víspera del Córpus grande asunto de entretenimiento á Segundo Conde, para quien el espectáculo era tan sorprendente como nuevo, la fiesta misma “del Santísimo” le tuvo verdaderamente maravillado; máxime cuando le dió ocasion de formarse una idea bastante aproximada del carácter y costumbres de la población hondana. Jamas habia tenido él idea de un lujo de joyas, pañolones de seda, gasas y finísimos vestidos de batista, como aquel con que vió aderezadas á casi todas las gentes ricas y de mediana condicion de Honda; lujo y elegancia que no disonaban con el gracioso y vistoso vestir de los pobres, pues si éstos no se presentaron en la fiesta con ricos atavíos, andaban todos aseados y bien aderezados con mantas del país, muselinas, zarazas de colores alegres, finos madapolanes y bonitas crehuelas, amen de los *paños* ó chales de linon demoticas, los pañolones rojos, azules, mo-

rados y amarillos, las ruanas de algodón con listas de colores vivos, y unos sombreros *murrapos* ó *raspones* que por ser baratos no dejaban de parecer muy cucos y decentes. Y era muy de notar que la inclinacion al uso de los vestidos lujosos era tan decidida entre las gentes acomodadas, que el ardor de un sol canicular y de un suelo de reverberantes arenas no era parte á impedir la exhibicion de muchos pañolones de rico merino negro, muchas casacas y levitas de finos paños, y gran número de venerables sombreros de castor ó de felpa negra, de las variedades conocidas con los nombres de *cubilete* y *panza de burro*.

La concurrencia era tan numerosa como variada, y todos hormigueaban en alegre confusion, notoriamente contentos; lo que probaba que todavía en 1822 la poblacion de Honda era algo considerable, relativamente rica, á juzgar por el buen gusto y distincion de los vestidos en general, y compuesta no solamente de blancos de la vieja cepa española, sino tambien de muchos negros, mulatos y otros mestizos, que alternaban entre sí con una cordialidad de trato y de maneras muy notable, sin aquel estiramiento que sólo se encuentra donde las clases sociales se miran con antipatía ó han predominado por largo tiempo unas ideas y costumbres aristocráticas.

La procesion era tan extensa y com-

pacta, que cuando su cabeza tornaba al átrio de la iglesia, despues de haber dado la vuelta por la plaza y las calles Vieja y Nueva, todavía la cola, cual la cinta de un prolongadísimo camino de hormigas, llenaba uno de los ángulos de la misma plaza; pues no sólo se componia de todos los vecinos de la ciudad y de los campos, que marchaban en formacion unos y muchos otros en apretados y desordenados pelotones, sino tambien de numerosísimas cuadrillas, llamadas comunmente *danzas*, encargadas de formar primero un pintoresco séquito y de ser despues objeto de la popular diversion. Eran notables las cuadrillas de *Ninfas*, primorosamente vestidas, *Anjelitos* ó querubines, los siete *Sacramentos*—gloria y encanto de las mamás que les habian cubierto de joyas y ricas prendas de raso y gasa,—los *Leones* y *Matachines*, los *Indios bravos* ó salvajes, los *Negritos*, los *Monos*, las *Cucambas* y otras alimañas bípedas, presididas por la *Tarasca*, el más medroso y extrafalarario personaje de aquella fiesta en que lo semi-salvaje y semi-bíblico se mezclaba de un modo curiosísimo con lo medio-gentil y medio-cristiano. Cada una de aquellas danzas tenia una banda de música especial, un canto característico y un modo particular de hacer ruido, y con excepcion de las *Ninfas*, los *Anjelitos* y los *Sacramentos*, que iban cerca del Santísimo, las

demas se hostilizaban y combatian sin tregua en plena procesion, unas dando latigazos con larguísimos *perreros*, armados cada uno en la punta del látigo de una gruesa vejiga inflada, y otras tirando flechazos; éstos (los *Leones*) dando bofetadas con las manos acolchonadas ó golpes con el rabo, y las *Cucambas* (cubiertas con hojas de palma), armadas de un instrumento lleno de *chochos* para hacer ruido, y dando picotazos con un enorme pico de avestruz ó de alcatrax con que terminaba la especie de morrion monumental, de cuero crudo y plumas, que les servia como de cabeza y rostro. Solamente los *Negritos* carecian de arma ofensiva ni defensiva, cual si fueran la imágen viva de la esclavitud, de suerte que su único recurso era correr, cuando les atacaban los *Leones* ó los feroces *Matachines*.

Una vez terminada la procesion, toda la gente se dispersó por la ciudad, y las *danzas*, despues de combatir en la plaza con indecible ardor, se fueron encaminando á dar cada una de casa en casa su funcion de baile, cantos en coro, evoluciones extravagantes y loas ó “relaciones” en males versos de pié quebrado; recogiendo en compensacion abundante cosecha de donativos en dinero, amen de numerosos refrescos compuestos de naranjadas, horchatas y otras aguas cordiales, colacion y dulces aconfitados, en cuya

preparacion eran las hondanas tan expertas como afamadas.

## VIII.

### EL CORONEL SAMUDIO.

Al dia siguiente del Córpus, lleno todavía de la profunda impresion que le ocasionara la fiesta, cavilaba el buen Segundo acerca de los medios que deberia emplear para instalarse convenientemente en Honda y emprender allí negocios permanentes, y al tiempo de coger su sombrero para salir á tomar lenguas en la calle, con ánimo de relacionarse en la parte baja de la ciudad, donde estaba concentrado todo el movimiento de los negocios, oyó sonar á corta distancia el esquileo portátil que precede siempre en nuestros pais á las procesiones que acompañan el Viático, cuando se van á administrar los auxilios religiosos á un enfermo.

—¿Á quién van á administrar por estos lados? preguntó Segundo á su posadera.

—Creo que será al pobre coronel Samudio, que está agonizando. Ha sufrido tanto con sus males y necesidades, que el verle parte el alma....

—¿Y quién es el coronel Samudio?

—Un buen sugeto, por cierto. Por lo que me han contado, despues de la última campaña de Venezuela, de la que trajo

tres graves heridas que recibió en la batalla de ...creo que me dijeron *Carabobo*, vino á Guáduas en solicitud de su única hija, que habia dejado allí años ántes al cuidado de una parienta, y no conviniéndole el clima de aquel lugar, emprendió viaje para su tierra natal que, segun parece, queda por los lados de Antioquia.

—Ah! conque es antioqueño el coronel? repuso Segundo.

—Así lo ha dicho él mismo.

—¿Y qué le detuvo en Honda?

—Aquí se le abrieron é inflamaron de nuevo las heridas, y no pudo continuar su viaje. Cayó á la cama en la posada y luego, de caridad, le proporcionaron la casita en que vive.

—Y qué! dijo Segundo, ¿un coronel libertador necesita de la caridad?...

—Sí, señor; y sin ella el pobre patriota se hubiera muerto ya de hambre y de miseria. Pero.....

—Pero qué?

—Su hija Camila es tan blanca y graciosa, tan guapa y tan modesta, y el coronel tan desgraciado con sus males, que todas las buenas gentes les han tenido lástima y procurado socorros. La tesorería no tiene un cuartillo, y no hay forma de que al pobre coronel le paguen sus sueldos ni pension. Todo su consuelo es la compañía de su hija, que no se le aparta un solo instante.

Cuando esto decia la posadera, impresionando mucho á Segundo, quien se quedó muy pensativo al considerar la desgracia de un hombre que le era desconocido, ya el Viático y su séquito—compuesto éste de unas veinte personas, piadosas unas y curiosas las más—pasaba por delante de la puerta exterior de la posada del buen negro, y éste, muy conmovido al considerar que un soldado de la patria iba á morir en miserable estado, se sintió lleno de simpatía y maquinalmente se incorporó en el acompañamiento. La especie de procesion que á toda prisa acompañaba al párroco, se detuvo hácia la extremidad occidental de la calle Vieja, á la puerta de una pobre casucha sombreada por algunos ciruelos y naranjos, y todos los del séquito que pudieron entrar en la reducida salita se apiñaron dentro, poniéndose de hinojos, mientras que unos cuantos, así como las gentes de las casas vecinas, hicieron otrotanto en la calle. El suelo de la salita estaba regado de flores, así como el espacio de la calle fronteriza á la casa, y en la salita, que servia de alcorca al enfermo, habian improvisado un altarcito, enfrente de la cama de aquel, compuesto de una mesa, un crucifijo de madera, algunos candeleros con velas de sebo y unos vasos llenos de flores.

Segundo, que logró ser de los que entraron rezando oraciones y alumbrando

con cirios, se arrodilló como los demas y participó de la lúgubre ceremonia con tierna devocion. Quiso la casualidad que le tocase quedar á muy corta distancia de la cama del enfermo, iluminado el rostro por los faroles y cirios de los acompañantes, y como la ceremonia no solamente era aflictiva, sino tambien nueva para él, se sintió singularmente conmovido y pensó con tristeza y dolor en su difunta madre....

El enfermo estaba en la mayor postracion y tan horribilmente flaco y macilento que mostraba ya en el semblante las señales de una muerte próxima; pero se hallaba en la plenitud de sus facultades mentales, y bien se patentizaba que, fuese por la energía de su carácter ó por la firmeza de sus creencias religiosas, aguardaba en el lecho la muerte con la misma entereza con que ántes la desafiara en los campos de batalla. Respondió con suma tranquilidad á todas las preguntas que le hizo el sacerdote, y cuando fué tiempo de recibir la hostia hizo un supremo esfuerzo para incorporarse y comulgó sentándose en la cama. Era ya casi un esqueleto, y de sus facciones enjutas y apergaminadas, color de cera amarillenta, se distinguian apénas los largos bigotes, encanecidos y abundantes, y los ojos, que del fondo de sus profundas órbitas despedian un fulgor penetrante y lúgubre como el reflejo de un cuerpo metálico.

En cuanto á la hija del Coronel, echábase de ver la desolacion con que veia llegar el terrible momento del postrer adios.... La infeliz, pálida, despeinada, con las mejillas bañadas en llanto y puestas las manos en actitud suplicante, rezaba de hinojos á los piés del enfermo, y parecia como un trasunto de la *Virgen dolorosa*, cuyo Cristo era el adorado padre....

En el momento en que el Coronel iba á reclinar la cabeza sobre su flaca almohada, casi exámine, despues de recibir la comunión, le brillaron los ojos con una extraña expresion de sorpresa, duda y alegría, y se notó que habia fijado la mirada en Segundo, cosa particular, puesto que nadie conocia al negro forastero. Advirtiólo éste y con suma tenacidad se estuvo observando las facciones del moribundo, cual si su desgraciada situacion le causase un interes singularísimo; y tal fué su persistencia en aquella muda observacion, que permaneció de hinojos cuando ya el sacerdote y los acompañantes iban á salir de la pobre salita que en breve podia ser mortuoria....

Al cabo salió de su preocupacion silenciosa y pensó en incorporarse, pero al hacerlo vió que el enfermo, que tambien le miraba con suma atencion, sacó un brazo de debajo del cobertor que le arropaba, y extendiéndolo, hizo seña á Se-

gundo para que se detuviera. Obedeció el buen negro, en tanto que todos los demás salían á la calle, y acercándose más al moribundo le miró con mayor atención que ántes, al propio tiempo que el Coronel le fijaba más la vista. Pero como apénas quedaba una vela encendida al lado del crucifijo, la pieza estaba casi oscura y no podían distinguirse claramente los objetos. Segundo se acercó rápidamente al altarcito, tomó la vela, tornó hácia la cama y arrojó toda la luz sobre el rostro del enfermo. Las dos miradas se encontraron, se sondaron y comprendieron recíprocamente, y á un mismo tiempo el veterano y el liberto exclamaron:

—Segundo!

—Mi capitán!

Segundo se arrodilló al pié de la cama y el Coronel le estrechó la cabeza con ambas manos: el liberto se las tomó luego, y besándoselas con enternecimiento se puso á gemir y llorar.... Camila entretanto, de pié detras de la barandilla de la cama, contemplaba el cuadro en silencio, sorprendida y hondamente impresionada.

—Este es, hija mia, dijo Samudio con voz muy débil pero vibrante,—este es Segundo, el generoso esclavo de otro tiempo á quien debí la salvacion en 1816: gracias á él pude escapar de mis perseguidores, juntarme luego contigo y tu

buena madre y huir en busca de los patriotas proscritos.... La Providencia le ha enviado á recibir contigo, hija mia, mi último suspiro.... Quiérele, Camila; quiérele con ternura y gratitud, como si fuera un segundo padre, porque tiene alma muy noble y bella....

Camila, con los ojos humedecidos por el llanto, se acercó á Segundo y le estrechó las manos, con lo que por un momento se entrelazaron el marfil y el ébano en un cordial apretón que expresaba los más delicados sentimientos.

—Mi *capitan*! exclamó luego Segundo, persistiendo en llamar así al Coronel: en qué triste situación vuelvo á ver á usted!

—Ay! Segundo...contestó el enfermo, si supieras por cuántos dolores y miserias he pasado! Pero al cabo de Dios me llama á su seno para darme descanso, y puedo morir en paz viendo á mi patria libre...

—¿Porqué ha de morir mi capitan? Le cuidaremos con esmero y....

—Ya es tarde, amigo: la vida se me ha gastado y el mal no tiene remedio. Pero... y tú? ¿Qué suerte has corrido? ¿Porqué te veo en Honda? Supongo que ya eres libre....

—Soy libre, sí, por mi propio rescate, há más de cuatro años, y, gracias á Dios y á mi trabajo, tengo de qué vivir. He vivido por algun tiempo en el Cauca, pero llegué anteayer con ánimo de establecerme en Honda.

—Bien pensado: aquí hay gente buena y prosperarás.

—Es una fortuna que yo haya venido á tiempo aún y pueda servir de algo á mi capitan: todo lo que tengo es suyo.

—Oh! gracias... gracias, mi generoso amigo! Yo esperaba siempre no morir ántes de volver á verte, y Dios me lo ha concedido. No creas que me habia olvidado de mi salvador: mira!

—Qué cosa? preguntó Segundo,

—¿ No reconoces esto? repuso el moribundo; y mostró una especie de reliquia que tenia colgada al cuello.

—Esto... es un patacon.

—El mismo que te recibí al decirte adios sobre el lindero de la hacienda del Carrizal.

—El mismo! buen primor! exclamó el liberto estrechando la mano al Coronel.

—Sí, añadió éste; he pasado por muchas miserias, ya cuando fugitivo en 1816 fuí a ocultarme en el Corozal y luego me junté con el Libertador en Jamaica, ya en mis campañas de 1817 á 1821, y ahora en este tiempo de dolores y extremada pobreza; pero he preferido hasta sufrir hambres más bien que desprenderme de esta moneda sagrada que me recordaba tu admirable generosidad y mis deberes para contigo.

—¡ Cuánta bondad y cuántos sacrificios por tan pequeña cosa! dijo Segundo.

—Pero ahora, Segundo, añadió el Coronel, ya puedo disponer de esta reliquia, puesto que te he visto y voy á morir....

—Ah! padre! exclamó Camila llorando.

—No tengo sino dos tesoros, repuso el moribundo: mi espada y esta reliquia... La primera es para Segundo; la otra es para tí, hija mia....

En aquel momento el agonizante tuvo un violento acceso de tos seca y un desvanecimiento: habia hablado más de lo que sus fuerzas le permitian, por lo que durante algunos minutos permaneció en tal estado de inanición que parecia como muerto. Cuando, merced á los esfuerzos de Camila y Segundo, recobró el sentido, dijo con voz casi extinguida pero solemne:

—Camila mia, ya me voy... esto acaba; óyeme. ¿Serias tú capaz de acatar mi última voluntad, cualquiera que fuese?

—Sí, padre mio, respondió ella con seguridad; haré todo lo que usted me mande.

—Y tú, Segundo, ¿aceptarias cualquiera manda que yo te hiciese ó dejase?

—Cualquiera, mi capitán!

—Pues te dejo mi hija, mi único bien, y te la dejo en completo desamparo, sola en el mundo y sin recurso alguno para vivir.... Si ella no tuviere repugnancia, por ser tú negro, cástate con mi hija y hazla feliz... Si esto no pudiere ser, protéjela con caridad y bondad, como si fuera tu hija ó tu pupila....

—Mi capitán! exclamó el liberto alzando las manos al cielo, le juro á usted que sus mandatos serán cumplidos.

—Dios te... lo pa...gará.... repuso el Coronel, exhalando un suspiro.

Camila se arrojó sobre la cama de su padre á besarle la frente y estrecharle en sus brazos: la frente estaba fria como una placa de plomo, los ojos apagados y entreabiertos, las manos tiesas como de pergamino, los brazos rígidos y todo el cuerpo inmóvil.... El coronel Samudio, uno de los libertadores de Colombia, habia dado su alma á Dios, el Dios de los patriotas, los desgraciados y los buenos.....

## IX.

### LA HUÉRFANA.

Segundo hizo celebrar digna pero sencillamente los funerales del Coronel, le dejó en su eterno lecho de húmeda tierra y de silencio y soledad, y al tornar del cementerio á la humilde casita que habitaba Camila, entró en ella, ya oscura la noche, en compañía de una respetable señora. Habia contratado con ésta el mantenimiento de Camila, á fin de que la pobre huérfana tuviera donde vivir, con recato y decencia, al lado de una matrona digna de toda confianza que la cuidase con tanto

esmero como benevolencia; y deseando que cuanto ántes cambiara la situacion de aislamiento y abandono en que se hallaba Camila, Segundo se apresuraba á presentarla á la compañera y protectora que habia escogido para ella.

No podia haber mayor desolacion que aquella en que se hallaba la pobre jóven, bien que algunas señoras caritativas la rodeaban, procurando, ya que no consolarla, lo que era imposible, á lo ménos inspirarla resignacion y confianza en la providencia de Dios. La infeliz huérfana lloraba con sombría desesperacion, y su soledad en el mundo la aterraba..... Sentada en el lecho mismo de su padre, parecia querer asirse á los objetos materiales que habian sido testigos mudos de los dolores y la agonía de aquel, cual si pudiera conservar así algunos restos del tesoro perdido.....

Doña Eufrasia Pérez, la señora en cuya casa debia tener Camila un asilo honrado y seguro, era una excelente mujer, viuda y de condicion respetable, que á más de sus virtudes y experiencia de la vida tenia dos hijas muy agradables, y por lo mismo conocia los deberes y las penalidades propias de una madre de familia. Así era que si Segundo, por su parte, estaba resuelto á cumplir sus deberes de tutor ó protector de Camila, doña Eufrasia tenia la mejor voluntad de acogerla como

á una hija. Tan eficaz fué la dulzura de su trato, que en breve logró suavizar algo la dolorosa exaltacion de Camila é inspirarla simpatía. Llevósela á su casa aquella misma noche, y la huérfana, aunque profundamente abatida, halló en el hogar de doña Eufrasia la compañía de una madre y dos hermanas adoptivas, y las comodidades que Segundo la hizo procurar allí con paternal solicitud.

Pero el generoso liberto no era solamente un hombre bueno por temperamento, sino intuitivamente delicado. Desde luego habia comprendido que los deseos expresados por el coronel Samudio en el momento de morir, no debian ser interpretados sino como un encargo solemne de procurar á Camila todo el bien posible y ampararla y protegerla como á una hija. Y el honrado Segundo era tan humilde y leal, que ni por un momento habia abrigado la idea de casarse—él, un negro liberto, bien que con bienes de fortuna—con una jóven de buena condicion, blanca y bella y elevada por el nacimiento á la mejor nobleza posible: la de hija de un libertador de la patria, que habia rendido la existencia por efecto de su abnegacion y patriotismo. Así fué que desde el momento en que murió el Coronel, Segundo hizo el propósito de adoptar por hija suya á Camila, haciendo de ella el único objeto de sus desvelos y cuidados.

Pero este mismo propósito indujo al digno liberto á hacerse varias reflexiones. Por una parte comprendió que la delicadeza y la decencia exigian que su proteccion respecto de Camila no llegase hasta provocar ninguna intimidacion con ella; mayormente cuando, en la triste situacion en que se hallaba, era preciso considerarla mucho, rodearla sólo de atenciones femeninas, y dar tiempo para que se calmara en lo posible el intenso dolor que la abrumaba. Por otra parte, al aceptar Segundo con abnegacion el papel de padre adoptivo de Camila, sintió el deseo de procurarla el mayor cúmulo posible de comodidades y una buena dote; por lo que le era preciso trabajar con actividad é inteligencia en negocios bien productivos.

Le ocurrió la idea de beneficiar alguna mina en las cercanías de Honda ó de ocuparse en cateos de tierras auríferas, con lo que, sin alejarse mucho de Camila, a quien debia mirar con la mayor solicitud, podia al propio tiempo dejarla en cierta libertad moral y hacer negocios ventajosos. Hízolo así, y fuése á residir ordinariamente en Mariquita, desde donde atendia simultáneamente á su pupila y á sus intereses. Aquella melancólica ciudad—mezcla admirable de exuberante hermosura vegetal y monumentales y solitarios escombros, triste, abandonada y casi perdida entre la selva, á la vera de una espléndida llanu-

ra—le impresionó con su silencio y aspecto sepulcral ; mas en pocos dias comprendió el partido que de ella podia sacar. Todas las montañas de las cercanías son sumamente ricas en minas de oro y plata, y sin embargo, á excepcion de las de *Santa Ana* y *Malpaso*, no eran beneficiadas, por falta de hombres expertos en la minería, sino en muy reducida escala y con escaso provecho.

Segundo tenia un golpe de vista tan seguro para descubrir los más ricos depósitos de oro, y su experiencia le fué tan útil, que en breve dió con una mina muy rica, la denunció y se la hizo adjudicar y empezó á beneficiarla, por allá en una de las solitarias profundidades del rio Gualí. Á más de esto, dió excelentes consejos á varios mineros inexpertos que lavaban oro en las montañas de *Bocaneme*, el *Fresno* y otros sitios de la cordillera central, y poco á poco fué organizando un ventajoso negocio de cambios de dinero por oro, con lo que dió aplicacion á una parte de su capital y se preparó una buena especulacion para lo futuro.

Tres meses hacia que Segundo se ocupaba en aquellos trabajos, cuando un jóven de Mariquita que habia conocido á Camila en Honda, le hizo saber que tenia por ella mucha simpatía y le dejó comprender que estaba dispuesto á solicitarla por esposa. El jóven era honrado y tra-

bajador y podia ser un buen partido para Camila; por lo que al punto atravesó Segundo las tres leguas de llanura que le separaban de Honda, con ánimo de inquirir las disposiciones que pudiera tener su protegida.

Apénas se desmontó fuése á casa de doña Eufrasia en solicitud de Camila: hallóla meditabunda y abatida, sentada sobre una banqueta, en el patio principal de la casa, á la sombra de un frondoso naranjo, y ella, al verle, se puso en pié y le tendió la mano, saludándole con dulzura y respeto y mostrando en todas sus maneras la expresion de una gratitud profunda y un cariño candoroso. Segundo se sentó á corta distancia sobre un poyo de piedra, la hizo algunas preguntas relativas á su salud y al trato que hubiese recibido en casa de doña Eufrasia, y luego se puso á mirarla silenciosamente durante algunos instantes.

Por primera vez Segundo fijaba bien las miradas en las facciones y todo el continente de Camila, y no sólo la encontró bella, con aquella melancólica hermosura que tienen todas las mujeres blancas y jóvenes vestidas de luto, sino muy interesante por todo su aire y apostura. Bien que las nociones instintivas de belleza que tenia Segundo eran vagas y confusas, por haberse criado entre gentes de diversas razas y mui diferentes tipos y colores, su

natural inclinacion al bien le hacia sensible á la influencia de toda fisonomía que expresara la dulzura y bondad del alma y la armonía de sentimientos nobles, que son los rasgos más característicos de la belleza. Camila tenia entónces unos diez y seis años, era bien blanca i esbelta, y en la frente, amplia i llena de candor, en los ojos, de un negro límpido y suave, los largos, oscuros i abundantes cabellos, y todas las facciones, tan regulares como delicadas, tenia un conjunto seductor que inspiraba simpatía al par que respeto. Al mirarla despacio, Segundo se sintió como interiormente agitado, y miéntras ella cosia en silencio él la observaba con embarazo y timidez, haciendo mucho esfuerzo para disimular la impresion que sentia. Al cabo interrumpió su mutismo diciendo:

—¿ Mi señorita Camila me podrá oir unas pocas palabras ?

—Todo lo que usted guste decirme, contestó ella con un acento de afabilidad que no excluía la tristeza y el respeto.

—Mi señorita habrá comprendido que su instalacion en esta casa era sólo provisional....

—Así lo he pensado.

—Sin duda, puesto que para una instalacion permanente era preciso consultar la voluntad de mi señorita Camila....

—Oh! mi voluntad no puede ser sino conforme á la de usted, interrumpió ella.

—Oh ! no. Lo que deseo es ver á usted tan contenta cuanto sea posible, y llenar á su entera satisfaccion mis deberes de... tutor ó humilde protector.....

—De segundo padre, diga usted, repuso la huérfana, puesto que me colma de favores con tanta bondad.

—Bueno ! no hablemos de eso : lo que importa es resolver cómo ha de quedar viviendo usted, mi señorita.

—Me conformaré con lo que usted disponga.

—Sé que mi señorita tiene en Guáduas una parienta respetable en cuya casa ha vivido durante algunos años. ¿ Mi señorita preferiria estar al lado de aquella señora, sostenida como si fuera la hija adoptiva de su humilde amigo Segundo ?

—Cómo ! léjos de usted, Segundo ?

—Pues.....

—No ; de ningun modo : no debo alejarme del generoso protector que me ha dado mi padre.

—Ah ! muy bien ; gracias. Entónces... ¿ mi señorita prefiere quedarse en Honda ?

—Sí.

—¿ En esta misma casa ?

—Aquí estaré miéntas usted no disponga otra cosa.

—¿ Tal vez querria usted cambiar de situacion de algun modo particular ? ...

—Segundo ! exclamó Camila bajando la frente avergonzada.

—Permítame usted explicarme.... He hablado en Mariquita con un jóven que la conoce á usted: es honrado, de buena familia y muy trabajador, y me ha dejado comprender que tiene por usted mucha simpatía y estaria dispuesto á pedir su mano á mi señorita....

—Calle usted, Segundo! no me hable usted de ningun extraño, sea quien fuere.

—Entónces.... asunto concluido.

—Oigame usted, Segundo, repuso Camila; voy á explicarme con franqueza, cumpliendo mi deber, que comprendo á pesar de mi inexperiencia, y haciendo lo que el corazon me aconseja.

—Hable mi señorita lo que guste.

—Segundo, usted me ha dado una generosa proteccion, llegando hasta querer adoptarme por hija; y bien sé que usted se ha alejado de mí por delicadeza, al mismo tiempo que trabaja sin descanso por asegurar mi suerte.

—Esta es mi única dicha y mi orgullo.

—Pues yo no puedo aceptar tamaños sacrificios, Segundo.

—Porqué no?

—Porque si yo tuviera preocupaciones de sangre ó nacimiento, procedería sin la menor delicadeza al aceptar de usted solamente los sacrificios y favores, sin la justa correspondencia.

—¿Y qué más correspondencia que el cariño de mi señorita....?

—No ; escuche usted : sepa que he meditado mucho en lo que debo hacer ; no tengo ninguna preocupacion de nacimiento ni repugnancia de casta, y sé que debo estimar á los hombres por sus cualidades y virtudes y no por su color. Tampoco olvido un momento que mi padre, cuya voluntad venero y cuyos sentimientos supe apreciar, expresó al morir el deseo.....

—Ah ! mi señorita !

—Sí ; él quiso que yo fuera la esposa de usted.

—Oh ! no hable usted de eso, mi señorita ! repuso Segundo ; yo soy un liberto, un negro, y no he pensado sino en llenar los gratos deberes de..... protector de la hija del patriota Coronel.....

—Y usted, Segundo, interrumpió Camila ¿no querria ser algo más que mi protector ?

—No me pregunte eso, mi señorita, contestó el liberto lleno de confusion.

Camila se puso en pié con noble continente, y acercándose á Segundo y mirándole con una expresion de sublime candor le dijo :

—Responda usted : ¿querria usted casarse conmigo ?

Segundo cayó maquinalmente á los piés de Camila, de hinojos y con las manos puestas en actitud de súplica y agradecimiento infinito.

—Pues que se haga la voluntad de Dios y de mi padre, añadió Camila, tendiendo la mano á Segundo.

—Y la de usted?...dijo éste con timidez.

—La mia tambien, Segundo.

—Es verdad? Dios mio! no puedo creer en tanta felicidad!

—Segundo, sé que no hay alma más noble y bella que la de usted, repuso Camila; con usted seré dichosa, y al amarle con fidelidad y ternura pagaré una doble deuda de gratitud....

Segundo la estrechó en los brazos, y el blanco cuello de paloma de Camila reposó durante un largo minuto sobre los negros i lanudos cabellos del dichoso liberto.

## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

#### BUENAS FORTUNAS.

En una serena noche del mes de diciembre de 1845 el vastísimo *Salon de grados* de la Universidad de Bogotá, espléndidamente iluminado y adornado con notable elegancia, rebosaba de gente, particularmente de señoras y señoritas, las que, á fuer de curiosas y aficionadas á espectáculos, iban á presenciar la “Colacion de grados,” funcion solemne que habia de presidir el Secretario de lo Interior, en su calidad de Director general de la instruccion pública. Aparte de la entrega que el rector de la Universidad debia hacer de los diplomas de bachiller, licenciado y doctor, que habian sido discernidos á muchos estudiantes de jurisprudencia, de medicina ó de teología, con gran satisfaccion de los recipiendarios y sus familias, debian pronunciarse en aquella sesion solemne tres discursos de ordenanza: el del rector, el de uno de los profesores, designado por el cuerpo do-

cente, y otro que el plan de estudios encargaba á uno de los alumnos de la Universidad, escogido entre los muchos discursos que, á modo de ejercicio oratorio, debian preparar los mejor calificados de todas las clases, sobre temas dados por sus respectivos catedráticos. La audicion de tales arengas académicas era lo más importante para los concurrentes á la session, y se aguardaba con impaciente curiosidad el momento en que el estudiante preferido habia de subir á la tribuna.

El rector, excelente sacerdote, pero que no por serlo tenia dotes oratorias, dijo apénas cuatro palabras, las sacramentales en su posicion oficial; el profesor pronunció un bello discurso, florido y sustancioso al propio tiempo, bien concebido y no ménos bien recitado, y obtuvo de todo el auditorio los merecidos aplausos. Cuando llegó el momento del tercer discurso, todos se preguntaban: —“¿Quién es el jóven orador? —¿Cómo se llama el estudiante? —¿Es alumno de jurisprudencia, ó de medicina? —¿De qué provincia y de qué familia es? —¿Quién le conoce y qué tal capacidad tiene?”

Estas y otras preguntas se hacian los miembros del numerosísimo y apiñado auditorio, cuando un jóven que denotaba tener de veinte á veintiun años y se recomendaba á la simpatía por su aire despierto y varonil, comenzó á subir las gra-

das de la tribuna. Al punto cesaron todos los rumores y cuchicheos y reinó en el ámbito entero del salon un silencio profundo: todas las miradas se dirigian hácia el desconocido jóven, y se aguardaba el comienzo de su peroracion para augurar del buen ó mal éxito del discurso.

Las primeras palabras del jóven orador, dirigidas al auditorio en forma de introduccion y de exposicion de su tésis, vibraron tan agradablemente, fueron tan nuevas i felices, tan oportunas i atinadamente expresivas, que provocaron una salva general de aplausos; difundiendo entre los concurrentes aquella impresion eléctrica, aquel contagio de animada simpatía que es siempre el precursor de todo triunfo oratorio. Con esto el estudiante, embargado por un momento al pronunciar sus primeros conceptos, como se sintiera poderosamente estimulado y dueño de la simpatía general cobró ánimo, se posesionó enteramente de la tribuna, y recitó su discurso con una entonacion vigorosa y natural, un gesto y una accion verdaderamente propios de un orador; y se mostró tan penetrado de su asunto y poco miedoso del auditorio, que encantó y arrebató á todo éste, dando la mayor amenidad á los temas de jurisprudencia y ciencias políticas. Despues de ser muy frecuentemente interrumpido por las más ruidosas y explícitas demostraciones de

aprobacion, terminó su discurso con una hermosa imágen y bajó de la tribuna colmado de unánimes aplausos.

Florencio Conde era el nombre del afortunado jóven que así se exhibia delante de la sociedad é iniciaba su carrera pública, saliendo repentinamente de la oscuridad de los claustros universitarios para entrar en la notoriedad, y ganando con sólo un discurso la reputacion de hombre de gran talento, vigoroso sentimiento y bellas dotes oratorias, que prometia ser en breve un orador tan brioso como elocuente, al par que un ilustrado ciudadano. Y por cierto que si con la armoniosa palabra y las bellas ideas emitidas en el *Salon de grados* Florencio habia ganado de una vez la simpatía general, su apostura no era ménos propia para hacerle producir en la sociedad una impresion favorable.

Tenia aquel jóven en las facciones y todo el continente los rasgos patentes de un feliz cruzamiento de razas, de suerte que, siendo un verdadero mulato, era lo que puede llamarse un hermoso mestizo. En algunas de sus facciones predominaba patentemente el tipo de la raza española, en otras el de la africana, y en el conjunto habia una rara mezcla de suavidad y energía, de humildad y altivez, realzadas por no sé qué expresion de nobleza que parecia ser como un reflejo producido en la

fisonomía por la luz vivísima del alma. Era alto, delgado y de formas elegantes y movimientos desembarazados; tenía la tez casi blanca, pero de un blanco mate con reflejos como los de un bello bronce, el pelo corto, abundante y muy ensortijado, la barba escasa y casi reducida á un delgado pero gracioso bigote, los ojos muy negros y de un mirar suave i amoroso, la nariz recta y delgada, la frente amplia, alta y ovalada, los labios algo gruesos pero de una expresion suave de franqueza i benevolencia, y todo el conjunto regular, distinguido y simpático. Tenia, ademas, la voz llena y sonora, y en todos los movimientos un no sé qué de tímido y comunicativo al propio tiempo.

Nuestro lector habrá comprendido al punto que Florencio Conde era hijo del humilde héroe de la primera parte de nuestra narracion; lo que nos obliga á echar una mirada retrospectiva sobre la existencia del liberto antioqueño que en 1823 habia tenido la buena suerte de casarse con Camila, la pobre pero graciosa hija del coronel Samudio.

Una vez casado, cuando lo permitieron las exigencias del duelo de Camila, Segundo habia tenido el buen juicio de comenzar por vivir en casa propia,—sin lo cual el hogar es inseguro y no establece tradiciones de familia,—y el tino de comprender lo que era la sociedad en cuyo seno

se establecía ; viendo claramente cuáles habian de ser los mejores medios para procurarse en Honda buenas relaciones y emprender los más productivos negocios.

El comercio era sin duda el género de industria más accesible para un negro liberto, al propio tiempo que podía dar cabida á las singulares circunstancias de un matrimonio tal como el que Segundo habia contraído, mayormente cuando la ciudad de Honda, por su situación excepcional y sus antecedentes, era una de las más importantes plazas mercantiles del interior de la Nueva Granada. En una tienda entra todo el que necesita algo, y si lo halla lo compra, ya sea el mercader blanco ó negro, buen mozo ó feo, liberal ó conservador ; pero si la tienda puede ser atendida á una vez por dos personas que, por sus circunstancias particulares, atraigan simultáneamente á las diversas clases y castas sociales, los negocios marchan infinitamente mejor para los vendedores, porque el mostrador está siempre ocupado por una gran variedad de compradores.

Segundo era humilde y de carácter afable, y habituado como estaba á duros trabajos y al trato con los “plebeyos,” ora fuesen obreros de la ciudad, peones campesinos ó negros y mulatos bogas del Magdalena, habia de grangearse prontamente la pobre pero numerosa clientela popular. Camila, nacida en “cuna decente,” como

se decia, muy blanca, buena moza y de maneras afables, modestas y simpáticas, habia de atraer hácia la tienda de Segundo á las señoras y toda la sociedad culta de Honda; mayormente si él habia de poner todo su esmero en mantener siempre un bonito acopio de novedades, buenos géneros y bien escogidos bastimentos.

Lo primero que hizo Segundo fué emprender viaje á Cartagena,—ciudad que por los años de 1823 á 24 estaba bien provista de mercaderías extranjeras,—llevándose una parte de su capital en onzas de oro y otra empleada en frutos del interior del pais, tales como sombreros de paja, azúcar, ajos, sillas de montar y otros efectos que tenian seguro consumo en los pueblos de la Costa. Al regresar á Honda con su cargamento de mercaderías extranjeras, montó Segundo su tienda en regla, asistiéndola con su mujer, sin desatender por eso su mina y los cambios de oro que habia iniciado por los lados de Mariquita, y en breve tuvo doblado el capital. Continuó con tino y buena fortuna sus operaciones de comercio y negocios con mineros, y poco despues compró á bajo precio un extenso globo de tierras vírgenes á orillas del Magdalena y no léjos de Honda, en el que emprendió vastos desmontes para fundar una “hacienda.” Pocos años tardó en tener allí hermosos platanares, excelentes dehesas de

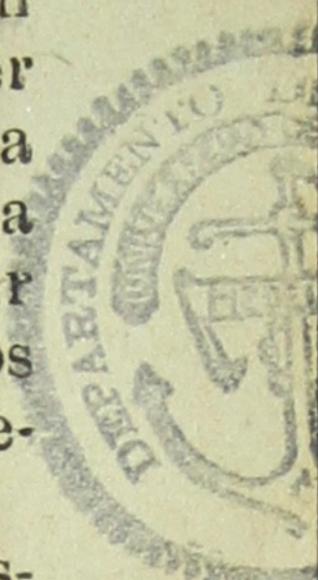
pastos de *Guinea* para cebas de ganados, y otros establecimientos productivos. Ello fué que los negocios de Segundo prosperaron de tal manera, merced á un trabajo tan constante como inteligente y á una juiciosa economía, que ya por los años de 1844 á 45 tenia él un capital sólido y saneado de cosa de ciento cincuenta mil pesos, capital que en Nueva Granada y en aquel tiempo era muy considerable.

Si la fortuna fué propicia á Segundo en lo tocante á riqueza, no le fué ménos favorable en lo demas. Camila, mujer buena y sencilla, le amó siempre con ternura y gratitud, y no sólo le hizo dichoso, mostrándose para con él esposa fiel y atenta al cumplimiento de sus deberes, sino que, por su índole, su modestia y su hacendosa laboriosidad, contribuyó mucho á hacer prosperar los negocios de su marido. Quiso además la Providencia favorecerles con la felicidad de tener dós hijos: Antonia, nacida á fines de 1823, y Florencio, un año menor que su hermana. Era Antonia una excelente muchacha, de buena índole y agradable trato, no mal parecida, y su padre, que tenia por ella idolatría, procuró darla la mejor educación posible, enviándola, cuando tuvo diez años, á estudiar en Bogotá en el colegio de la Merced. Todos los años, hácia fines de noviembre, venia Segundo á Bogotá á presenciar los certámenes de su hija y

llevársela á pasar los asuetos en Honda, de donde tornaba á traerla al colegio en el comienzo del siguiente año; y a fuer de hombre de negocios no desperdiciaba el tiempo, pues en la capital compraba bonitas mercaderías francesas para surtir la tienda de Camila, así como ganados flacos de Casanare ó San Martín para reponer las cebas de su hacienda.

Cuando Florencio se halló en edad, después de pasar tres años en la escuela primaria de Honda, de comenzar estudios secundarios, trájole Segundo á Bogotá, junto con su *Antoñita*, como llamaba á su hija, y le dejó como alumno interno en un colegio privado, mientras llegaba el tiempo de que entrara en la Universidad á seguir los cursos de la carrera que más le conviniese. En 1845, época en que, como hemos visto, se estrenó Florencio como orador, exhibiéndose tan felizmente, acababa de obtener el título de doctor en jurisprudencia, y en seguida debía pasar un año practicando en los juzgados y tribunales para recibirse luego de abogado y emprender definitivamente y con título legal, como entónces era necesario, el ejercicio de su profesión.

Segundo, que anhelaba para su hijo un bello porvenir, había tenido el buen sentido de comprender que Florencio necesitaba seguir una carrera brillante y tener por teatro á Bogotá, tanto por la natura-



leza del papel que podia representar en nuestra sociedad republicana, como porque, estando léjos de su padre, no habria de sufrir las humillaciones que se le quisieran infligir por causa de su origen paterno. Con una abnegacion tanto más grande cuanto que era silenciosa, Segundo se decia ó pensaba con frecuencia: “Haga yo feliz á mi hijo, dándole buena educacion y procurándole riqueza con mi trabajo y economía, y poco importa que yo me prive de su compañía, si él alcanza la posicion social en que deseo verle. Si el padre, siendo negro y liberto ha honrado su nombre con su trabajo y probidad, el hijo mestizo é ilustrado lo ennoblecerá con su talento y será siempre dignificado por la sociedad.”

Pero si Segundo era un excelente padre y sabia gastar muy bien el dinero en beneficio de sus hijos, no era ménos estimable en Honda como ciudadano. Jamas tuvo pleito con nadie ni disputa de ningun linaje; servia con buena voluntad y eficacia los empleos concejiles y onerosos para los cuales solia ser nombrado; pagaba sus impuestos y contribuciones con suma puntualidad; era en todos sus tratos y negocios tan cumplido como equitativo; aceptaba todos los años el *alferazgo* para alguna fiesta religiosa y salia del paso con lucimiento; contribuia con gusto para toda obra de beneficencia ó caridad; daba

numerosas limosnas á los menesterosos, sin hacer de ello el menor alarde; hacia decir todos los años una misa rezada por el alma de su madre y otra por la del coronel Samudio; y tenia siempre la bolsa lista para servir á tiempo á un buen amigo, así como para procurar á su esposa toda suerte de comodidades.

En lo tocante á la política, Segundo habia sido entusiasta admirador de Bolívar y de todos los “libertadores,” pero nunca se apasionó en favor de ninguno de nuestros partidos domésticos. Echábase de ver que se inclinaba hácia los liberales, desde 1828, por simpatía de raza ó gratitud, puesto que ellos hacian constantes esfuerzos por la emancipacion de las masas populares y particularmente de los esclavos; pero cuando le apuraban para que interviniese en elecciones ú otros actos políticos, se excusaba siempre diciendo: “Yo nada entiendo de esas cosas; nací esclavo y me crié obedeciendo, y al fin y al fallo alguno ha de mandar; que sea Juan ó que sea Pedro quien gobierne, lo mismo da para mí, puesto que nunca he de saber ni poder enderezar las cosas.”

Pero si el sesudo liberto, rico, genialmente pazífico y bien considerado, se abstenia con tanta prudencia de mezclarse personalmente en los escabrosos asuntos de la política, hacia callado la boca dos cosas propias de un liberalote y buen ciu-

dadano : por una parte, todos los años destinaba de sus ahorros doscientos pesos para rescatar algun esclavo ajeno el dia del cumpleaños de su casamiento ; y por otra, cuando enviaba dinero á Bogotá para el sostenimiento y educacion de sus hijos, decia para su sayo con maliciosa y paternal satisfaccion : “ Este dinero será bien gastado ; mi Antoñita será con el tiempo una *señorita* bien educada, y la educacion, á más de la fortuna, le borrará para muchos el *defecto* de ser mulata. Florencio será un dia un ciudadano útil é importante, un *caballero*, y con su ejemplo contribuirá á levantar á los humildes y oprimidos de mi raza : sea mi hijo un hombre honrado, digno y de provecho, y poco importará que le llamen *mestizo* : nadie le despreciará por su origen paterno y su color moreno, si con sus cualidades logra merecer la estimacion de todos.”

Segundo habia comprendido las cosas con suma perspicacia : habia previsto como por intuicion y sin darse cuenta cabal de los hechos sociales y políticos, que nuestra sociedad, compuesta de tres razas diferentes y sus variedades mestizas, pobre, generalmente ignorante y nacida por decirlo así de una revolucion, que habia mezclado y amasado sangres aparentemente muy distintas para formar con ellas la argamasa de la república independiente, no podia ménos que ser tarde ó tem-

prano una sociedad enteramente democrática. Pero tambien comprendia nuestro liberto que era muy difícil vencer ciertas repugnancias y desarraigar ciertas preocupaciones; que para gentes imbuidas en prevenciones de castas, un mulato seria siempre un sér algo repelente, y que era preciso darle para triunfar de tal prevencion el irresistible pasaporte de un talento bien cultivado, de una educacion esmerada y de una sólida riqueza. El oro, el saber y las buenas maneras abren todas las puertas, y no hay que atenerse únicamente á la justicia cristiana y democrática que levanta á los humildes y abate á los soberbios, si cada cual no hace esfuerzos para *merecer* y mantener con *dignidad* la posicion social á que aspira.

Estas ideas, intuitivamente comprendidas por Segundo, no obstante su relativa ignorancia y su falta de roce con las altas clases sociales, le hicieron calcular con certeza lo que el porvenir de nuestra sociedad habia de preparar a sus hijos; y nunca se apartó de sus propósitos, recompensados luego con las más gratas satisfacciones.

II.

VIDA Y AMOR.

Florencio Conde, por su parte, habia hecho todo lo posible por corresponder á los propósitos y deseos de su padre, y en sus relaciones de colegio y universidad se habia mostrado digno de la cordial simpatía de sus condiscípulos, así como de la estimacion de sus maestros. Estudioso como pocos y arreglado en su conducta, habia hecho notorios progresos en sus estudios, adquiriendo sólida instruccion y mucha facilidad para expresarse de palabra y por escrito; y aunque tenia la conciencia de sus merecimientos como estudiante y á las veces se dejaba arrastrar por ciertos ímpetus de vanidad, de impaciencia y de espíritu de imitacion, propios de casi todos los mestizos de su linaje, se reprimia á tiempo y se hacia querer por su carácter generoso y leal y su tendencia á la equidad en todo. Parecia haber así en su carácter moral como en sus rasgos físicos, una especie de equilibrio entre las dos razas de cuyo cruzamiento procedia, y todo hacia esperar que al completar su educacion seria un hombre de provecho.

La política habia impresionado y apasionado ardientemente á Florencio, como á todos los jóvenes de su tiempo: genera-

cion patriota, predestinada por la lógica de los hechos sociales á hacer un gran papel en el movimiento de regeneracion democrática que el progreso de las ideas iba preparando. Florencio fué desde su adolescencia un liberal vehemente y generoso, lleno de fe en lo porvenir y en la justicia; por lo que por los años de 1844 y 45 se interesó con entusiasmo en las cuestiones políticas que más calurosamente debatian los partidos, tales como la de los jesuitas, la de una division territorial destinada á completar la obra reaccionaria de la centralizacion excesiva, y la de candidaturas para la presidencia de la república. Si Florencio se sentia con disposiciones para la oratoria, tentábale mucho el difícil cuanto peligroso oficio de escritor público, y con frecuencia habia robado tiempo á sus estudios universitarios para escribir y publicar en los periódicos numerosos artículos, sobre diversas materias, con los que unas veces habia obtenido merecidos aplausos de sus discípulos, y otras, sin quererlo, habia excitado más que la emulacion, la envidia de sus inferiores en talento y carácter.

Una circunstancia, que Florencio recordaba con orgullo, dará idea de la conciencia que él tenia de su dignidad personal, así como del amor que profesaba á sus padres. Un dia que tuvo en el colegio de San Bartolomé una disputa por asun-

tos políticos con otro estudiante, éste, que pertenecía á una de las más *aristocráticas* familias de Bogotá, le dijo con desdeñosa altanería: “Yo soy *gente decente* y no disputo con un mulato.”

“Pues sepa usted, le replicó Florencio, que si usted tiene alguna ejecutoria para titularse *decente*, yo la tengo para llamarme *noble*, porque desciendo de dos aristocracias: la del trabajo honrado y la del patriotismo. Mi padre nació esclavo, y despues de rescatar á su familia con su trabajo y sus ahorros, se rescató á sí mismo y se hizo *ciudadano libre* por su solo esfuerzo. Mi madre, de origen español, era hija de un valiente soldado y prócer de la independencia; de uno de aquellos hombres abnegados que sufrieron cruelmente y rindieron la vida por dar una patria á la libertad en esta tierra. Abuse usted cuanto quiera de esta libertad para injuriarme: su injuria es mi mejor timbre.”.....

Un jóven, y sobre todo un estudiante, sin amores, es inconcebible: quien no se enamora siendo jóven, no ha nacido para ser *un hombre*; es un animal raro, predeterminado á ser algun dia usurero de profesion, ó badulaque ó rufian. El amor es la iniciacion del hombre en los misterios de la vida; es, en su expresion más candorosa, el principio de este drama espinoso, mezcla de tragedia y comedia, de llantos

y de risas, de esperanza y desengaño, de cuyas variadísimas escenas todos somos espectadores y actores simultáneamente. Florencio, pues, digámoslo de una vez, estaba enamorado; pero su amor, como acontece casi siempre con el primero, era desgraciado, porque él había *acertado* á picar demasiado *alto*, según la opinión de ciertas gentes, poniendo los ojos en una señorita, la bella y elegante Rosita Fuenmayor, hija de padres que habían pasado en “Santafé de Bogotá” por *nobles*, en los tiempos del gobierno colonial, y que, por lo mismo, pertenecía á una *clase* ó categoría social que en nuestra república hacía el estéril papel de aristocracia *rezagada*.

Criada en el seno de una vieja familia “de campanillas,” como se dice comúnmente en el país, o de “mantuanos,” como solía decirse en Bogotá, Rosita—bella como una flor de su gracioso nombre, lozana, blanca como el jazmín, y de cabellos de un rubio castaño y ojos de un azul garzo y brillante,—era una muchacha llena de atractivos, pero intratable en lo tocante á dos asuntos: la religión y las preocupaciones de casta. Creyente y piadosa hasta el fanatismo y la superstición, la encantaba toda fiesta religiosa, tenía los más nimios escrúpulos de *inocente pecadora*, guardaba con sumo rigor los días de ayuno y de vigilia, llevaba la devoción

hasta la más ciega adoracion de las imágenes, se regocijaba aun con los más estrafalarios sermones, y miraba con horror, cual si fueran unos monstruos, á cuantos liberales vivian en olor de heregía ó eran reputados como incrédulos. Pero tambien deliraba con el baile, las corridas de toros, las maromas y representaciones teatrales, las funciones de *cubilettes* ó prestidigitacion, y todas aquellas fiestas tradicionales como las del Carnaval, San Juan, la Noche Buena &c, en que el goce y la diversion hacen en puridad de verdad un papel más importante que la devocion. Rosa era pues una alegre devota; pero se cuidaba mucho, eso sí, de rozarse con gentes que no fueran de “su clase y condicion,” pues sus padres la habian educado conforme á sus añejas ideas, infundiéndola un invencible desprecio por todo individuo de color y todo “plebeyo.”

Y con todo, por una curiosa pero involuntaria contradiccion, Rosita era muy amable y servicial para con sus amigas y caritativa para con los pobres, con aquella extraña pero comun caridad que prescinde de la justicia, de la igualdad cristiana y de la bondad y tolerancia respecto de las ideas y de las almas; caridad mil veces más valiosa que la que inspiran los menesterosos y enfermos del cuerpo, y que sólo pueden comprender y ejercer aquellos que han recibido una educacion viril,

ínteligente y elevada. Por lo demas, Rosita era tan recatada como sencilla en sus maneras, amaba á sus padres con ternura, tenia muy limitada instruccion pero bien clara capacidad y buen decir, y era muy entendida en la confeccion de dulces y pastelitos, en bordados y costuras de gusto, y en la manipulacion de flores artificiales y otras curiosidades.

Si doña Tadea Recuero, madre de Rosita, era una esposa fiel y madre tierna, pero algo necia y perfectamente insignificante como persona de sociedad, don Pedro Fuenmayor, como todos le llamaban, ó *de Fuenmayor*, como él firmaba con su vieja letra pastrana, era un hombre interesante como tipo curioso de su época. Rayaba en los sesenta y cinco y era chistoso y decididor de chuscadas, amigo de viejos refranes y glosas oportunas, y aficionado á recitar versos cuando venian al caso, bien que jamas salia de las sacramentales décimas de su tiempo; muy dado á contar anécdotas picantes y á las veces algo libres; fumador insigne, hombre mui rígido en lo tocante á “religion y principios,” de intachable probidad y costumbres severas, intolerante y pronto en la conversacion, retrógrado en todo sentido, y muy adicto á la *ropilla*, juego de naipes que ha sido destronado por el popular *tresillo* de estos tiempos. Su mayor gloria era jactarse de algun *codillo* dado juntamente á

los dos contrarios, de haber sido el causante de dos *puestas gemelas*, ó de algun *solo de chipol6* maravillosamente ganado, merced á una jugada maliciosa ó de singular audacia, con *plato gordo* y otras circunstancias agravantes.

Don Pedro era en todo rigor un español rancio: se le volvía la boca agua cuando hallaba ocasion para narrar las escenas públicas de la diminuta *corte* del Virrey Amar y aun de la anterior, de Mendinueta, y refería escandalizado los sucesos de 1810 y demas años de la revolucion, como “atrocidades” de don Camilo T6rres, Acevedo, Lozano, los Guti6rrez y demas “insurgentes.” Para el viejo español la Rep6blica era una abominacion; la democracia “el gobierno de la canalla;” cada congreso “una merienda de negros;” la libertad pol3tica “una jerga de impiedades,” y el progreso “una impostura imaginada para engañar á los necios;” por lo que siempre se hacia lenguas contra “los tiempos de ahora,” ponderando lo bien que se vivía, lo mucho que “corría el dinero” y el 6rden con que “andaban las cosas en aquellos tiempos,” como llamaba simplemente los del virreinato. Abominaba los f6sforos por ser nuevos é incendiarios, y echaba de menos como preciocidades perdidas el eslabon, la yesca y la pajueta; cargaba los cigarros dentro de una gran vejiga de toro bien

curada y grasienda; decia que esta tierra no podia servir para nada sin la alcabala, el tributo de los indios y la servidumbre de los negros; se indignaba con la idea de que se mantuviesen escuelas públicas para instruir y educar á los hijos de los artesanos y “plebeyos;” ponderaba mucho los beneficios que se debian á los conventos; se montaba en cólera cuando algun indio, liberto ú otro “hombre de baja condicion” no le saludaba llamándole “mi amo;” tuteaba con altivez á toda persona que no fuese lo que él llamaba “decente,” y consideraba toda eleccion popular y todo acto político del pais como una especie de bacanal de salvajes.

Como á más de los pergaminos de nobleza castellana de que blasonaba, don Pedro habia sido bastante rico hasta la época de nuestra revolucion de la independencia, y era inflexible en sus ideas, habia creido que su lustre se desdoraba con el trabajo, y más aún con el trabajo ejercido en el seno de una república. Habia sido recaudador de rentas reales de 1804 á 1810, y no sabemos qué otra cosa *real* ó que dejaba *reales*, por los años de 1816 á 1819; y luego, como no era hombre perverso ni violento, ni intrigante ni de armas tomar, la República triunfante le habia dejado á un lado, como sugeto inofensivo, siquiera fuese hablador, sin hacerle caso ni inquietarle en lo mínimo,

perdonándole su realismo, pero excluyéndole de todos los puestos públicos. No teniendo, pues, ninguna profesion ni hábitos de trabajo independiente, don Pedro, imbuido en sus viejas y estériles ideas, se habia ido quedando atras de la sociedad que le rodeaba, viendo con indignacion y despecho que muchos expleveyos se le sobreponian en riqueza, bienestar é importancia, y que no pocos á quienes ántes habia desdeñado por ser oscuros y humildes, alcanzaban mucho mejor puesto en la consideracion pública y ejercian un influjo considerable.

Como acontece siempre en las sociedades de razas mezcladas y organizacion democrática que se hallan en pleno estado de trasformacion, todas las leyes del antiguo equilibrio se modifican, el centro de gravedad de los hechos sociales cambia de lugar, y así como lo que ántes fué un poder es luego una debilidad, lo que fué débil ó malo se convierte en potencia. Como todos tratan de valer, y no sólo de valer sino tambien de prevalecer, distinguiéndose y aspirando á lo más alto, y como nadie puede alegar títulos de sangre ni imponer la supremacía de una clase, resulta que todos se ingenian por ser *hábiles* para abrirse camino hácia la notoriedad y las fruiciones, y esta habilidad se pone de manifiesto por uno de dos medios: ó por una condensacion de fuerza

material, que es la *riqueza*, ó por una condensacion de fuerza moral, que es el *talento*,—cualidad genérica que comprende al ingenio, la ciencia, la cultura y el saber vivir. Así se hace lógicamente inevitable la supremacía de la riqueza y de la inteligencia en las sociedades de composicion democrática; supremacía que apareja la ruina de todo poder fundado únicamente en la tradicion y el privilegio y en la rutinaria conformidad de los ineptos.

Don Pedro *de* Fuenmayor fué tan reac-  
cio delante de la transformacion social  
que le atropellaba, que resumiendo todo  
su credo en la partícula de su apellido,  
así como jamas quiso renunciar á ella  
jamás aceptó ninguna idea ni institucion  
moderna, ninguna de las necesidades que  
la nueva situacion imponia; de suerte  
que los treinta y cinco años trascurridos  
desde el dia de la proclamacion de la in-  
dependencia nacional eran para él como  
una pesadilla, y letra muerta todas las  
instituciones de la República.

Sinembargo, algo tenia que ser en nues-  
tra sociedad política, y á fuer de realista  
rezagado se llamaba *ministerial* en 1844,  
cosa que le parecia deber aceptar como  
*mínima de males*. Poseido como estaba,  
segun su educacion de “mantuano,” de  
un profundo desprecio por el trabajo li-  
bre; inepto como era para toda profesion

que no fuese la de empleado público, que le estaba cerrada, é imbuido también en aquel orgullo de casta y de familia que arruina á tantos y ocasiona tan aristocráticas miserias, don Pedro habia ido gastando de año en año la mediana fortuna que salvara de la revolucion, ya porque el trabajo no le equilibraba las rentas y los gastos, ya porque la vida iba siendo cada dia más cara y las necesidades más numerosas y complicadas. Ello era que, despues de realizar varias casitas y tiendas que habia poseido en Bogotá, amén de las viejas onzas economizadas en tiempos anteriores, estaba ya reducido á su vieja casa de habitacion, gravada en realidad con várias deudas, y á vivir de arbitrios ó expedientes, ora rifando piezas de su vieja bajilla de plata *de martillo*, ora empeñando una ú otra joya de su mujer, ó vendiendo alhajas y muebles curiosos, que eran orgullo de la familia y testimonio lamentable de su perdido auge y sus aristocráticas tradiciones.

Cuando ocurría un gran baile ú otra fiesta en que era menester gastar dinero, don Pedro no podia resignarse á *parecer* ménos que los advenedizos de la democracia, y encubria ó disimulaba su penuria con gastos absolutamente superiores á sus recursos, por tal de presentar á su mujer y sus hijas con “todo el rango necesario.” Así era que cada juego de tra-

jes para un baile ó una fiesta representaba una nueva deuda contraída en favor de algun usurero, algun nuevo sacrificio de prendas preciosas para la familia ó de muebles necesarios para el servicio íntimo de la casa. Tal era la situacion de don Pedro en la época á que se refiere nuestra historia.

### III.

#### PRIMERA PRUEBA.

Florencio Conde no habia caído en la cuenta de las dificultades que forzosamente opondrian á su amor las ideas y preocupaciones de la familia Fuenmayor: para el amor vehemente y verdadero no hay dificultades, porque donde domina el sentimiento no hay lugar para el cálculo; y nuestro modesto héroe era demasiado ingenuo para desconfiar del buen éxito de todo aquello que le parecia natural, noble y justo. Bien que el amor es la fuente de la vida, de toda felicidad así como de todo dolor, y que ningun hombre sensible puede sustraerse á las terribles pruebas de tan gran pasion, el que ama con vehemencia se coloca fuera del camino ordinario de las cosas humanas. Por mucho que tenga por objeto un sér visible, el amor es siempre una especie de abstraccion entre dos almas, cuando no el miste-

rioso y encantador aislamiento de un corazón poseído que sufre y goza con la sola compañía de su ideal. Florencio había visto á Rosa en Bogotá una ó dos veces, y varias ocasiones en Chapinero,—lugarcillo de los términos de la ciudad, que á la sazón estaba de moda para bailes, paseos y otras diversiones,—y se había enamorado de ella tan ardientemente, que la miraba como un ídolo sagrado y el objeto de todos sus pensamientos, devaneos y esperanzas.

Pero el pobre jóven sufría en su amor como un proscrito de la dicha, y alimentaba esta pasión solitaria en el alma como el anacoreta que mantuviera su culto en la soledad de los desiertos. En varias ocasiones había saludado tímidamente á Rosa, al pasar por el pié de las ventanas de la casa de ésta, y había sufrido la indecible mortificación de que sus saludos no le fueran retribuidos, siquiera fuese con una inclinación de cabeza. Otra vez, al atravesar Rosa el caño de la calle de San Carlos, llamada hoy carrera de *Bolivia*, muy cerca del porton de la Universidad, Florencio—como era costumbre hacerlo entre nosotros por un hábito de galantería española—la había presentado la mano para ayudarla á saltar, obteniendo solamente un incivil desaire de Rosa y de su madre. Sobrábanle, pues, motivos para entristecerse cuando pensaba en el porvenir de su amor, y vivía preocupado.

Profundamente mortificado como estaba, se preguntaba si la mortificación que sentía era en su amor apasionado ó en su amor propio, y al darse cuenta de las impresiones que le agitaban sin cesar, comprendía que su alma era presa de un sentimiento generoso, profundo é invencible. “O Rosa me amará un día, á despecho de todo, se decía, ó mi corazón despedazado será eternamente viudo sin haber tenido compañera, porque ninguna otra mujer podrá, como ésta, agitar todo mi sér, turbarme sin reposo y hacerme comprender el dulce tormento del amor y la inefable belleza de la esperanza.”

Hácia mediados del año de 1846 habia llegado á Bogotá un nuevo ministro de una de las córtés europeas, sugeto que, por circunstancias casuales, habia tenido que apelar en Honda á los servicios de *don* Segundo Conde, como casi todos llamaban en esa ciudad al padre de Florencio. El buen liberto capitalista habia dado al diplomático extranjero una franca y generosa hospitalidad, y prestándole muy oportunos servicios para facilitarle el viaje hasta la capital, y el ministro, deseoso de corresponder de algun modo á tales favores, no sólo habia abierto las puertas de su casa á Florencio, en Bogotá, sino que le trataba con particular aprecio, una vez que habia podido estimar las bellas cualidades del jóven jurista.

Dió luégo el ministro un gran baile para obsequiar á la más distinguida sociedad bogotana, y todas las familias notables fueron invitadas, así como los jóvenes de mejor compañía. Florencio, como era natural, recibió una de las primeras invitaciones de míster H\*, y por supuesto no perdió aquella ocasion de alternar dignamente con la más culta sociedad. En aquel tiempo, y no han pasado aún treinta años, no se conocia en Bogotá el refinamiento de lujo i suntuosidad que luégo se introdujo con los bailes de estilo *peruano*, ni habia en fiestas de esta clase la estirada etiqueta que poco á poco ha usurpado el lugar de la galantería franca y elegante. El mayor lujo de nuestras mujeres consistia en su lozana belleza y donosura, y un baile era como un jardin poblado de magníficas rosas y preciosos claveles. Ni la crinolina, ni la *castaña*, ni las joyas falsas, ni tantos otros medios de mentir ó fingir, reinaban en nuestra sociedad femenina, cuyos mayores atractivos eran la sencillez, la gracia y la amabilidad sin pretensiones.

El baile de míster H\* era espléndido, sin ser de una suntuosidad inusitada: los salones estaban llenos de luz y flores, adornados con exquisito gusto, y animados por una concurrencia tan numerosa como distinguida. Así, cuando Florencio entró en la sala principal se sintió casi

deslumbrado y encogido, por ser la primera vez que se hallaba en un baile de gran tono. Apénas sí comenzaba á recobrar la libertad de ánimo que de ordinario le acompañaba, cuando alcanzó á ver a Rosa en el segundo salon, enmedio de otras bellas señoritas y rodeada de jóvenes que parecían rendirla homenajes. En efecto Rosita, más bella que nunca, llamaba la atención por la frescura y distincion de su belleza, así como por su donaire y elegancia. Estaba vestida sin lujo, pero con gracia muy notable, y llevaba por adornos algunas ricas joyas y muy hermosas flores artificiales.

Cuando la vió Florencio se sintió arrebatado y más profundamente seducido que en ninguna otra ocasion, y la audacia de su amor le pareció evidente al considerar cuán encantadora debia de parecer Rosa á los ojos de cuantos la rodeaban. Púsose á mirarla con tal encanto y embeleso, que ni reparaba en las parejas que pasaban rápidamente cerca de él bailando, ni se daba cuenta de las armonías de la música: para él toda vida, toda armonía y toda luz y belleza se concentraban en Rosa, y, absorto en el éxtasis de su adoracion, le parecia que sólo él y ella se hallaban allí para amarse y confundir sus seres en una mirada. . . . Pero ay! buscaba ansiosamente la de Rosa, y ésta parecia no tener ojos para verle. . . . ¿Qué podia

hacer el enamorado joven? Creyó que era necesario aprovechar la ocasión que le ofrecía el baile para auudar relaciones con Rosa ó hablarla siquiera; pero se mantenía bajo la penumbra de una puerta, lleno de indecision y de temor, pues si el amor le impulsaba hácia la bella mujer que tanto le seducía, sin advertir ella en la presencia de él, temblaba al imaginarse que podría sufrir un nuevo desaire, público y evidente, y por lo mismo irremediable.

Hallábase Florencio en la mayor vacilacion de ánimo, cuando estallaron los preludios de una contradanza que se iba á bailar en los dos salones principales (en aquel tiempo no se desdeñaba en Bogotá este noble y elegante baile español, proscri-to despues por la invasion de la cuadrilla francesa), y nuestro joven notó que Rosa estaba por el momento libre de todo asedio masculino; acercóse rápidamente á ella, venciendo todo temor y tembloroso de anhelo, pero lleno de respeto, y la invitó á bailar. Rosa se quedó un instante como sorprendida, en tanto que doña Tadea, su madre, miraba á Florencio con aire de supremo desden; pero al punto hizo aquella un gesto de disgusto y contestó secamente:

—No bailo contradanza.

—Perdone usted, señorita, repuso Florencio, con voz casi ahogada; y se retiró con el alma profundamente herida de humillacion y dolor....

Pocos momentos despues, en tanto que Florencio vagaba por un corredor, procurando esconder sus lágrimas y serenar su alma tan vivamente lastimada, Rosa, invitada por otro jóven, se levantó á tomar puesto en la contradanza, sin parar mientes en la agravacion que en esto habia del desaire que acababa de hacer a Florencio. Aun no habia llegado la figura de la contradanza al sitio donde se hallaba Rosa cuando Florencio, cual si le atrajese como un iman la ofensa misma que habia recibido, volvia á entrar en el salon, y sin advertir que aquella estaba allí, de pié, formando la fila de señoras, acertó á colocarse como espectador exactamente detras de la misma Rosa. En el momento en que Florencio, casi oculto por la sombra de otro espectador que se interponia, notó que tenia tan cerca á Rosa, una amiga de ésta, que ocupaba el puesto contiguo y no habia podido reparar en la presencia de nuestro jóven, la dijo en voz baja :

—Rosa ¿ por qué no has querido bailar con Florencio Conde ?

—Puf ! respondió ella, yo nunca bailo con mulatos.

—Oh ! pero Florencio es un caballero y baila muy bien.

—Bah, bah ! mi padre me ha dicho que ningun hombre de color puede ser caballero.

Florencio sintió que se le anublaban los ojos, que todas las luces se confundían como en una llamarada horrible, que la cabeza le daba vueltas y le flaqueaban las piernas, y que todo el cuerpo se le cubría de un sudor helado... Quiso salirse del sitio donde se hallaba, y no pudo moverse: se sintió como clavado al suelo y sin conciencia de su sér, le faltaron las fuerzas, y, desvanecido, cayó de espaldas contra dos ó tres espectadores que se hallaban detras y le sostuvieron en los brazos. Aquellos movimientos fueron sumamente rápidos, á tal punto, que nadie los advirtió en el salon del baile; pero por su proximidad á Florencio, Rosa y su amiga volvieron los rostros hácia la persona que desfallecía, y ambas, al reconocerle, exclamaron en voz baja:

—Es él!

—Nos ha escuchado, sin duda, añadió Rosa en voz baja, y muy azorada.

—Y creo que te ama, que te adora! dijo su compañera.

—Porqué?

—Porque es imposible perder el sentido, despues de recibir tamaño ultraje, sin estar locamente enamorado. Si Florencio no te amara, el resentimiento de la injuria le habria mantenido aparentemente impasible.

—Vamos! no digas necedades, replicó Rosa, entre enfadada y preocupada.

—Necesidades? Veremos! dijo la otra.

—Qué?

—Lo que el tiempo dirá.

Rosa permaneció en el resto de la noche silenciosa y pensativa, cual si la mortificase un remordimiento. En cuanto á Florencio, fué conducido á una alcoba y atendido con esmero por las personas que tuvieron conocimiento de su accidente, y en breve recobró el sentido y las fuerzas, y dió las gracias muy cordialmente á los que le habian favorecido; pero sintiéndose casi avergonzado de su desfallecimiento, pocos instantes despues se despidió de los que le acompañaban y se salió prontamente de la casa del ministro.

La noche que pasó Florencio fué de un dolor indecible. Por primera vez sentia en toda su intensidad el doble tormento del amor desgraciado, cuya esperanza se disipaba tristemente, y de la humillacion injustamente infligida á su nacimiento ó á la raza de su padre.... “¿Qué falta he cometido yo, se decia con amargura, para merecer tamaño ultraje? Ah! amarla! amarla con idolatría y delirio, con candor y respeto!.... Oh! luego así pagan el amor las mujeres que se llaman de *sangre pura*?... Pero no! mi madre es blanca, blanquísima, y es una mujer buena, virtuosa y que ha sabido comprender el honor y el deber.... ¿Y mi padre?”....

Florencio, al hacerse esta pregunta,

tuvo súbitamente una feliz idea que le salvó de la desesperacion y del tormento del odio: pensó en la vida de su padre, é insensiblemente fué haciendo comparaciones entre el honrado liberto, útil para la sociedad, humilde, benéfico, patriota y caritativo, y el viejo realista, reacio al progreso de la República, enemigo de la justicia reparadora, imbuido en odiosas preocupaciones, entre ellas la del desprecio por el trabajo y por razas enteras de la humanidad, lleno de un vano orgullo, sin verdadera dignidad en su modo de vivir, y dominado por unos sentimientos que nada tenían de cristianos, bajo las apariencias de una religiosidad intolerante. Esta comparacion redundaba toda en honor de Segundo Conde y de las nuevas ideas, instituciones y costumbres, y pulverizaba, por decirlo así, la aristocrática altivez de *don Pedro de Fuenmayor* y su familia. Florencio se sintió satisfecho y se calmó.

Pero su amor?... ¿qué sería de su amor, despues de lo ocurrido?... ¿Se resignaria Florencio á esconder ó apagar en su alma la llama ardiente que le devoraba, á renunciar á toda esperanza en el amor de Rosa?... Era necesario tomar un partido: puesto que toda lucha de la razon contra las preocupaciones de la familia Fuenmayor era inútil, forzoso era tambien arrancarse del corazon la dolorosa espina, á fin

de que el alma recobrase la entera dignidad de sus sentimientos y aspiraciones. Florencio resolvió renunciar á sus pretensiones, evitar toda ocasion de ver á Rosa, y entregarse exclusivamente al estudio y la práctica forense, á fin de verificar cuanto ántes su recepcion de abogado y alejarse luego de Bogotá por mucho tiempo.

Dos dias despues de haber tomado aquella resolucion, recibió de Honda, como compensacion de sus penas, una carta que le daba la más grata noticia: anunciábale su padre que partia para Bogotá con el fin de cerrar un valioso negocio de ganados que tenia iniciado por cartas y requeria su presencia para quedar ajustado. En realidad, la presencia de Segundo no era necesaria en absoluto; pero él queria aprovechar aquella ocasion de ver á su hijo y tomar lenguas acerca de la carrera que mejor podia convenirle seguir en Bogotá, despues de terminar todos sus estudios; pues en caso de fijarse definitivamente en la capital, Segundo queria procurarle todos los medios necesarios para establecerse bajo los mejores auspicios.

El inteligente y previsor liberto habia seguido desde muchos años atras una regla invariable en sus negocios: la de mantener siempre en caja, en onzas de oro, la quinta ó sexta parte de su capital, á fin de poder hacer frente con prontitud á cualquier evento ó lance difícil que pu-

diera ocurrir. Además, tenía por costumbre el hacer sus negocios con dinero sonante siempre que le fuera posible, seguro de que así le serian más ventajosos; de suerte que en toda circunstancia se hallaba prevenido. Pero su espíritu de prevision era mayor una vez que Florencio se hallaba á punto de completar sus estudios, y por lo mismo en la necesidad de tener próximamente una posicion social bien definida.

#### IV.

##### LA JUVENTUD.

Florencio experimentó un profundo gozo al ver á Segundo: jamas habia sentido que le amaba y estimaba tan tierna y respetuosamente como en aquellos momentos, en que se habia visto ultrajado á causa de la raza y el color de su padre, y creia que al abrazarle con la más cariñosa efusion quedaba indemnizado del sufrimiento que habia devorado en silencio. Pero el gozo de Florencio subió de punto al saber que su hermana Antonia era solicitada en matrimonio por un estimable jóven, miembro de una de las familias más respetables de la provincia de Mariquita; enlace que Segundo deseaba consultar con su hijo, á fin de que, en caso de verificarse, lo fuese á satisfaccion de toda la familia.

Dos días hacia que Segundo se hallaba en Bogotá, alojado en la vivienda de Florencio, cuando éste, ocupado en sus trabajos de práctica forense, hubo de hacer una visita al primer juzgado de la ciudad, con el objeto de informarse del estado en que se hallaban algunos pleitos que tenía á su cargo en calidad de practicante. Hallábase ocupado en la lectura de unos autos, sentado cerca de una de las mesas del juzgado, cuando por casualidad oyó la siguiente conversacion entre un procurador y el secretario del juez:

—Confío, decia el primero, en que el señor juez decretará esta ejecucion lo más pronto posible.

—Pero... será cuando los tres pagarés hayan sido reconocidos, le observó el secretario.

—Eso se sobreentiende.

—¿Y espera usted que don Pedro Fuenmayor pueda pagar?.....

—Es verdad que no tiene dinero ni valores muebles para cubrirme los tres mil pesos; pero le denunciaré la casa y.....

—Vamos! ¿y tendrá usted entrañas para botar á la calle á esa respetable familia?

—Qué quiere usted! uno tampoco ha de perder su dinero.....

—Ya; prestado al dos por ciento mensual y con capitalizacion de intereses por trimestres.....

—Cómo ha de ser! así son los negocios.... Y en fin, yo no soy el acreedor, sino un simple apoderado.

Florencio cerró el expediente que leía, salió de la sala del despacho y aguardó afuera al procurador. Al verle salir en pos, pocos momentos despues, le llamó aparte y le dijo:

—Señor Grillo, ¿podrá usted hacerme un favor?

—Con el mayor gusto, señor doctor Conde.

—Suspenda usted la ejecucion que ha promovido contra don Pedro Fuenmayor.

—Ah! eso es imposible....

—Porqué?

—Pues! y la voluntad de mi cliente?

—¿Pero si á ese cliente le conviniera?...

—Eso es otra cosa. ¿Y cómo hacer?

—Es natural que el interesado prefiera recibir el dinero sin entablar pleito.

—Sin duda.

—Pues me comprometo á solicitar hoy el dinero, repuso Florencio: si mañana no ha podido ser cubierta la acreencia, usted continuará la ejecucion.

—Convenido, dijo el procurador: voy á retirar mi escrito, y todo queda en suspenso.

—Doy á usted mil gracias, señor Grillo, añadió Florencio, despidiéndose cortemente del covachuelista.

Algunos minutos despues volvió Flo-

rencio á su casa, y entrando en el cuarto de su padre le dijo, casi sin preámbulo alguno :

—Padre, ¿puedes suministrarme tres mil pesos que necesito?

—Hola! va *su mercé* á casarse? replicó Segundo.

—Oh! no; nada de eso.

—¿Y para qué quiere *su mercé* tanto dinero?

—Para un caso de honor que me ocurre.

—Qué! ¿por desgracia ha jugado mi hijo?

—Yo? jamas!

—¿O ha contraído deudas?

—A nadie debo ni un real.

—Entónces no comprendo.... repuso Segundo.

—Padre, es un secreto....

—Ah! conque *su mercé* tiene secretos para mí?... Pues guárdelos bien; y en cuanto al dinero, voy á sacarlo de mi baúl.

—Oh! perdon, padre mio! exclamó Florencio lleno de afan; hice mal en no ser franco desde el primer momento: todo lo sabrás.

—Pues hable *su mercé*, que soy todo orejas.

El lector habrá extrañado el contraste del tratamiento que se daban el padre y el hijo. Segundo, habituado á la humildad de su antigua condicion servil, y decidido á dar á sus hijos cierta importancia desde

que eran niños, habia tenido la costumbre, cuando jugaba con ellos, de decirles *su mercé* y *mis amitos*, con singular ternura, poniéndose frecuentemente en cuatro piés para *hacerles caballo* y que montaran sobre sus robustas espaldas; al propio tiempo que los dos chiquillos le tuteaban con retozona familiaridad. Aquellos juegos fueron tan habituales, que padre é hijos se acostumbraron á tratarse despues como en los años infantiles de éstos.

Florencio fué enteramente ingenuo en las confidencias que hizo á su padre, y nada le ocultó de su situacion respecto de Rosa, de los desaires que habia sufrido y de la resolucion que tenia tomada. Cuando hubo concluido, Segundo le dijo:

—¿Es decir que *su mercé* quiere botar tres mil pesos para salvar de la vergüenza y del desamparo á ese viejo orgulloso y á esa familia sin corazon?

—Sí, respondió Florencio con firmeza.

—Pues, hijo mio, tiene *su mercé* un modo tan raro de ver las cosas....

—Padre, quiero vengarme!

—Vengarse? bonito modo! regalándoles tres mil pesos....

—La generosidad puede ser una venganza.

—Pero la venganza nunca es buena, observó Segundo con aire malicioso.

—Es verdad; pero en fin....

—Vamos! ¿sabe *su mercé* lo que pienso?

—Dímelo, padre.

—Que *su mercé* no desee tal venganza, sino . . . .

—Qué, pues ?

—Que está muy enamorado de la niña Rosita, y por amor, *sólo por amor*, quiere salvarla de una situación endiablada.

Florencio, cogido *in fraganti* por la perspicacia de su padre, inclinó la cabeza mui azorado, y guardó un silencio bien significativo.

—No es así? preguntó Segundo.

—Padre . . . . tienes razon.

—Vamos! eso es hablar claro. Me gusta que mi hijo sepa querer con abnegacion y que sea generoso. *Su mercé* tendrá los tres mil pesos para el rescate de *su gente*.

—Oh, padre mio! eres tan bueno!

—Y ahora mismo, y en onzas de oro.

Y diciendo esto, Segundo abrió uno de sus baúles y sacó tres saquitos de coleta que contenian cada uno sesenta y dos y média onzas colombianas.

—Aquí está el dinero, dijo al ponerlo sobre la mesa, y ándese aprisa *su mercé*, no sea que el procurador se vuelva atras.

Florencio abrazó á su padre con ternura y agradecimiento y salió prontamente á la calle, llevándose el dinero. Una hora despues habia pagado las deudas de don Pedro Fuenmayor y rescatado y hecho cancelar los pagarés firmados por éste.

El mismo dia Rosa Fuenmayor recibia,

con una sorpresa que el lector comprenderá, un pliego rotulado para ella que contenia los documentos cancelados y esta carta:

“Señorita.—Por una casualidad he sabido á tiempo que su padre de usted habia descuidado rescatar los documentos que van adjuntos: he tenido la fortuna de recuperarlos, y tengo el gusto de restituirlos a su dueño por el precioso conducto de usted.

Quedo de usted muy humilde servidor  
Q. B. S. P.

“El MULATO del baile del Ministro.”

Fácilmente se comprenderá cuán profunda seria la impresion que causara esta carta, así como el recibo de los documentos, en el ánimo de la familia Fuenmayor: impresion de vergüenza y arrepentimiento, de orgullo herido y de un amargo despecho, mezclado de cierta irresistible admiracion por la conducta de Florencio Conde.

Al dia siguiente, miéntras que éste estudiaba un tratado de práctica forense, le avisaron que álguien le buscaba. Don Pedro Fuenmayor entró, con el sombrero en la mano, y dijo:

—¿A quién tengo el honor?.....

—Señor, soy Florencio Conde, servidor de usted: dignese usted tomar un asiento.

—Mil gracias, repuso el anciano; y añadió al sentarse: supongo que usted comprenderá el objeto de mi visita.....

—Confieso que no sé á punto fijo....

—Jóven, hablemos claro, dijo don Pedro, cambiando de tono, pues sus primeras palabras habian patentizado un gran embarazo; yo soy franco y nunca me ando con rodeos.

—Señor....

—Mi hija Rosa hizo á usted, segun he sido informado, un desaire voluntario, en casa del Ministro H\*, y luego un involuntario insulto....

—Ah! interrumpió Florencio.

—Pero usted, á su vez, ha querido humillarme con una especie de venganza generosa.

—Caballero, usted se equivoca....

—Es posible que mi juicio acerca del proceder de usted sea errado; pero el hecho es cierto. Mi acreedor, el usurero Rentería, y su apoderado, el procurador Grillo, me han dicho la verdad.

—Puesto que usted la sabe, observó Florencio, no hay nada más que hacer en el asunto.

—Al contrario, jóven! yo soy un hombre de honor, y no puedo consentir en que nadie rescate mis deudas sin mi consentimiento.

—No ha sido mi ánimo el ofender á usted ni mortificarle en lo mínimo.

—Lo creo, jóven; lo creo; mas por lo mismo es necesario que nos expliquemos.

—Pero, señor....

—¿Qué propósito ha tenido usted al convertirse en acreedor mio?

—No lo soy en manera alguna.

—Cómo que no! pues no ha pagado usted por mí?

—El acreedor, contestó Florencio, ha cancelado los documentos como si hubiera recibido de usted el dinero, y ya no hay título alguno....

—Ah! y mi honor? mi decoro y dignidad? mi conciencia?.... ¿No me constituyen estos títulos sagrados en deudor de usted?

—No; está usted exento de toda obligación para conmigo.

—Oh! jamas! Pedro *de* Fuenmayor no admite donaciones, y ménos de quien tenga algun motivo de resentimiento...

—Usted no me ha hecho ofensa alguna.

—Pero mi hija sí!

—Eso.... señor, está olvidado.

—No tal! hay injurias que no se olvidan, sino cuando han sido reparadas.

—Pero, en fin, puesto que yo nada pretendo....

—Jóven, usted comprenderá mi situación: soy pobre, pero *noble*; estoy casi arruinado, pero tengo mucha dignidad; estimo la conducta generosa de usted, pero no quiero, ni debo ni me conviene quedar en una posición falsa.

—¿Y qué se propone usted, señor?

—Quiero que usted reciba *esto*.

—Qué cosa?

Don Pedro sacó de debajo la capa una cajita de carey con embutidos de nácar, la abrió y presentó á Florencio unas cuantas joyas antiguas y bastante valiosas, la mayor parte perlas y muy finas esmeraldas de Muzo, engastadas en collares, zarcillos y sortijas.

—He reunido aquí, dijo el anciano, todas las joyas de mi mujer y de mis hijas, último resto, con mi casa y algunos muebles, de una fortuna que, habiendo sido considerable, fué destruida por.... por esta *cosa* que llaman la República. Creo que estas prendas tienen suficiente valor para indemnizar á usted de la suma que ha pagado por mí: tómelas usted, jóven.

—Oh! jamas, señor!

—Cómo que no!

—No; yo seria un miserable si consintiera en el despojo de la familia de usted. Señor don Pedro, llévase usted sus joyas: yo nada tengo que hacer con ellas.

—Si usted no las acepta, repuso con enojo el viejo realista, iré á venderlas á menosprecio para traer á usted el dinero.

—No lo recibiré! replicó Florencio con firmeza.

—Pues venderé mi casa, que es mi vida, mi tradicion de familia, mi nombre mismo y el símbolo de mi honor!



—Nada recibiré! lo repito.

—Jóven, usted me insulta! exclamó don Pedro exasperado.

—Caballero, usted comprende mal mi delicadeza....

—Vamos! me he dejado arrebatado de un raptó de cólera y despecho.... Pero en fin, señor.... Conde, hágase usted cargo de mi situacion y reconozca que no puedo consentir....

Florencio comprendió que era forzoso capitular para poner á salvo el orgullo del pobre anciano, tan digno en su conducta, bien que nada simpático por sus ideas, y le aplacó proponiéndole una transaccion.

—Bien, señor don Pedro, le dijo: puesto que usted es intratable en este asunto.... le propongo un arreglo.

—Cuál?

—Hágame usted un pagaré por la suma que he desembolsado.

—¿Con el interes correspondiente?

—Pase, si es moderado, y no como el que usted reconocia.

Don Pedro reflexionó un momento, aceptó en seguida la proposicion de Florencio, y todo quedó arreglado. El buen hombre se sentia aliviado de un enorme peso, persuadiéndose fácilmente de que dejaba su honor bien puesto y su dignidad exenta de una humillacion. En el momento en que tomaba su sombrero

para despedirse, Segundo, que llegaba de la calle y creía encontrar á su hijo solo, entró repentinamente en el cuarto de estudio en que éste se hallaba con Fuenmayor. Al ver á su padre, Florencio dejó brillar en la mirada una expresion de inefable gozo y satisfaccion; volvióse hácia don Pedro y le dijo, señalando á Segundo:

—Mi padre.

Y al punto dijo á éste:

—Este caballero es don Pedro de Fuenmayor.

—Ah! exclamó involuntariamente don Pedro, retrocediendo un paso, cual si hubiera visto entrar en el cuarto una alimaña inmunda ú horrible.

—Muy humilde servidor de usted, dijo Segundo, inclinándose con el mayor respeto delante de don Pedro.

Éste se hallaba en una situacion difícil, en un momento terrible para su orgullo; por primera vez en su vida se encontraba cara á cara con un hombre negro que no era esclavo y á quien debía considerar ó mirar sin desprecio, siquiera fuese por estar en su casa y ser este negro el padre de un hombre generoso y digno; pero sentia una repugnancia invencible para saludar á ese honrado y humilde liberto, y no sabia qué responder. Entretanto, Florencio le miraba con creciente extrañeza, aguardando que diese una respues-

ta. Por fin don Pedro dijo, por decir algo:

—Ah! tiene.... *usted* un hijo muy gallardo, que acaba de conducirse conmigo como un caballero.

—He procurado educarle, para que lo sea siempre, contestó Segundo, y celebro mucho que su conducta le haga digno de aprecio.

—Veo, repuso don Pedro, que ustedes han sabido reunir las dos potencias que hoy gobiernan la sociedad: el padre es rico y....

—Y muy honrado y bueno, interrumpió Florencio.

—Y el hijo es jóven de talento.... añadió don Pedro.

—Y de un carácter inmejorable, dijo Segundo.

—Pues doy mil enhorabuenas al uno y al otro, repuso Fuenmayor, haciendo ademán de salir ó despedirse.

—Lo poco que somos está al servicio del señor don Pedro, dijo Segundo con cierta muestra de ingenuidad y satisfacción.

—Mil gracias, contestó el viejo mantuano, inclinando ligeramente la cabeza y saliendo.

Al hallarse en el zaguan de la casa, libre de la presencia del negro y el mestizo, respiró á pulmon abierto, cual si hubiera estado conteniendo el resuello y asfixiándose. Sudaba frio, y se sentia al

propio tiempo satisfecho y humillado, sorprendido y descontento. Á despecho de sus preocupaciones y educacion, su conciencia, recta en el fondo, le decia que el negro Segundo era un hombre digno y benévolo; que aquel jóven mestizo tenia en su porte y conducta la distincion y nobleza de un caballero, puesto que, á más de ser generoso y delicado para con el mismo Fuenmayor, mostraba á su padre el más humilde respeto y se enorgullecia de ser su hijo, á pesar de ser Florencio ya todo un doctor y un hombre culto y de altas relaciones sociales y recursos.

Don Pedro recapacitó en lo que acababa de sucederle, y resumió sus impresiones en esta conclusion involuntaria:

“Vamos! efectivamente hay entre la *canalla* gente buena!...”

## V.

### MELANCOLÍA.

Un sentimiento de delicadeza y dignidad movió á Florencio á evitar todo encuentro con Rosa Fuenmayor y su padre, ya por ser éste su deudor, insolvente sin duda, á ménos que se le despojase de su casa de habitacion ó de las joyas de su familia, ya porque despues de los incidentes que habian ocurrido no cabia duda alguna acerca del inflexible orgullo aristocrático que la animaba. Dado caso que

algún día lograrse Florencio inspirar estimación y amor á la mujer á quien adoraba, le era imposible insinuarse de ningún modo, y si alguna esperanza le podía quedar, por infundada que fuese, debía aguardar á que el tiempo—el gran consolador de todas las penas—le deparase alguna circunstancia favorable.

Si la esperanza es el consuelo de las almas sensibles, la fe una gran fuerza y el tiempo un remedio para el común de los sufrimientos, los hombres de espíritu elevado y de carácter generoso tienen otros dos recursos de que la muchedumbre humana no puede servirse: tales recursos son el estudio y la filantropía. El estudio distrae la mente de la contemplación de las cosas dolorosas, elevándola á las serenas regiones de lo ideal i de la ciencia, reconforta el alma y la señala nuevos caminos para su actividad y expansión; en tanto que la filantropía abre al amor ó la sensibilidad horizontes vastísimos, y compensa *algunas* penas (ya que otras son tan incurables como inolvidables....) con la satisfacción del bien que uno hace ó procura hacer á un número más ó ménos considerable de sus semejantes.

Florencio, que tenía tan clara inteligencia como generosos instintos, hizo un supremo esfuerzo para perdonar á Rosa, en el fondo del alma, las heridas que con

su desden y orgullo le habia causado; y aun hizo lo posible por *olvidar*, cosa tan difícil cuando un gran dolor taladra el corazon, cual una espina de acero, para lo cual se entregó absolutamente al estudio de la jurisprudencia y de las ciencias morales y políticas, y á trabajos patrióticos, ejecutados principalmente por medio del periodismo. Así en noviembre de 1846 se recibia de abogado, con gran lucimiento en sus exámenes previos, y habia ganado ya un nombre notable y una importante posicion entre la brillante juventud que en aquel tiempo iba ocupando la escena pública, á medida que salia de la Universidad; juventud que, á más de aparecer poseedora de talentos y de alguna ciencia, no carecia de cierta dosis de experiencia moral, adquirida en la escuela del sufrimiento humilde, y se sentia animada de un alto sentimiento del deber impuesto por la patria á los hombres capaces de servirla con provecho.

Pero impunemente no nace el hombre con talento ni sube á las regiones de la luz: mientras más ilustraba Florencio su entendimiento y ascendia en dignidad, cultura y merecimiento personal, más hondamente sentia su secreta herida, máxime cuando su pasion era conocida por sus amigos y antiguos compañeros de estudios; y aunque se engañaba á sí mismo queriendo imaginarse que aquello que

sentia herido era su *amor propio*, el amor, el grande y noble *amor* imperaba en su alma á pesar suyo, le atormentaba silenciosamente y le hacia evocar con profunda melancolía, cuando ménos lo pensaba, todos sus recuerdos dolorosos.

Aquella melancolía fué haciendo tales progresos en el alma de Florencio, que no tan sólo le turbaba y llenaba de constante preocupacion, sino que ya se traslucia en sus escritos, en los que, bajo la llama de un patriotismo noblemente democrático, se adivinaban las sombras de una especie de pesimismo ó desencanto de las cosas humanas. Cuando se sentia más poseido de su secreta melancolía, íbase á pasear solo por las cercanías de Bogotá, ora recorriendo sus largas y empolvadas alamedas, ora contemplando el crepúsculo de la tarde desde el fondo de las ásperas malezas del cerro de *Guadalupe*, ó de lo alto de alguno de los rudos peñascos del *Montserrat*.

“Esto comienza á ser una grave enfermedad,” se dijo un dia Florencio, al discurrir por las desnudas lomas en uno de sus paseos solitarios: “si la melancolía es fecunda en el alma de los poetas, en la de los hombres de otro temple degenera en tristeza; pero la tristeza constante enturbia el sentido moral y descamina ó perverte la inteligencia. Es menester que yo me cure á tiempo de esta enfermedad moral... Cómo? Ah! es preciso cambiar de

clima para el corazon y buscar otro cielo para el espíritu; tengo que apelar al remedio heroico de los dolores morales: la *distancia*,—que es la amputacion de los recuerdos incesantes y de las ilusiones pertinaces... Partiré, me alejaré de aquí: la distancia es como un *tiempo* puesto entre dos situaciones. Además, la compañía de mi familia y la felicidad de mi hermana me consolarán....”

Tan luego como Florencio se hizo estas reflexiones, tomó una resolucio[n] y la puso por obra: á los tres ó cuatro dias habia arreglado todos sus asuntos y se ponía en camino para Honda, justamente cuando se acercaba el dia fijado para el casamiento de Antonia.

La sabana de Bogotá ó del Funza es grandiosa por su altura, su forma y extension maravillosa en medio de la cordillera oriental, pero triste ó desapacible, por su carencia general de alta vegetacion y de accidentes que interrumpen la monotonía del plano; y ahora há diez y ocho años era, además, poco ménos que intran-sitable en los inviernos, por sus pésimos caminos, profundamente fangosos, al par que desagradable por la fealdad y el aspecto de incuria de casi todas las casas y poblaciones del tránsito. Florencio atravesó la sabana de mal humor, casi tiritando de frio, hundiéndose con su cabalgadura en los atolladeros del camino y

renegando de arrieros y carreteros, vientos y lloviznas; pero al pasar por el alto del *Roble* y comenzar el descenso occidental de la cordillera, por enmedio de los entónces magníficos bosques del *Aserradero*, *Aqualarga* y *Chimbe*, sintió que se le ensanchaba el corazón y que su tristeza se disipaba. Parecióle que una nueva vida—la grande y fecunda vida de nuestra naturaleza tropical—le envolvía y penetraba con sus benéficos efluvios: iba respirando con libertad y fuerza otros aires, preñados de aromas deliciosos; abarcando con la vista otros horizontes; viendo otra vegetación, otros arroyos y torrentes, otro cielo y otras nubes, otros tipos y grupos sociales; encontrando mil y mil cosas que le hablaban de su ciudad natal, de su niñez, de su padre y familia y de sus candorosas esperanzas de otro tiempo; y la *tierra caliente*, exuberante y libre en todo, se ofrecía á sus miradas llena de aquel esplendor y aquella galanura que son la generosidad y caridad de la materia rebozante de amor y vida...

Otras ideas—ideas risueñas, muy diferentes de aquellas que le asediaran en Bogotá—asaltaban á Florencio, trayendo á su imaginación gratas sorpresas; pero si al atravesar la graciosa ciudad de Guáduas y su pintoresco y amenísimo valle—huerto escondido en el fondo de un cerco casi completo de ásperas serranías—se

sintió contento y como acariciado por las cosas que le rodeaban, al pasar por la cumbre del *Salto*, siguiendo el filo de la pequeña cordillera del *Sarjento*, experimentó una impresion de arrebató y de suprema delicia.

A sus piés veia extenderse, desde aquellas alturas, la vastísima comarca de los antiguos *Marquetones*, el grande y magnífico valle de Mariquita, desde Honda hasta Ibagué, compuesto de selvas y dehesas, limpias llanuras, cristalinos rios, y colinas de formas tan caprichosas como pintorescas; valle dominado por la gigantesca cordillera central de los Andes colombianos, repleta de riquezas y hermosuras todavía desconocidas para el mundo; y allá encima del lejano laberinto de montañas azulosas, veia la cúpula del *Tolima* y los poderosos lomos del *Santa Isabel* y el *Ruiz*, que hundian sus elevadísimas cimas en el admirable azul del éter, envueltas al propio tiempo en sus mantos de nieve immaculada y perpetua y en la eterna majestad de su belleza, su silencio y su magnificencia.....

“ Ah! pensó entónces Florencio, la vida no está encerrada en el egoismo de una pasion; la belleza no se ostenta únicamente en la esperanza del amor y en los ensueños de la felicidad personal..... La *vida*, que es el amor de cuanto existe, está en todas partes, y dondequiera con-

vida al encanto con su maravillosa variedad de formas y de aspectos; la belleza *divina* lo penetra todo, reside en todo lo que existe, irradia de cada sér sobre los demas séres, de cada cosa sobre todas las cosas; y en cada horizonte hay alguna promesa de felicidad que el alma, preocupada y empequeñecida por el hábito, no habia siquiera sospechado....”

Bajo el influjo de estas saludables impresiones tornó Florencio á gozar de las dulzuras del hogar paterno y de la modesta vida de familia, de que por algunos años habia carecido totalmente; y se sintió dichoso casi por completo el dia que vió bendecir el matrimonio de su hermana y á sus padres en el colmo del contento. Pero bien que la vida en Honda no era desagradable ni monótona, á poco de hallarse allí empezó á sentir, no obstante el gozo de descansar de sus tareas en la tierra natal, una especie de nostalgia intelectual que le conducia insensiblemente á caer en la anterior melancolía.

Faltábanle en la vieja capital marquehana la actividad de trabajo y la atmósfera moral en que habia vivido, y si con el cuerpo residia en su querida *patria* local, sentia el alma como proscrita ó expatriada, ó vivia con la mente bajo el cambiante cielo de Bogotá.

Honda ha sido, despues de su irremediable catástrofe de 1805, una extraña

ciudad: el comercio ha subsistido allí cual un árbol de indestructibles raíces que vegeta entre los escombros y las tumbas.....; la vida lucha allí, más que en ninguna otra parte, por sobreponerse á la muerte y regenerarse, y toda su lozanía le viene de un mundo de piedra que yace destrozado sobre la ardiente arena, y hace contrastar su silencio sepulcral con la frescura de la vegetacion y de las brisas y el rumor de las tumultuosas ondas de dos rios..... El *Gualí* rie, canta y retoza sobre su lecho de guijarros graníticos, al pié de altos y desmedrados edificios ó á la sombra de los verdes pabellones que entretejen mil tupidos cauchos y *dindes*, y el Magdalena, poderoso como es, lleva en su caudal una promesa constante de abundancia y riqueza; en tanto que los vastísimos y venerables escombros que hacen de toda la ciudad una inmensa ruina, tienen un aspecto mortuorio que incita á dolorosa contemplacion é infunde una profunda melancolía.

Florencio, que habia nacido y crecido en medio de aquellas ruinas llenas de vida y hermosura, sintió en el alma algo como un reflejo de la vitalidad de la naturaleza exuberante que le rodeaba y de la desolacion de los escombros que cubrian el suelo; sintió una ardiente necesidad de vida y movimiento, al propio tiempo que un dolor secreto, causado por

aquella tendencia á los recuerdos tristes que se contrae con la frecuente contemplacion de las viejas ruinas. Su amor, el encanto de su primera juventud ¿no era tambien una ruina, oculta en el silencio y perdida en la soledad de su alma?.....

Un dia que—al desvestirse á la orilla del Magdalena para bañarse, muy cerca del formidable raudal del *Salto*—contemplaba la impetuosa corriente que se atropellaba en desordenados tumbos, se hizo Florencio esta reflexion: “¿Porqué no seguir yo mismo el curso de estas ondas que van á perderse en la inmensidad del océano?...” Permaneció muy pensativo, bañóse como distraido y sin placer, y al tornar á su casa dijo:

—Padre ¿no te parece que me conveniria el hacer un viaje á Europa?

—Sin duda, hijo mio; y justamente yo queria proponérselo á *su mercé*.

—¿I porqué pensabas en ello, padre?

—Porque *su mercé* está otra vez triste, y eso no me gusta.

—Ah, padre! eres tan bueno.....

—Pues que sea para todo bien. Arregle *su mercé* su viaje, y aproveche el mes de abril que va á comenzar.

—Es cosa resuelta! repuso Florencio.

Ocho dias despues bajaba éste el Magdalena, á bordo de un *champan*, cargado con tabaco, para ir á embarcarse en Cartagena, con direccion á Inglaterra, en uno de los vapores de la *Balija real*.

## TERCERA PARTE.

### I.

#### EN LA AUSENCIA.

Dos largos años pasó Florencio viajando por Europa, recibiendo las más variadas impresiones y nutriendo su espíritu con atentas y numerosas observaciones. Dondequiera encontró, bien que bajo formas totalmente distintas, el mismo espectáculo que en Honda; sólo que en la ciudad marquetana era un espectáculo de la materia, y en Europa era el del mundo social.... En todas partes, la vida luchando por abrirse campo y beber luz entre una inmensidad de ruinas.... En Inglaterra, un prodigioso movimiento industrial de las clases medias y populares, bajo la sombra de una aristocracia opulenta pero ociosa, en otro tiempo omnipotente, pero ya en el principio de su derrota, que representaba los siglos muertos de la guerra de castas. En Alemania, la ciencia y la crítica, apoyadas por el arte, levantando su imperio sobre las silenciosas ruinas de la feudalidad. En Italia, la vida del amor y del placer, agitándose en medio de los escombros de dos ó tres civilizaciones hundidas en los abis-

mos de los tiempos.... En España, la ruina de un gran pueblo, que en otro tiempo dominara en ambos continentes, en contraste con una maravillosa vitalidad de pasiones. En Francia, la vida del *arte* universal y de las ideas en efervescencia, y la ruina de todas las dinastías, de todas las creencias y de todas las instituciones del mundo ante-revolucionario.... La revolucion de 1789 fué como un diluvio para la Francia, y allí todo lo que se formó sobre el nuevo suelo, está en lucha abierta con los restos fósiles de los tiempos anteriores.

Lo que acaso impresionaba más á Florencio era una verdad que descubria y se le hacia patente en medio del bullicio de las capitales europeas : que la civilizacion paga con usura á los pueblos, en libertad y seguridad, los esfuerzos que hacen por su emancipacion y engrandecimiento. Miéntras más grande es una sociedad, menor es el poder de los hombres que aspiran á dominarla, y mayor la resistencia de ella y sus recursos para hacerse respetar y mantenerse en su natural equilibrio; y en cuanto á los individuos, si por una parte se sienten como abrumados por la grandeza del medio social que les rodea, y viven como anónimos, sin hacerse notar, ni hacer sentir la influencia que sobre una pequeña sociedad pudieran ejercer, por otra, se hallan en mejor posesion de su

libertad civil, ó ménos sujetos á la coaccion ó especie de tiranía que imponen sobre las costumbres y la vida privada, en las ciudades poco populosas, las pasiones, la maledicencia y las intrigas de los demas hombres. Estas y muchas otras reflexiones hicieron comprender á Florencio el poder benéfico de la civilizacion y la inmensa cantidad de justicia y pacificacion que contiene el progreso.

La revolucion de 1848 halló á Florencio en Paris, sin sorprenderle, é imprimió á sus ideas una direccion definitiva. Aquel movimiento de efervescencia y sacudida de casi todos los pueblos europeos, era un testimonio patente de la necesidad de justicia y de ascension hácia la luz que todos sentian, en mayor ó menor grado. Qué de sombras y de miserias no habian aglomerado los siglos bajo el manto de oro y púrpura de los poderes dominantes! ¡Cuántos lamentos de agonía social ahogados por el ruido de una civilizacion ensordecedora y asombrosa en sus formas, pero incompleta por no tener todo su asiento en el derecho y en la caridad cristiana! Los pueblos tenian, pues, al efectuar sus movimientos, un fin, un propósito bien definido, y en esto consistia su fuerza. Lo propio debia suceder respecto de los individuos; pues, en efecto, el hombre fuerte es aquel que sabe siempre lo que necesita, lo que piensa y quiere y hácia qué objeto se encamina.

Al sentir el soplo vivificante de aquella revolucion casi continental que proclamaba su existencia en los hechos, pero que no habia completado el trabajo preliminar de sus ideas de aplicacion, y por eso habia de sucumbir por entónces, Florencio comprendió que el hombre, para ser fuerte, debia dar toda su vida á un objeto preciso, imponerse una mision y aplicar todos sus esfuerzos á cumplirla.

Recordó entónces que su patria era una república compuesta de muy diferentes razas, combinadas sobre un suelo vírgen y rico para fundar sobre su propia mezcla el imperio de la democracia liberal; pero que ni en la patria neo-granadina existia el gobierno del pueblo, ni la república habia procurado suficientemente la emancipacion de los oprimidos. “Aun hay esclavos en mi patria, pensó un dia Florencio, y la raza de mi padre es tiranizada por la de mi madre! No! eso no puede ser, no debe ser! eso es un horrible contrasentido, y mi existencia misma no está en armonía con la vida política de la sociedad á que pertenezco!.... Eureka! ya sé cuál es mi fin, cuál debe ser mi idea fija y el objeto de todos mis desvelos.... Dedicaré todo lo que soy y lo que pueda ser al cumplimiento de este propósito: hacer primero que desaparezca totalmente la esclavitud, y procurar luego que el cruzamiento material de nuestras razas

se reproduzca en un grande hecho moral : la promiscuidad democrática del gobierno y la justicia cristiana de las leyes”....

Al pensar así Florencio tomó una resolución generosa : la de trocar el goce por el trabajo ; la vida cómoda y entretenida que pasaba en Francia, por la vida difícil y penosa de nuestro país, que es de constante lucha y frecuentes contratiempos. Y sin embargo, en el fondo de su generoso sentimiento habia algun egoismo : el del amor. Por mucho que le distrajera ó sedujera el espectáculo del mundo europeo, la imágen de Rosa Fuenmayor, conservada en lo íntimo del alma, irradiaba sobre él reflejos misteriosos que le deslumbra- ban por momentos ; y desde su modesta vivienda de Paris, en un hotel de la calle de *Provenza*, fijaba las miradas con ansiedad y tristeza, mezcladas de despecho y vaga esperanza, en las ventanas de cierta casa antigua de la calle de las *Águilas*, de Bogotá, donde por primera vez habia sentido la lumbre de los bellos ojos de Rosa.

Ello fué que nada pudo detenerle en Europa, y que, ansioso por tornar á su país, se alejó de Paris, de las bellas riberas de Francia y de Inglaterra, con la inefable alegría del proscrito á quien abren las puertas de la patria amada y le señalan el camino del regreso. El *regreso!* bella y dulcísima palabra para los ausen-

tes!..... ella sola es como un principio de reinstalacion en el hogar natío; y tal fué la impaciencia de Florencio por volver á su pais, que la navegacion le pareció interminable á traves del Atlántico.

Sinembargo, en Cartagena, donde iba á desembarcarse, le aguardaba una carta de su padre que le obligaba á detenerse en el camino. Segundo Conde tenia pendiente una cuestion de intereses con varios comerciantes y comisionistas del bajo Magdalena, por pérdidas sufridas en algunos cargamentos mal despachados y por ventas de frutos del interior, y en su carta encargaba á su hijo de transigir del mejor modo posible aquellas deavencencias.

Tuvo, pues, Florencio que reprimir su impaciencia por terminar su viaje, deteniéndose durante algunos meses en varias ciudades de las antiguas provincias de Cartagena y Mompos, que hoy componen el bello Estado de Bolívar, lo que fué parte á proporcionarle numerosas relaciones y á ofrecerle materia para muy importantes observaciones sociales.

Nuestras provincias del Atlántico y bajo Magdalena habian sido la base de las colonizaciones españolas en este pais, y, por su clima ardiente y condiciones geográficas, las más favorables á la importacion de negros africanos y la propagacion de la esclavitud; pero estas mis-

mas circunstancias habian hecho fatalmente necesario, inevitable el cruzamiento de las tres razas puestas en estrecho contacto: la americana ó indígena, la española y la africana; cruzamiento que el ardor del clima, la fácil alimentacion de las gentes y la exuberancia de una naturaleza pródiga en sus dones, habian de favorecer en alto grado. Aquellas provincias estaban, pues, destinadas por la fuerza de los hechos á ser pobladas y gobernadas en gran parte por hombres de color, de cuyo espíritu debia estar excluida toda tendencia aristocrática.

Florencio se halló, pues, allí en su elemento, ya que, á más de encontrar el mejor campo posible para su propaganda antiesclavista, sorprendia, por decirlo así, en su cuna misma y en su estado de germinacion y desenvolvimiento aquellas ideas democráticas que formaban el fondo de sus convicciones políticas. Podia estudiar en aquellas comarcas, sobre el terreno de su desarrollo, al *hombre de color* — término inventado por los aristócratas para disimular un tanto su desprecio por aquellos á quienes reputan como de *raza*, cuando no de *especie inferior*; — y hallaba la ocasion de examinar la armonía de su propio sér con las dos razas, una dominadora y otra esclava, de cuya mezcla procedia.

El mulato (¿y porqué no hemos de lla-



marle por el nombre que le dan, si le respetamos en su derecho y le estimamos en todo su valor moral?), el mulato costeño, decimos, se mostró á los ojos de Florencio tal cual es, con sus fecundas cualidades y sus defectos de origen y de educacion: el tipo social más propio en el mundo para ser civilizado y llegar á constituir un pueblo libre, próspero y de fuerte virilidad. Su rapidez de comprension y claridad de inteligencia, su prodigioso espíritu de imitacion, su aficion á la pulcritud y la elegancia, su gran disposicion para las artes, el comercio y la contabilidad, su espíritu siempre adicto á novedades y cosas magníficas, y su patriotismo ardoroso y entusiasta, se combinan con una petulancia característica que tiene no sé qué de expansivo y simpático; con cierta volubilidad de impresiones é ideas, correspondiente á la riqueza y el ardor de una sangre mixta que circula con rapidez; con unas inclinaciones voluptuosas ó de amor al placer y la molicie, que se ponen de manifiesto así en los actos de la vida pública como de la privada; con un carácter batallador — ora sea con armas ó sin ellas — natural en quien lleva en su propio organismo la permanente batalla de dos razas y de una civilizacion defectuosa que ha forcejado con la barbarie. De aquí proviene el que en nuestras poblaciones de las costas abunden los poetas, los músicos

y los insignes pendolistas ; que allí la vida sea vehemente, las pasiones audaces y borrascosa de ordinario la política ; que allí cundan prontamente las ideas nuevas ; que la guerra civil estalle con facilidad ; que los conflictos se allanen frecuentemente por medio de transacciones ; y tambien, que las tempestades sean violentas pero de corta duracion, que los hombres sean altivos, las mujeres amables y amantes, y que en las costumbres se alíen de un modo singular el amor y los negocios, la especulacion y los placeres.

Florencio habia comenzado su propaganda por medio de algunos periódicos de Cartagena, Mompos y Santamarta, y ya la opinion pública reclamaba con energía la abolicion completa de la esclavitud y grandes reformas, formalmente enunciadas como programa de un partido ; al propio tiempo que los iniciadores de las nuevas ideas ganaban una popularidad que debia servirles de poderosa palanca para mover la sociedad neo-granadina. Con todo, Florencio no caminaba sobre rosas, y con frecuencia tenia altercados y disgustos con algunos de sus adversarios. Un dia que disputaba con un gran propietario, dueño de no pocos esclavos, éste le dijo con la altivez característica de su condicion :

—Ustedes, los descamisados....

—Ea ! señor mio, interrumpió Floren-

cio ; sepa usted que no soy un descamisado : soy hijo de un honrado liberto que ha adquirido con su trabajo una fortuna considerable.

—Así será, repuso el otro ; pero ustedes, los *rojos* . . . .

—Pase el adjetivo, que nada significa en nuestro país ; y qué más ?

—Ustedes sólo quieren el trastorno del orden social.

—Sin duda, en mucha parte, replicó Florencio : no nos parece bueno el *orden* que han establecido los amigos de la esclavitud.

—Pero mis esclavos son cosas que he comprado con *mi dinero*, con el fruto de mi trabajo . . . . dijo el propietario.

—Eso es también posible, observó Florencio ; pero tal empleo del dinero ó del trabajo ha sido un crimen contra Dios y los hombres.

—Oh ! oh ! oh ! qué inmoralidad de doctrina !

Cuando así exclamaba con indignacion el rico propietario, se acercaba en su auxilio un “hombre de color,” que á fuer de politicastro era aficionado á disputas, y tomó cartas en la discusion.

—Y qué ! le observó Florencio ¿ usted apoya las opiniones de este caballero, dueño de esclavos ?

—Cómo no ! respondió el intruso ; ustedes, los liberales, son los peores enemigos de la libertad y la moral.

—Vamos! dijo Florencio á su interlocutor; lo que usted me dice tiene para mí el aire de un parricidio ejecutado con palabras.

—De un parricidio?

—Sin duda: usted combate la causa de su padre.... ó de su madre.

—Pero si soy conservador....

—Lo que en usted me parece absurdo. Comprendo que un blanco *puro*, un individuo de la raza de *los amos* pueda ser con toda conciencia.... eso que usted llama un *conservador*; pero un mulato, un mestizo, como lo somos usted y yo, que no sea *liberal*, me parece un sér moralmente contrahecho, un extravagante desnaturalizado que hace la guerra á sus propios libertadores.... Lo que usted dice es, en boca *de usted*, más que un error, una blasfemia política.

Con esto, el contrincante auxiliar quedó derrotado, sin réplica posible de su parte, y Florencio fué muy aplaudido por cuantos tuvieron noticia de su contundente respuesta.

Al cabo de pocos meses logró él arreglar satisfactoriamente los asuntos de su padre, y continuó su camino, remontando el rio Magdalena, no ya embarcado en un *champan*, como á la bajada, sino á bordo del hermoso barco de vapor que tuvo el nombre del mismo rio, recientemente traído á las caudalosas aguas de éste. Detú-

vose Florencio en Honda durante algunos dias, á gozar con su familia de las dulzuras del hogar, y tornó á saludar allí con regocijo los mil graciosos cocoteros de los huertos, y las entónces cristalinas ondas del Gualí.

Al llegar luego á Bogotá, donde habia resuelto fijar su domicilio y seguir su carrera política y forense, se halló en medio de la ardiente lucha de los dos grandes partidos que dividian la República, en los primeros meses de la administracion liberal inaugurada y presidida por el ilustre general López; y al punto comprendió que llegaba para él el momento de ocupar el puesto que le correspondia entre los sostenedores de su causa política.

## II.

LUIS FUMINAYA.

Pocos dias hacia que Florencio se hallaba en Bogotá, hácia mediados de agosto de 1849, cuando una circunstancia casual le procuró en su vida privada muy importantes incidentes. Las pasiones se habian exaltado de tal modo, que los partidos se odiaban sin misericordia, y sus periodistas se trataban recíprocamente con una acrimonia que de ordinario llegaba hasta la virulencia. Dos jóvenes escritores, miembros de los opuestos parti-

dos, se injuriaron en sus periódicos, se provocaron con violencia y hubieron de decidir su querrela por medio..... de aquella *justicia* del plomo ó del acero que se llama el duelo. Quiso la casualidad que uno de los dos adversarios fuera uno de los más queridos amigos de Florencio, en tanto que el otro, Luis Fuminaya, era pariente muy cercano de Rosa Fuenmayor; y como aquel no pudo excusarse de intervenir con el carácter de testigo, aceptó el encargo, bien que con ánimo de evitar en lo posible una desgracia. Grandes esfuerzos hizo por procurar un avenimiento, pero todos fueron inútiles, porque el joven Fuminaya, demasiado fogoso y exaltado como era, no quiso oír razones ni prestarse á composicion alguna.

Eligióse como arma de combate la pistola, y los dos adversarios y sus cuatro testigos fueron á reunirse una mañana, por los lados de San Cristóval, en el fondo de un solitario vallecito á orillas del riachuelo Fucha. Midióse el campo, haciendo la distancia tan larga cuanto fué posible, y en breve los dos tiros estallaron simultáneamente. Luis Fuminaya, rozado apénas en la epidérmis de un cuadril por la bala de su contrario, se llenó de ira al sentir que le corrian algunas gotas de sangre, y exigió que se cargaran otra vez las armas y se acortase la distancia; á lo que Florencio se opuso enérgicamente, teme-

roso de que ocurriese una catástrofe, y considerando que un duelo llevado á la última extremidad era inmotivado. Pero Fuminaya insistió con tal pertinacia, y sus testigos estaban tan mal dispuestos á la conciliacion, que fué forzoso ceder y medir de nuevo el campo.

Al estallar por segunda vez las dos detonaciones, se vió á Fuminaya cambiar de color, ponerse lívido, llevarse las manos al costado derecho y vacilar.... Florencio, que no estaba léjos, corrió hácia aquel, le recibió en los brazos con dolorosa expresion de simpatía y le dijo:

—Está usted herido?

—Sí, respondió Fuminaya, y acaso mortalmente!....

—Ah! yo bien temia esta desgracia! exclamó Florencio.

—Es verdad, repuso el herido con voz desfalleciente; y usted ha hecho.... todo lo posible.... por evitarla.... Gracias.... mil gracias....

Y al decir esto, el pobre jóven, bañado en sangre, se desvaneció en brazos de Florencio y perdió del todo el conocimiento.

Florencio llenó su deber con la mayor benevolencia: hizo administrar al herido todos los socorros necesarios, mandó improvisar una camilla para trasladarle á la ciudad, y no se apartó de él sino cuando le hubo dejado en su casa, rodeado de su familia y al cuidado de los cirujanos y médicos necesarios.

Tres dias habian pasado despues del acontecimiento, y la vida del jóven Fuminaya parecia estar en gran peligro, cuando un sirviente fué á llamar á Florencio en nombre de doña Gertrúdis Fuenmayor, madre del herido, suplicándole que fuese á verle. Florencio no podia denegarse á tan respetable súplica, que se le hacia por interes del jóven moribundo, y al punto fué á visitarle.

—Mi hijo, dijo doña Gertrúdis á Florencio, ha delirado constantemente con usted, y hoy, en un momento de calma, ha rogado que llamasen á usted, porque necesitaba verle. Por eso me he tomado la libertad....

—Mi señora, interrumpió Florencio, ha hecho usted muy bien, y puede usted disponer de mí si en algo puedo serla útil.

—Ademas, añadió doña Gertrúdis, entre azorada y afectuosa, yo necesitaba manifestar á usted mi gratitud por todo lo que ha hecho y procurado hacer en beneficio de mi imprudente hijo.

—Mi señora, observó Florencio: usted comprenderá, sin duda, cuánto habré deplorado la intervencion que, á mi pesar, he tenido en este desgraciado lance.....

—Sí; sé que usted, señor Conde, hizo los mayores esfuerzos por evitarlo, y que despues....

Los sollozos embargaron la voz á la atribulada señora, y se desató en aquel llanto

que nadie puede verter tan abundante ni tan amargo como una madre que ha perdido un hijo ó está en peligro de perderle; pero momentos despues, miéntras que Florencio guardaba un silencio respetuoso y de sincero dolor, doña Gertrúdis hizo un grande esfuerzo para dominarse y añadió:

—Ah! perdone usted . . . . Vamos! tenga usted la bondad de entrar en el cuarto de mi hijo.

El cuarto estaba enteramente oscuro y tenia aquel olor, entre nauseabundo y penetrante, propio de los heridos y de los medicamentos que sirven para combatir la inflamacion, la fiebre y la gangrena: reinaba en torno del enfermo un silencio profundo, y él parecia dormir con desasosiego. Florencio se sentó junto á la cabecera y permaneció inmóvil durante algunos minutos, observando las lívidas facciones del malaventurado jóven. En aquel momento tenia la triste belleza propia de una blancura mate que parece preludiar la muerte, y en todas sus facciones, correctas y bien acentuadas, se ponian de manifiesto los más nobles rasgos de la raza castellana, algo templada en su severidad por las simpáticas formas andaluzas. El jóven respiraba con dificultad, y por momentos su respiracion hacia el ruido sordo de un estertor de agonizante; pero no estaba dormido, sino abrumado por un

pesado sopor: tenia los ojos entreabiertos, y acaso le habia faltado fuerza en la mirada para distinguir los objetos que le rodeaban.

Súbitamente abrió los ojos por completo y fijó en Florencio una mirada vidriosa y sin expresion; pero algunos instantes despues las mejillas se le colorearon, recobró en los ojos el brillo natural, entreabrió los labios y dijo con extraordinario vigor de acento:

—Ah! hombre bueno y generoso! Dios le bendiga á usted!

Y, como movido por un resorte, se incorporó instantáneamente y abrazó á Florencio. Éste le recibió en los brazos, inclinado sobre la cama, con sumo enternecimiento, pero aterrado; al propio tiempo que doña Gertrúdis, advertida como estaba de que un movimiento violento de su hijo podia determinarle la muerte inmediatamente, se quedó embargada, orando en silencio y con las manos levantadas hácia el cielo, como quien repentinamente descubre un inminente peligro que le amenaza y aterra.

Hubo dos ó tres minutos de silencio que fueron de suprema ansiedad: Florencio temblaba, reteniendo en los brazos al herido, y sintió que se le humedecia la mano con que sostenia el costado derecho del pobre jóven, al mismo tiempo que palpaba, bajo el bendaje deshecho que cubria

la herida, un objeto pequeño, duro y redondo. Fuminaya exhaló un suspiro y se desmayó.

—Dios mio! Dios mio! mi hijo se muere! exclamó doña Gertrúdis con desesperacion.

—Al contrario, mi señora, dijo Florencio; creo que se ha salvado.

—Cómo! qué dice usted?

—El violentísimo esfuerzo que él hizo ha hecho descender la bala de entre los tejidos donde estaba oculta, y al aflojarse la compresa ese objeto ha salido. Mire usted, mi señora: aquí está la bala.

—Ah! Dios sea bendito y alabado! prorumpió doña Gertrúdis. Efectivamente, el doctor habia dicho que sólo la salida de la bala podria salvar á Luis.

Inmediatamente llamaron al médico de cabecera, y éste, que por casualidad llegó en breve, hizo las aplicaciones necesarias para contener la hemorragia, limpiar la herida y procurar una saludable supuracion. Cuando la operacion estuvo terminada y el enfermo comenzó á recobrar el sentido, Florencio se retiró prudentemente, no sin recibir las más cordiales manifestaciones de gratitud de parte de la familia Fuminaya. Pero continuó visitando á Luis todos los dias, y no tardó una semana en verle fuera de peligro y entrando en convalecencia. Su generosa asiduidad no solamente le hizo ganar el más fervo-

roso afecto de Luis Fuminaya, sino que la familia de éste le trataba con los mayores miramientos.

Un dia que Florencio departia con el jóven convaleciente en el oscuro cuarto donde se hallaba todavía encerrado, Florencio le decia con cariño:

—Decididamente, mi amigo, estamos ya libres de todo cuidado, y usted recobrará toda su salud y robustez.

—Ah! sí! y todo..... gracias á usted.

—A mí? oh! no: gracias á la Providencia y á un generoso movimiento de usted mismo.

—Toda la generosidad, replicó Luis, está de parte del noble adversario político que.....

—Adversario, jamas! interrumpió Florencio: puedo estar en gran desacuerdo de opiniones con usted, bien que ambos somos ardientemente republicanos; pero no me considero adversario de quien piense de distinto modo que yo.

—Eso es justo y bello, repuso Luis, y ojalá que todos pensáramos así; mi terrible intolerancia me ha hecho merecer una dolorosísima leccion.

—Y quiera Dios que sea fructuosa para todos los intolerantes! dijo Florencio.

—Pero usted no solamente ha sido tolerante, sino abnegado.....

—Porqué?

—Usted habia sido tan cruelmente ofendido por mi prima Rosa.....

—Ah! no hablemos de eso.

—Al contrario; usted merece....

—Que se olviden de mí, así como yo he olvidado....

—Olvidar? cómo! exclamó Luis: ¿luego usted mató en su alma todo recuerdo y todo sentimiento?

Florencio bajó la frente y guardó un silencio expresivo, lleno de dignidad y de tristeza.

—Vamos! no me engañaban mis cavilaciones, añadió Luis con tono afectuoso: usted la ama todavía; no es verdad?

—Y si así fuera.... ¿qué ganaría yo con atormentar mi alma, acariciando un amor insensato, imposible?.....

—Todo es posible en este mundo, Conde.

—No! calle usted: vale más que no hablemos de tan penoso asunto.

En el momento en que Florencio decía estas palabras, llenas de dignidad y desinterés, pero que le eran amargas, Rosa, que había llegado á visitar á su primo é ignoraba la presencia de Florencio, entreabrió la puerta del cuarto y asomando su hermosa cabeza preguntó con cariñoso acento:

—Se puede entrar?

—Sin duda, querida prima, respondió Luis: ven y siéntate á mi lado.

—No veo muy claro.....

—No importa; ven hácia mi derecha.

—¿Y cómo te sientes hoy? dijo Rosa sentándose.

—Lo mejor posible.

—Pues lo celebro infinitamente.

—¿Te gustaria, Rosa, que yo te diese una sorpresa?

—Pues! como no has de poderme hacer una diablura..... Pero.....

—Qué hay?

—Me parece que no estamos solos.

—Es verdad; ahí cerca de tí está mi médico.

—Cómo! y el doctor P\*\* me ha dejado hablar sin saludarme?

Florencio hizo una inclinacion de cabeza, pero guardó silencio.

—Te equivocas; no es el doctor P\*\*, sino un médico frances recién llegado. ¿Quieres hacerme el favor de abrir un poco la ventana?

—Para qué?

—Para que veas cuán repuesto estoy.

Florencio se habia puesto en pié al entrar Rosa en el cuarto, y permanecia en un rincon, á la izquierda de Luis, con los brazos cruzados, silencioso y presa de una impresion indecible. Rosa abrió las batientes de la ventana, y al entrar en el cuarto un torrente de luz alegre y brillante, se acercó á Luis para mirarle bien.

—Estoy muy desfigurado? preguntó él.

—No; estás pálido y flaco, pero tienes más expresion en las facciones.

—Te presento mi verdadero médico, repuso Luis, señalando á Florencio.

Rosa tornó el rostro hácia donde estaba su desdeñado amante y le miró. Él inclinó la cabeza respetuosamente, pero no dijo ni una palabra, y Rosa, que hacia más de tres años no le veía, al reconocerle retrocedió un paso, hizo un movimiento de sorpresa y exclamó azorada:

—Ah!

Pero al punto se recobró y dijo, haciendo una vénia de saludo:

—Caballero.....

—Señorita, interrumpió Florencio; permítame usted decirla que se ha equivocado.

—Porqué? preguntó Luis.

—Porque yo no soy..... *caballero*, sino el humilde *mulato* Florencio Conde.

—Oh, señor! es usted cruel, repuso Rosa con timidez y azoramiento.

—Yo cruel? señorita.

—Es decir.....rencoroso..... para conmigo.

—Perdone usted, señorita; no me mueve el rencor, puesto que nunca he sido ofendido.

—El desden que usted muestra me humilla más que el olvido de una ofensa involuntaria.....

—Señorita, yo no sé olvidar.....

—Ninguna ofensa? interrumpió Luis.

—Las ofensas, sí.

—¿Y todo lo demas? tornó á preguntar Luis.

Florencio guardó un elocuente silencio, y Rosa dejó asomar en las mejillas el delicioso carmin de la flor que la daba su nombre. Hubo un momento de silenciosa turbacion de todos tres, que fué muy embarazoso; Luis lo interrumpió diciendo:

—Vamos! ya es tiempo de que ustedes hagan las paces.

—¿Y cómo no habria de estimar yo, dijo Rosa con ingenuidad, á quien ha correspondido á dolorosas ofensas prodigando á los de mi familia unos servicios tan generosos como desinteresados?

—Ah, señorita! exclamó Florencio con arrebatado impulso; ¿conque ya usted me estima?

—De todo corazon, señor Conde.

—Gracias..... mil gracias, señorita, repuso éste; esa sola palabra borra de mi alma todas las amarguras de otro tiempo!

—¿Es decir que no me guardará usted rencor?

—Jamás! mi corazon.....

—Vamos! amigo mio, acabe usted la frase, dijo Luis.

Florencio iba á dejar escapar una declaracion tal vez imprudente, pero se contuvo y añadió apénas:

—Mi corazon..... no da cabida al resentimiento.

Rosa se acercó á Florencio y le tendió la mano, y él tomándosela, lleno de turbacion y gozo intenso, la retuvo entre las

suyas. Como ella no hizo ademán de retirarla y Florencio tenia la frente inclinada, sintió que la caia sobre los dedos una gota ardiente..... Rosa recibió esta lágrima de inmenso amor y de felicidad como un juramento, y se escapó del cuarto de Luis con el corazón palpitante y profundamente enternecida.....

### III.

#### VARIAS PERIPECIAS.

Un hombre que ame con ardor y generosidad, puede tener una cantidad de fuerza moral como ciento, verbi gracia, porque toda gran pasión es una gran fuerza; pero un hombre que á más de sentir así se siente amado, encuentra en su alma el décuplo de aquella fuerza, mayormente si el sentimiento que inspira es una *victoria* de su propio sentimiento. La escena que habia ocurrido en casa de Luis Fuminaya no dejaba campo á duda ninguna: Florencio se sentia amado, ó á lo ménos estimado con tierna gratitud, y comprendia que el orgullo de educacion ó de familia estaba vencido en el espíritu de Rosa. Desde aquel momento el porvenir le pertenecia, como amante, puesto que en un país como el nuestro un padre de familia, por mucho que resista, no puede impedir á sus hijos que se casen, cuando en hacerlo insisten con inflexible tenacidad.

Por otra parte, el más poderoso medio de resistencia que un padre puede emplear, es la amenaza de desheredar al hijo desobediente, ó de negarle recursos para contraer una alianza desagradable, y eso, dentro de ciertos límites legales; y tal recurso estaba fuera del alcance de don Pedro Fuenmayor, ya porque él habia ido de año en año á mayor pobreza y peor situacion, ya porque Florencio era rico, y tenia una posicion social que le ponía á cubierto de toda necesidad y en aptitud de desafiar una negativa de recursos para su esposa.

Lleno de esperanza en Rosa y de confianza en su buena suerte, Florencio hizo de su vida tres partes, y aplicó todo su sentimiento, su atencion y sus esfuerzos á ellas: era la primera, Rosa misma ó el amor íntimo; la segunda, el foro, donde tenia su posicion privada y su mejor elemento de prosperidad; la tercera, el amor patrio, servido por medio del periodismo. En Rosa tenia la vida del sentimiento, que ennoblece las almas y las encamina hácia la felicidad; en el foro, su carrera, su medio natural de asegurarse un posicion independiente y digna, y el objeto de constantes y provechosos estudios de jurisprudencia; en el periodismo, un medio de propaganda activa, en defensa de su causa política y de sus personales deberes de *raza*, y un elemento para hacer aquellas

vastas investigaciones de ciencia política, sin cuyo auxilio no es dado al hombre público el hacer sentir la influencia de su talento y de sus opiniones.

Florencio se consagró á sus tres objetos con febril actividad, no sin mantener la costumbre que le habia sido tan grata desde sus primeros años de colegio, de escribir todas las semanas á su padre una larga y nutrida carta, en la que siempre le informaba de sus propios actos y le comunicaba todas sus esperanzas, así como sus tristezas y alegrías. El buen Segundo era verdaderamente feliz con las cartas de su hijo, y en respuesta le daba siempre los más sensatos consejos; pues si carecia de una instrucción que excediese lo puramente elemental, tenia buen sentido muy atinado para ver con claridad las cosas prácticas de la vida.

Bien se comprende que Florencio no habia de relajar en manera alguna sus gratas relaciones con la familia Fumina-ya. Luis — ya totalmente restablecido en su salud — le queria con un sentimiento que rayaba en idolatría, no obstante la discordancia de opiniones políticas en que se hallaban; doña Gertrúdis, á fuer de madre amorosa y mujer agradecida, habia echado á un lado toda preocupacion aristocrática, y sólo veia en Florencio al hombre delicado y generoso que habia contribuido tan notablemente á salvar la

vida de Luis; y las dos hermanas que tenía éste —jóvenes tan graciosas y amables como recatadas — apreciaban á Florencio con notoria simpatía, porque era simpático y bien parecido, tenía talento y gracia para conversar, bailaba con elegancia, y trataba á todas las señoras y señoritas con respeto y exquisita delicadeza.

Pero la cordialidad misma con que Florencio era tratado en casa de doña Gertrúdis habia alejado de allí á don Pedro Fuenmayor, su hermano, pues si bien reconocia el fanático y testarudo anciano, á fuer de hombre de conciencia, que el carácter y los actos de Florencio eran intachables, y que él y su hermana le debían servicios de mucha importancia, era inflexible en sus preocupaciones de casta, é implacable en el odio que profesaba á todos los “liberales” y á cuantos encomiaban las instituciones republicano-democráticas. Su atrabílis habia subido de punto una vez que los liberales — triunfantes en las elecciones de 1848 y despues el 7 de marzo de 1849 en el Congreso nacional — habian iniciado y estaban efectuando una inmensa revolucion, en el sentido radical y democrático, así en las ideas y las instituciones como en las costumbres del pais. Don Pedro no habia tenido, pues, embarazo en decir un dia á su hermana:

—Sé que viene á tu casa con mucha frecuencia el mestizo.....

—El qué?

—Pues! el *Conde mestizo* amigo íntimo de tu hijo Luis.

—Ello es verdad; y si le trataras, le estimarias mucho, como le estimamos en casa.

—No niego que sea un mozo de buenas cualidades..... cuantas pueden caber en el alma prieta de un mestizo; pero si tú le recibes, Gertrúdis, en tu casa, no quiero que jamas tenga pretextos para entrar en la mia, bien que, en rigor, le estoy debiendo, por mi desgracia, la mitad de lo que ella vale.

—Difícil será, Pedro, que impidas..... observó doña Gertrúdis.

—Qué?

—Lo que tarde ó temprano ha de suceder.

—¿Que Florencio y mi hija Rosa.....?

—Pues! ya lo comprendes.

—Jamás! jamás! repuso Fuenmayor indignado; no consentiré en la deshonra de mi sangre y mi nombre!

—Bien puedes hacer de tu capa un sayo, pero.....

—Pero qué?

—La suerte de tu hija no ha de serte indiferente. El *doctor* Conde, mestizo y todo, es un jóven muy digno y estimable.

—Callarás? No quiero que me le nombres; no transigiré jamás! Y sabes? por no ver á ese tu *Conde mulato*, dejaré de venir á tu casa.

—Eres un testarudo.

—Así será; soy aragonés.

—¿Pero no ves, Pedro, que el mundo no anda ya según las ideas en que nos criaron? Es fuerza transigir con las cosas que la sociedad nos impone.

—Eh! eh! exclamó Fuenmayor con enojo; te has dejado pervertir indignamente! Yo no! me mantendré firme en mis ideas, que al fin y al cabo soy español viejo y de sangre pura.

—Pues mucho sentiré que Rosa sea desgraciada, ó que..... tengas que consentir *en todo* después de sufrir humillaciones.

—Adios! no quiero oír tus despropósitos, ni entraré más en tu casa!

Y al decir esto, don Pedro se había alejado de su hermana, lleno de ira y despecho, sin reconocer, bien que la sentía, la triste impotencia de su orgullo.

Su oposición á las pretensiones de Florencio no fué parte á impedir que éste se viera con Rosa, como por casualidad, pero con alguna frecuencia, en casa de los Fuminayas, pues era muy difícil impedir que aquella mantuviera sus relaciones íntimas y naturales con sus primas Cármen y Manuela, hermanas de Luis; mayormente cuando éste, cuyo entusiasmo por su amigo Florencio era vehemente, le alentaba en sus esperanzas de obtener tarde ó temprano la mano de la bella



Rosa. Hubo de sospechar don Pedro que su hija favorecía ya las pretensiones de Florencio, puesto que un día la reconvino agriamente delante de su mujer.

—¿Es verdad, la dijo con aspereza, que el mestizo te corteja?

—Padre, no sé qué mestizo.....

—Pues quién ha de ser, sino aquel *Conde* espurio, aquel *Conde mulato* que nos persigue con su generosidad interesada!

—Padre, perdóneme su merced le diga que es injusto el suponer que el interes guía un proceder tan noble.....

—*Noble?* ¿Qué me estás diciendo? bah! *lo noble* y *lo mulato* se excluyen.

—Padre, su merced es muy duro en sus expresiones.....

—Silencio! No quiero oír nombrar á ese mozo en mi casa: lo entiendes?

—Jamás le nombraré, respondió Rosa humildemente.

—Pero es menester que tampoco pienses en *él* para nada.

—¿Que no piense yo en *él*? Ah, padre! y quién puede ser dueño de sus pensamientos é impedirles que nazcan?

—Quienquiera que se estime y tenga dignidad.

—Pues yo no he faltado á la dignidad, padre, y sin embargo.....

—Qué? explícate.

Rosa bajó los ojos azorada y guardó silencio.

—Vamos! repuso don Pedro, ¿acaso serán fundadas mis sospechas? ¿Para tu vergüenza y la mía te has..... oh! te has prendado del mestizo, del hijo de un negro liberto, á quien mi hermana llama el *doctor Conde*?

Rosa inclinó más la cabeza, y entre avergonzada y abatida continuó guardando un elocuente silencio que exasperó más á su padre.

—Ah! añadió éste con acento de cólera violenta y dando una patada en el suelo, tu silencio me irrita, porque es una confesion.

—Padre, perdóneme su merced! exclamó Rosa, juntando las manos con ademán suplicante.

—Ni una palabra más! Te prohibo que ames á ese hombre á quien detesto; que le mires ni oigas siquiera! Jamas consentiré en la deshonra de mi familia.....

Y al decir esto se habia alejado don Pedro, dejando á su hija aterrada y presa de un dolor inmenso.

#### IV.

##### LOS NEGOCIOS DE DON PEDRO.

Dos ó tres semanas despues de los incidentes que hemos narrado en el capítulo anterior, Florencio fué sorprendido una mañana con el anuncio de la visita que

ménos podia esperar. Estaba escribiendo, cuando entró su criado y le dijo:

—Un caballero quiere entrar.

—¿No has dicho que estoy muy ocupado?

—Sí, señor; pero ese caballero no se da por entendido.

—Quién es?

—Es un señor viejo y de mal ceño.

—Cómo se llama?

—Es innecesario nombrarme, respondió don Pedro Fuenmayor, que habia entrado sin ruido y se hallaba á la puerta del cuarto de estudio.

—Ah! siga usted, señor, y sírvase tomar un asiento, repuso Florencio. Y añadió para sus adentros: Vamos! alguna borrasca se prepara; pongámonos en guardia, y hagamos de la moderacion un pararrayos.

—Señor..... *Conde*, — dijo don Pedro al tomar asiento en un sofá, acompañando su saludo de un gesto de desden y sarcasmo mal reprimido, — á usted parecerá extraña mi visita.....

—Señor..... *de Fuenmayor*, — contestó Florencio entre irónico y amable, al sentarse en una silleta cerca de su visitante, — siempre estoy á la disposicion de usted, y esta casa es suya.

—Gracias. Perdone usted que yo deje á un lado los cumplimientos y vaya al grano.

—Perfectamente; soy todo orejas.

—¿Tendría usted á la mano el pagaré que le firmé en 1846?

—Debe de estar entre mis papeles, y ahora mismo puedo buscarlo, si usted quiere darme el gusto de recibirlo.

—Sin duda. Oh! lo necesito.....

—Pues disimule usted que yo le desatienda por un momento.....

—Sí, sí; busque usted.

Miéntras que Florencio abria un escritorio y buscaba en uno de los compartimientos el papel en cuestion, don Pedro sacó una talega, oculta debajo de la vieja y ya raida capa de paño de San Fernando, color de aceituna, con que perpetuamente se cubria, y la colocó sobre una mesa al lado de su sombrero de castor de forma anticuada.

—Aquí está, dijo Florencio algunos momentos despues, volviéndose hácia Fuenmayor y entregándole el documento.

Don Pedro desplegó el papel y lo puso á un lado para calarse los anteojos. Apenas sí hubo echado una ojeada sobre el pagaré, dijo con asombro:

—¿Pero porqué está cancelado este documento?

—Porque usted nada me debe.

—Cómo es eso?

—Cuando usted me otorgó ese pagaré, repuso Florencio, mi firme resolucion era no hacerlo efectivo; por lo que lo cancelé á poco de recibirlo.

—¿Es decir que usted queria hacerme el insulto de condonarme la deuda como á un insolvente?

—Nunca pensé en ofender á usted en lo mínimo, señor don Pedro; pero como ese pagaré era la compensacion de una acreencia sin valor para mí.....

—Porqué sin valor? interrumpió el irascible anciano, interpretando mal el pensamiento de Florencio.

—Porque mi ánimo no habia sido el de especular, sustituyéndome al acreedor para ganar intereses, sino de prestar un servicio espontáneo á un caballero que se hallaba..... en situacion apurada.

—No dudará usted, repuso Fuenmayor, de la estimacion con que he apreciado aquel proceder; pero tambien es justo que yo ponga en salvo mi honor.

—El honor de usted está intacto, dijo Florencio.

—Mientras yo no haya pagado, no. Por tanto..... he traído el dinero: aquí está.

—Oh, señor! exclamó Florencio.

—Sírvasse usted contar estas monedas de oro, y ver si la cuenta está cabal con los intereses, añadió don Pedro.

—Pero usted, señor de Fuenmayor, habrá tenido que hacer sacrificios .. ..

—Ese es punto que sólo á mí me atañe.

—No puedo consentir en que usted se perjudique. Vamos! señor don Pedro, hágame usted el honor de guardar ese di-

nero ; y, puesto que usted rechaza la cancelacion del documento, lo conservaré para que usted me lo cubra en mejores circunstancias.

—Repito á usted..... voto á San ! replicó el anciano casi montado en cólera ; cuente usted ese dinero, pues estoy resuelto á no ser deudor de nadie !

Florencio vió claramente que toda resistencia de su parte era inútil ; por lo que contó el dinero, y luego, devolviendo á Fuenmayor una parte, le dijo :

—Señor ¿ tendrá usted, á lo ménos, la condescendencia de no obligarme á recibir los intereses ?

—Es imposible !

—Se lo suplico á usted..... como un favor, como un acto de generosidad.....

—Vamos ! no puedo ceder : es punto de honor, repuso el anciano, haciendo un gesto de resolucion inflexible.

—Está bien ; será como usted quiera, dijo Florencio con visible despecho.

Nuestro jóven abogado recibió todo el dinero, y don Pedro se despidió inmediatamente, orgulloso de la posesion de su pagaré legítimamente cancelado.

“ Ah ! exclamó al salir de casa de Florencio, resollando con fuerza y radiante de gozo ; ya soy libre por ese lado ; ya no dependo de este mestizo que tiene la insolencia de pretender la mano de mi hija ! ”

Y al propio tiempo Florencio, contem-

plando sobre su mesa las onzas de oro que acababa de recibir á pesar suyo, se hacia esta reflexion :

“ Pobre hombre ! tan respetable por su rectitud y pundonor, como ridículo por su orgullo de casta ! Ha querido librarse de toda obligacion para conmigo, y es seguro que habrá caido en una situacion más humillante en realidad..... Es menester que yo sepa inmediatamente cómo ha obtenido el testarudo español este dinero : sí ; hoy mismo lo sabré.”

Pocas horas despues, gracias á las averiguaciones que hiciera en las escribanías públicas, Florencio sabia perfectamente lo que don Pedro Fuenmayor habia hecho para procurarse recursos. Merced á sus extensas relaciones, el pobre anciano habia logrado que un capitalista, moderado en sus exigencias, le prestase cuatro mil quinientos pesos sobre la hipoteca de su casa de habitacion, que bien valia los siete mil, por ser espaciosa y sólida, aunque de sólo planta baja y de construccion anticuada y poco elegante. Florencio se apresuró á verse con el prestamista y le dijo :

—Quiere usted cederme su acreencia ?

—Segun, contestó aquel.

—Doy á ganar á usted quinientos pesos.

—Aceptado.

—Pero pongo dos condiciones, añadió Florencio.

—Cuáles?

—La primera, que usted guardará una reserva absoluta respecto de la venta; por mi parte, me encargo de asegurar la reserva del escribano, los testigos y el registrador.

—No veo inconveniente, señor doctor Conde, si usted asume toda responsabilidad.

—Sin duda.

—¿Y cuál es la segunda condición?

—Que usted recibirá del señor Fuenmayor, respondió Florencio, los intereses que él buenamente quiera pagarle, sin dejarle comprender nunca que me pertenecen.

—Consiento en ello, si por un documento privado me pone usted á cubierto de toda responsabilidad, y si este arreglo no es indefinido.

—A lo sumo por dos años.

—Pues está hecho el negocio, siendo de cuenta de usted todo gasto.

—Perfectamente.

Todo se arregló en debida forma, y con el mismo dinero que Florencio había recibido de don Pedro pagó el rescate de la casa de éste, quedando constituido en su acreedor hipotecario.

## V.

### TRIUNFO Y EXPIACION.

Las semanas y los meses fueron pasan-

do, sin que ocurriera cosa alguna particular entre Florencio y don Pedro Fuenmayor. Éste evitaba todo encuentro con aquel y todo pretexto para reanudar ni las mínimas relaciones, mayormente cuando creía estar exento de toda obligacion para con su antiguo acreedor, á quien nunca habia agradecido unos servicios que creía fuesen obra del interes ó del cálculo y que le humillaban.

Entretanto Florencio no perdía el tiempo, pues se veía muy frecuentemente con Rosa en casa de los Fuminayas, quienes no sólo estimaban cada dia más al amigo íntimo de Luis, sino que consideraban necesario para la familia de don Pedro un enlace que nada tendria de extraordinario ni desdoroso, y sí mucho de ventajoso en todo sentido. Rosa, llevada por su buen natural de la gratitud á la estimacion por Florencio, de ésta á la simpatía, y de la simpatía al efecto, habia acabado por ceder al influjo del talento y bello carácter de aquel, y amaba ya al *Conde mulato* (como le llamaba sarcásticamente don Pedro) con una ternura inequívoca, al propio tiempo que con suma discrecion y recato. Así Florencio y Rosa eran dichosos, en cuanto pueden serlo dos amantes mortificados por una oposicion de familia que indefinidamente les separa; y constantemente cavilaban y se comunicaban sus pensamientos acerca de los medios que

habrían de emplear para vencer la tenaz resistencia de don Pedro.

Florencio y Rosa, bien que contenidos por el respeto que se debían á sí mismos y el que les inspiraba la casa de los Fuminayas, seboreaban con delicia la fruta prohibida, amándose con dulce confianza, comunicándose, en la honesta intimidad de sus frecuentes entrevistas, sus pensamientos y esperanzas, y anticipándose con los apasionados coloquios del amante á gozar de las profundas y tranquilas dichas que el amor encuentra en la union conyugal.

Entretanto, los acontecimientos políticos seguían su curso tempestuoso, cada día más interesantes y propios para agitar las pasiones populares. Los partidos, no solamente antagonistas por sus viejas competencias y resentimientos, sino empeñados en una lucha decisiva de ideas é instituciones, se hacían cruda guerra por todos los medios posibles, excepto el de las armas, todavía arrinconadas, pero que no habían de tardar mucho en ser empuñadas; y los hombres políticos adquirían una importancia excepcional, merced á la profunda trasformacion que en todas las cosas públicas se operaba. La opinion formada contra la esclavitud y en el sentido de la regeneracion de las masas populares y del gobierno democrático, era ya irresistible; los elecciones de 1850 eran

decisivas, puesto que daban al gobierno liberal del 7 de marzo toda la fuerza necesaria en las cámaras; y todo hombre de corazon y de talento que aceptase con resolución los sacrificios propios de la lucha política, podia ejercer sobre los acontecimientos, al hacerse popular, una influencia muy considerable.

Florencio — noblemente inspirado por su patriotismo, y colocado en circunstancias excepcionales, ya como un escritor de talento, representante de la juventud liberal, ya como un demócrata *de raza*, miembro muy notable del club político-social que existia y obraba activamente en Bogotá bajo el nombre de *Sociedad Democrática*, — habia ganado una popularidad considerable, por ser uno de los más ilustrados y ardorosos mantenedores, entre los jóvenes de su tiempo, de la propaganda liberal. En breve fué considerado como uno de los más elocuentes tribunos, al propio tiempo que fecundo y fácil periodista, bien que los buenos escritores abundaban entónces, como en todo tiempo han sido numerosos en Colombia.

De aquella popularidad tuvo Florencio una prueba inequívoca y muy propicia para su brillante carrera, pues fué electo representante al Congreso por una de las provincias del bajo Magdalena; empleo en que habian de patentizarse con honor sus bellas cualidades, así de carácter como

de inteligencia. Joven estudioso y de conciencia honrada como era, al tener noticia de su eleccion Florencio se dedicó más asiduamente que nunca al estudio de todas las cuestiones políticas y sociales que se hallaban en tela de discusion, mientras llegaba el dia de tratarlas á fondo en la cámara de Representantes ; y comprendió bien la influencia que sus triunfos de hombre político podian ejercer sobre su situacion personal respecto de la familia Fuenmayor, tan obstinada en su oposicion al casamiento de Rosa.

Mientras que Florencio marchaba con paso firme por su camino de prosperidad, levantado por el espíritu republicano, cual si la república fuese en la vida política la institucion providencial encargada de realizar la idea cristiana de abatir á los soberbios ensalzando á los humildes, don Pedro Fuenmayor se hundia más y más en el abismo de una decrepitud indigente. Este abismo habia sido cavado por el necio orgullo, las preocupaciones é ineptitud aristocráticas y el desprecio por el trabajo, que no podian acomodarse á la situacion política creada por una revolucion que, nacida como al acaso y sin programa claro en su principio, al cabo de cuarenta años habia hecho de la libertad y la igualdad los únicos fundamentos posibles del orden social neo-granadino. El pobre don Pedro, bien que medraba muy



escasamente con la *ropilla* y el *chipolo*, se arruinaba con su inaccion y su incuria, se aislaba con su orgullo, y vendiendo á menosprecio hoy una joya ó prenda y mañana otra, vivia ya literalmente de malos arbitrios y expedientes; de tal suerte, que un dia se almorzaba con su familia una cómoda ó silla vieja, y en otro se comia una sortija de esmeraldas, cuando no el *Niño Dios* de marfil de su oratorio, ú otra curiosidad de su viejo mobiliario ó del ajuar de su mujer.

Instalóse el Congreso de 1851, y en breve adquirió Florencio, en la cámara de que era miembro, la importancia y consideracion á que le daban derecho su mérito y sus buenos servicios. Todos los dias luchaba á brazo partido por obtener grandes reformas, tales como la completa libertad de imprenta y de la enseñanza privada, la emancipacion ó descentralizacion municipal, la abolicion de ciertos monopolios y malos impuestos, la supresion de la prision por deudas, y sobre todo la extincion inmediata y absoluta de la esclavitud, cuya subsistencia, siquiera fuese muy aminorada, era una ignominia para la República. Mas no sólo tenia Florencio que luchar con los “conservadores,” tenaces partidarios de las viejas instituciones que era menester abolir ó reformar, sino tambien con algunos liberales, aun miembros del gobierno, pues en aquel

tiempo, si todo el partido liberal mostraba estar animado de las grandes *pasiones* propias de su causa, faltábale *escuela*, es decir educacion de espíritu y de carácter, y no habian llegado á formarse muchos de sus miembros todas las *convicciones* que la lógica del liberalismo les imponia.

Despues de grandes esfuerzos y no pocas dificultades vencidas, Florencio pudo un dia escribir á su padre, con infinito gozo, una carta que sólo contenia estas pocas líneas:

“Padre mio, tu hijo es feliz y ha coronado realmente su carrera! Se acaba de aprobar en último debate la ley que manda abolir totalmente la esclavitud el dia 1.º de enero de 1852. La raza de mi padre va á quedar redimida, y yo, hijo de un honrado negro liberto, he contribuido como el que más á la realizacion de esta grande y gloriosa obra..... Dios se vale de las víctimas mismas, como de unos misteriosos instrumentos, para destruir la iniquidad de los hombres y hacer imperar la justicia! Dios sea bendito, y tú tambien, padre mio!”

Cuando Florencio escribia esta carta, acababan de ocurrir, sin que él lo previese en manera alguna, ciertos incidentes que iban á decidir de su destino. Al salir de la cámara, pocos momentos despues de haber obtenido la bella victoria á que aludia la carta de Florencio que hemos

trascrito, el jóven tribuno fué acompañado en triunfo por sus numerosos amigos y gran muchedumbre de ciudadanos, y victoreado con el mayor entusiasmo en las calles y la plaza de Bolívar, y por todas partes fué recibiendo las más merecidas y calurosas felicitaciones.

Llegaba la gran masa de gente á los portales de la Casa consistorial, cuando se oyeron coléricas exclamaciones que partian de un numeroso grupo estacionado en el zaguan de aquel edificio, al pié de la escalera que daba acceso á los juzgados y otras oficinas públicas de la ciudad.

—Es usted un viejo tramposo! un estafador! un pícaro! gritaba álguien con acento agrio y ademan amenazante.

—Y usted es un insolente usurero! exclamaba con voz cascada un anciano.

—¿Y porqué no me paga usted lo que me debe por dinero prestado? replicaba el otro.

—Porque no puedo, reponia el segundo.

—Ya! y despues de embrollarme el pago, cuando yo esperaba que una ejecucion me serviria para recobrar mi dinero, resulta que este viejo bellaco tenia su casa hipotecada y no posee bienes muebles de ningun valor.

—El haber caido en la pobreza no es un delito! exclamó el pobre anciano, lívido de enojo y vergüenza.

—Y ahora no tengo ni el recurso de ha-

cerle meter en la cárcel, observó el contrario, con despecho muy marcado.

—Felizmente la ley me protege contra la prision, repuso el denostado deudor.

—Paz, señores! paz! dijo Florencio, penetrando hasta el centro del apretado grupo de curiosos.

—Señor Fuenmayor — añadió al acercarse al anciano, pues no era otro el deudor públicamente injuriado — ya ve usted que la democracia es buena y justiciera, pues si hoy emancipa á los esclavos, tambien acaba de librar de la cárcel á los deudores, suprimiendo la prision civil. Y usted, señor acreedor, no insulte á un anciano en desgracia y padre de familia, que tiene sentimientos de dignidad y delicadeza, pero carece de fuerzas y recursos para rechazar el insulto. Yo respondo de las deudas del señor Fuenmayor: vaya usted á mi casa y todo quedará arreglado.

—Convenido, dijo el acreedor.

—Bueno! magnífico! gritaron muchos, aplaudiendo la generosidad de Florencio.

Y éste, sin aguardar otra cosa, se alejó rápidamente con algunos amigos.

Don Pedro Fuenmayor permaneció mudo y como petrificado, reclinado contra una columna de la galería; pero al punto algunas personas notaron que se le doblaban las piernas y tomaba en el rostro un color rojo amoratado: álguien le recibió en los brazos en el momento en que iba á



caer, herido como por un rayo, á causa de un súbito ataque de apoplejía. Varios individuos le auxiliaron lo mejor posible, y le llevaron como muerto á su casa.

## VI.

### LA ENTREVISTA.

El pobre anciano estuvo entre la vida y la muerte durante algunos dias, pero luego, algo repuesto de la apoplejía, pareció condenado á una demencia incurable. Deliraba constantemente, agitándose con suma inquietud, y en el delirio se le escapaban con la mayor frecuencia estas palabras: “ Mi casa..... mi casa solariega..... oh! la hipoteca!..... todo perdido! el mestizo..... el mestizo siempre..... castigo! fatalidad! ese mestizo..... vergüenza! vergüenza!”

No tardó Florencio en ser informado de lo que sucedia, y se sintió conmovido por extremo á causa de la consternacion en que se hallaban Rosa y su familia. No solamente era afflictiva y desesperante la situacion de don Pedro, sino que, como bien podia comprenderlo Florencio, la familia del desgraciado anciano se hallaba enteramente sin recursos. Era menester obrar con prontitud para buscar un remedio, y Florencio no vaciló un momento: suplicó á la madre de Luis Fuminaya que á todo trance le procurase en

su casa una entrevista con la esposa de don Pedro, á presencia de Rosa, y aunque doña Tadea tuvo sus escrúpulos y resistió algo, al cabo convino en la proposición que se le hacia.

—Mi señora, dijo Florencio en el tono más respetuoso, cuando se halló al lado de doña Gertrúdis y Luis y de Rosa y doña Tadea, dirigiéndose á ésta: la situación en que nos hallamos es de tal naturaleza, que no he vacilado en pedir á usted esta entrevista; y debo agradecer tanto más la condescendencia de usted, cuanto que no he merecido hasta ahora las simpatías de usted misma.

—Señor, respondió doña Tadea, evitemos, si usted gusta, todo recuerdo desagradable, y hable usted, puesto que estoy pronta á escucharle con mi hija.

—Usted comprenderá, mi señora, que en el estado á que han llegado las cosas es necesario adoptar un partido decisivo.

—Tal vez tiene usted razon, señor.

—Usted no ignora, repuso Florencio, que amo con toda mi alma á la señorita Rosa, y que ella.....

Florencio se interrumpió volviendo los ojos hácia Rosa, quien inclinó la frente ruborizada.

—Lo sé, se apresuró á decir doña Tadea.

—No es justo, añadió Florencio, que la señorita sea desgraciada, víctima de unas preocupaciones impropias de la sociedad y del tiempo en que vivimos.



—Señor.....

—Todo mi defecto, á los ojos de usted y de don Pedro, consiste en que soy mestizo. ¿Pero qué importa esto, si soy un hombre de honor y muy capaz de hacer feliz á mi señorita Rosa?

—No niego que así sea, respondió la madre de Rosa con inequívoca sinceridad.

—Por otra parte, agregó Florencio, tengo una posición independiente y honrosa, y soy relativamente rico: nada me sería más grato que poner cuanto tengo y soy al servicio de usted y su familia.

—Oh, señor.....

—Sí; es preciso que yo sea muy explícito, por mucho que me duela el hablar á ustedes con franqueza. Don Pedro ha perdido ya todos sus bienes de fortuna; no tiene..... de qué vivir, y su casa está hipotecada y perdida; y la triste situación en que se halla, proviene de un trance muy penoso en que su dignidad ha sido cruelmente humillada por un acreedor implacable..... ¿Qué esperanza puede haber para don Pedro y su familia?

—Ninguna! respondió con tristeza la madre de Luis.

—Ah! exclamó doña Tadea, cubriéndose el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas y sonrojo.

—Pero esta situación tan deplorable, añadió Florencio, tiene un remedio natural, sencillo y honroso.

—Lo comprendo, dijo doña Tadea.

—¿Y usted qué piensa de ello, mi señora?.....

—Que solamente de usted puede venir aquel remedio.

—Ah! mil gracias! exclamó Florencio! y al punto añadió:

—Señora..... puesto que su esposo de usted está imposibilitado para entenderse conmigo..... tengo el honor de pedir á usted humildemente la mano de la señorita Rosa.

Doña Tadea permaneció un momento vacilante, miró á su cuñada como pidiéndola consejo y parecer, y luego, poniéndose en pié, tomó de la mano á Rosa, la acercó hácia Florencio y dijo á éste con solemnidad:

—Tómela usted en nombre de mi infeliz esposo; Dios aprobará mi conducta.

Florencio, loco de amor y gozo, recibió en los brazos á Rosa, llena de amoroso rubor y contento.....

## VII.

### EL REGALO DE BODA.

Al dia siguiente escribió Florencio á su padre esta breve carta:

“Ya voy á ser feliz por completo, padre mio! al fin he triunfado! Me casaré dentro de pocos dias: todo se está alla-



nando, y sólo falta que vengas á darme tu bendicion, trayéndome la de mi madre. Te aguardo.”

A lo que el sesudo y amoroso Segundo se apresuró á contestar con profunda alegría:

“Hijo mio del alma! Dios te dé toda la dicha que mereces y bendiga tu union y futura descendencia, como yo te bendigo desde aquí. Pero cástate pronto y no me aguardes. Mi presencia en tu casamiento seria una humillacion para la familia de tu esposa, y acaso para ésta misma, y no quiero amargar lo que debe ser todo felicidad y contento. Puedes disponer para casarte, de treinta mil pesos en oro que tengo reservados para tí.”

Florencio besó con profundo enternecimiento y filial respeto la carta de su padre, y se apresuró á completar en breves dias todas las diligencias que debian preceder á su matrimonio.

Una noche, á eso de las siete, se hallaban reunidos el juez de distrito y cuatro testigos hábiles designados para el matrimonio civil, en la modesta antesala de la casa de Fuenmayor, en tanto que en la sala, apénas muy medianamente alumbrada, se hallaban la familia de don Pedro, los Fuminayas, Florencio y dos ó tres amigos íntimos.

Rosa, más bella que nunca, estaba con sus atavíos de novia, pero muy sencillos,

y mostraba en el semblante una mezcla de gozo por su propia felicidad y el bien que esperaba hacer reportar á su familia, y de tristeza por la situacion de su padre. Florencio permanecia de pié y en actitud modesta y respetuosa, en tanto que las demas personas tenian un aspecto grave y silencioso.

La sala estaba muy pobremente amoblada y sin adorno alguno.

Entre tanto, á diez pasos de allí, despues de atravesar un aposento, se hallaba en su alcoba, febricitante y demente, el pobre Fuenmayor..... Rosa se habia acercado varias veces al lecho de su padre y hecho inútiles esfuerzos para despertar en su mente alguna chispa de luz y de razon, con la esperanza de hacer comprender á don Pedro lo que iba á suceder y pedirle su bendicion. Pero el enfermo, despues de mucho delirar, habia caido desde por la tarde en un profundo y prolongado sopor, y permanecia como inerte, en la semi-oscuridad de su casi desnuda alcoba.

Se hizo una nueva tentativa para excitar y despertar de algun modo el espíritu embotado del pobre demente, y nada se logró. Entónces Luis Fuminaya dijo en la sala:

—Puesto que todo esfuerzo ha sido inútil ¿porqué no se procede á la ceremonia?

—Procedamos, pues, repuso doña Ta-



dea. Sinembargo, el señor cura no ha venido.

—Por ahora no es necesario, observó Florencio. Mañana iremos á la iglesia parroquial á casarnos; esta noche celebraremos el matrimonio civil solamente.

—Sea como usted guste, dijo doña Tadea.

Florencio hizo entrar en la sala al juez y los testigos. Cuando todos estuvieron reunidos y el juez iba á comenzar la ceremonia legal, Florencio interrumpió diciendo:

—Un momento.....

Y sacando del bolsillo un grueso papel doblado y dirigiéndose á Rosa, la dijo:

—Permítame usted presentarla primero mi regalo de boda.

—Qué cosa es esto? dijo Rosa mirando el papel con una mezcla de curiosidad y extrañeza.

—Abra usted ese papel y lo sabrá.

Rosa desplegó el pliego, y al echar una rápida mirada sobre el contenido, dió un grito de indecible alegría.

—Oh! exclamó, es usted, Florencio, tan bueno y tan noble!

—Cumplo solamente con un deber.

—¿Me permitirá usted hacer de su regalo el uso que me parezca mejor, sea cual fuere? repuso Rosa.

—Sin duda, querida mia.

—Entonces voy á cedérselo á mi padre.

—Qué cosa es? preguntó doña Tadea con una especie de ansiedad.

—Ah! venid todos; venid conmigo, dijo Rosa, corriendo hácia la alcoba del enfermo, en la que entró precipitadamente, llevando de la mano á Florencio.

Todos los circunstantes les siguieron asombrados, llevando luces, y al punto se llenó la alcoba de luz y gente. Habia no sé qué de lúgubre en aquella súbita iluminacion de un aposento triste y desmeдрado, en cuyo fondo se veia la cama del anciano enfermo. Todo allí tenia un deplorable aspecto de pobreza y desórden, con el que contrastaban los decentes vestidos de tantas personas que asistian á la boda.

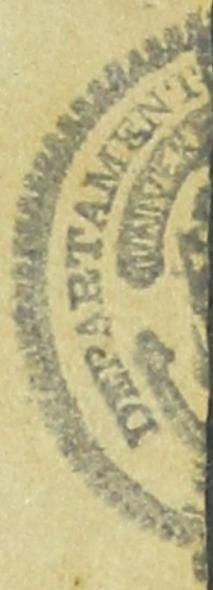
Don Pedro yacia en su cama inmóvil, silencioso y hebetado, y en tal abrumamiento, que no advirtió siquiera en la presencia de tantas personas que entraron en el aposento. Tenia los ojos cerrados, á causa del sopor en que habia estado, y apénas sí los entreabrió ligeramente al oír la voz de Rosa.

—Padre! padre mio! dijo ella al acercarse á la cabecera del enfermo.

Y como el enfermo continuase inmóvil, tornó ella á decir:

—Padre ¿no me oye su merced?

—Ah! fué todo lo que pronunciaron los casi yertos labios del anciano, al abrir los ojos por entero y ver á su hija.



—¿No me reconoce su merced?

—Quién eres?

—Yo, vuestra hija Rosa.....

—Sí, sí; comprendo: eso queria el mestizo.

—Padre!

—Mi hija para el uno; mi casa para el otro..... oh! mi casa! la hipoteca! Perdida! perdida!

—No, padre mio; no está perdida!

—Qué?

—La casa.

—Mi casa?

—Sí; está libre! es vuestra!

—Mientes! Perdida! perdida!

—Mirad que os digo la verdad.....

Y al decir esto, Rosa mostraba á su padre los papeles que la habia dado Florencio. El pobre demente, como movido por un resorte, se incorporó súbitamente, sentándose en la cama.

—Qué es eso? dijo con voz profunda y nerviosa y alargando una mano para asir los papeles.

—Esto es, respondió Rosa, la escritura de nuestra casa, libre y segura.

—Libre!

—Sí, padre mio.

—Quién me la devuelve?

—Yo.

—Tú! ah! Rosa! eres tú mi hija?

—Sí ¿me reconoce su merced?

—Sí, hija mia. Conque..... dime ¿todavía me perteneces, y mi casa es..... es mia?

—Vuestra hija y vuestra casa. Lea su merced esos papeles.....

—Pero qué veo! exclamó el anciano al echar una mirada sobre la escritura. Aquí está el nombre de Florencio Conde!..... es él quien firma..... la cancelacion de la hipoteca.....

En aquel momento el anciano habia adquirido toda su lucidez y advirtió en las personas que le rodeaban.

—Pero qué es esto? preguntó asombrado. ¿Porqué hay tanta gente y tantas luces en mi aposento? Qué ha ocurrido?..... Y tú, hija mia ¿porqué tienes ese vestido? Ah! cómo! vestida de novia?

—Sí, padre mio: estoy gozosa y soy feliz, porque usted ha recobrado su salud y su casa.

—Mi casa! pero á quién se la debo?

—A Florencio, que la ha rescatado para que usted la recupere y viva tranquilo.

—A Florencio! Ah! Dios mio! me declaro vencido!

Y al exclamar así, don Pedro inclinó la cabeza sobre los brazos cruzados, guardó silencio y dejó escapar un profundo suspiro.

—La generosidad de este jóven ha sido superior á nuestro orgullo! dijo doña



Tadea acercándose á su marido y abrazándole.

—Dios lo ha querido! repuso don Pedro. Y al punto añadió:

—Dónde está Florencio Conde?

—Aquí, dijo Florencio acercándose al anciano con profundo respeto. ¿Me aceptará usted por su hijo á pesar de?.....

—Un español *noble*, contestó el anciano tendiéndole las manos, puede sin desdoro aceptar por hijo al más *noble* de los hombres, siquiera sea un mestizo.

Bogotá, enero 10 de 1875.

JOSÉ M. SAMPER.